

1710
1711
1712
1713
1714

15

DAD AU
CIÓN GE

31

s4

INFLAMMAZIONE
DELLA
SANGUINAZIONE
DE
ALLERGICHE
NORADRENALINA
NEL
ANTISISM

BX 2215
R43
c. 1

VON

AU

45531

008954



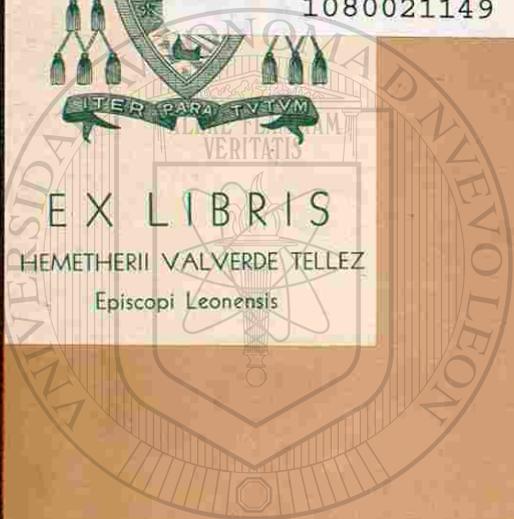
1080021149



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CENTRAL



REGLAMENTO

DE LA ASOCIACION DE

SACERDOTES ADORADORES

DEL

SANTISIMO SACRAMENTO.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO.

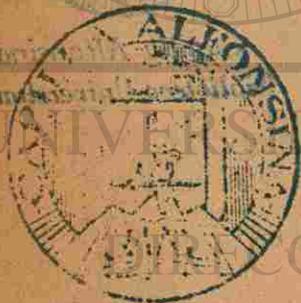
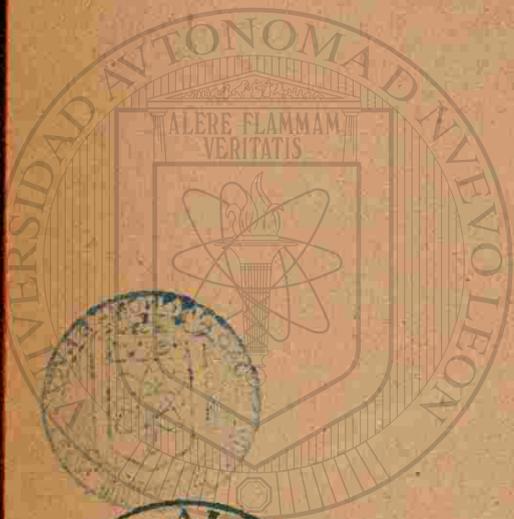
TIP. GUADALUPANA DE REYES VELASCO,

Correo Mayor número 6.

1895.

45531

By 22 15
R 43



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



¡Adveniat Regnum Tuum Eucharisticum!

La Asociación de Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento, que cuenta al presente más de 27,000 miembros entre los cuales se cuentan algunos Eunos. Cardenales y muchos Sres. Obispos, ha producido ya admirables frutos de santificación, y se recomienda por sí misma á las almas verdaderamente sacerdotales. Fundada ya en varias diócesis de nuestra patria México, bajo los auspicios de los Ilmos. y Reverendísimos Sres. Obispos respectivos, implora la aprobación y recomendación de los demás Ilustrísimos y Reverendísimos Sres. Arzobispos y Obispos de la misma; pues su más ardiente deseo es *que todos los sacerdotes de todo el mundo estén perennemente postrados á los pies de Jesús Sacramentado, para desagraviarlo del olvido y ofensas que contra El se cometen en todo el universo.*

003954

Ilustrísimo Señor:

A la ferviente devoción de V. S. Ilma. hacia el Santísimo Sacramento del Altar, debo el haberme inscrito, desde el año de 1882, en el número de los que forman la Asociación de Sacerdotes Adoradores, fuudada en Europa por el M. R. P. Eymard, de santa memoria.

Son tantas y tan preciosas las gracias espirituales que el divino Jesús concede á aquellos de sus sacerdotes que le visitan en la forma que ésta asociación prescribe, que el deseo de que participen de ellas, si fuere posible, todos y cada uno de los sacerdotes de esta diócesis de Yucatán, y aun los de toda la República Mexicana, me ha resuelto á traducir é imprimir el reglamento de la asociación, con el fin de que sea más conocida. También me he propuesto traducir mensualmente y repartir entre los asociados, tanto el número correspondiente del Manual de la Adoración, como la Crónica de esta santa obra, animado en gran manera por estas alentadoras frases que el M. R. P. Beaudry, Superior del Colegio Joliette del Canadá y Director de la Obra de las Américas, me ha escrito con fecha 19 de Junio: "Apruebo en gran manera vuestro proyecto de hacer traducir é imprimir el Reglamento de los Sacerdotes Adoradores. El buen Maestro os recompensará los esfuerzos que hagáis para que sea amado y adorado." . . .

"¿Con quién contará el Divino Maestro para que le consuele sino con el sacerdote? ¿Quién debe compadecerle tanto como el sacerdote?" . . .

"Y os doy gracias, á nombre del buen Maestro Jesús, de lo que hacéis por El, etc." . . .

Si á estas tiernas y alentadoras palabras se une, como lo espero, la aprobación y recomendación que V. S. Ilma., como soció que es de tan santa obra, se dignará hacer de la misma al M. V. Clero, se tendrá por muy honrado, satisfecho y feliz el más humilde de sus hijos que respetuoso besa su santo pastoral.

Mérida, Noviembre 8 de 1884.—*Pbro. Carlos de Jesús Mejía.*—Ilmo. Sr. Dr. D. Crescencio Carrillo y Ancona, Digno. Obispo Titular de Lero y Coadjutor de Yucatán.—Presente.

Gobierno Eclesiástico de la Diócesis de Yucatán.
—Mérida, Noviembre 8 de 1894.—Vista la slicitud que antecede, damos con verdadera satisfacción la licencia que por ella pide el Rector de nuestro Seminario Conciliar, Sr. Pbro. D. Carlos de Jesús Méjía, para imprimir y circular el reglamento é indulgencias de la Asociación de los Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento, que ha traducido del francés. Al mismo tiempo lo autorizamos para que en calidad de Director Diocesano particular de dicha Asociación, que tenemos á bien conferirle y desde luego le conferimos para esta Diócesis, se sirva entender en toda la economía de tan importante obra, constituyéndole intermedio legal entre las casas centrales de la misma y los Sres. Sacerdotes que se asociaren en este obispado. Nos mismo, que tuvimos hace algunos años el consuelo de introducir é iniciar la referida obra en esta diócesis, no podemos menos que aplaudir con toda la vehemencia de nuestro corazón, el celo del sacerdote exponente, que hoy se propone

sistamarla bajo un buen pié, de conformidad con las instrucciones relativas de los directores superiores extranjeros, y facilitar el tesoro de tantas gracias, privilegios é indulgencias exclusivamente para sacerdotes concedido. En tal virtud, excitamos á todos y cada uno de los venerables sacerdotes del obispado, y aun de los demás de toda la Iglesia Mexicana, á que penetrándose bien de la altísima y utilísima importancia de una devoción, que á la vez de ser tan grande, es pequeña y sencilla, se inscriban en la asociación que tiene por objeto su práctica, y atraigan para sí y para el pueblo que les está confiado, la abundancia de las Divinas Misericordias y la garantía de la salvación eterna.

Lo proveyó, mandó y firmó Su Señoría Ilustrísima el Dignísimo Prelado Coadjutor de la Diócesis, Doctor Don Crescencio Carrillo y Ancona.—Ante mí.—† **Crescencio, OBISPO DE LERO**, Coadjutor de Yucatán—De mandato de su S. S. I., **JOSE MARIA PEREZ**, Oficial Mayor.

Gobierno Eclesiástico de la Diócesis de Yucatán.
—Mérida, Septiembre 14 de 1885.—Mi muy querido Pbro. D. Francisco Vadillo Argüelles.—Presente.—La necesidad en que se encuentra el Sr. Pbro. D. Carlos de Jesús Mejía, Rector de nuestro Seminario Conciliar, de separarse con gran sentimiento de su alma, del encargo de Director de la Asociación de Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento, me ha hecho fijar los ojos en Vd. con el objeto de nombrarle su sucesor en tan piadoso empleo, atento á que con el auxilio de la divina gracia, las buenas cualidades de Vd. se irán consolidando y perfeccionando más y más cada día. Nómbrrole, pues, Director particular de la Aso-

ciación de Sacerdotes Adoradores en esta diócesis de Yucatán, facultándole y exhortándole para el mejor y más diligente celo en el desempeño de su cometido, y le faculto además para que, en caso de que la Casa Central de Sacerdotes Adoradores establecida en Bruselas, le nombrare Director general en la República Mexicana, acepte el nombramiento y lo desempeñe como es de esperarse de sus buenas disposiciones. Usted recibirá del dimittente todos los documentos y las instrucciones relativas al encargo, y le doy en prenda de particular y paternal cariño, la Santa Pastoral Bendición.—**CRESCENCIO, OBISPO DE LERO**, Coadjutor de Yucatán.

Como justo tributo de gratitud, á los respetables Señores, Obispo de Yucatán, y Pbro. D. Carlos de Jesús Mejía y D. Francisco Vadillo Argüelles; promotores de la sublime Asociación de que me venga ocupando, con el carácter de sucesor del difunto Sr. Vadillo Argüelles. A nombre de los Asociados Mexicanos, el **Pbro. Román Maria Enciso**.



ASOCIACION

DE

← Sacerdotes Adoradores →

FUNDADA POR EL R. P. EYMARD.

Fundador de la Congregación de los Sacerdotes del Santísimo Sacramento,

Bendecida y aprobada por la Santidad del

Sr. León XIII el 25 de Enero de 1881

Y canónicamente erigida por Su

Vicario el Emo. Cardenal Pa-
rocchi, en 1887.

I.

FIN DE LA OBRA.

La Asociación de Sacerdotes Adoradores se dirige exclusivamente al clero secular, y tiene por objeto:

1.º Corresponder á uno de los más ardientes deseos del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, que es ser visitado y adorado en el Santísimo Sacramento del Altar; y para alcanzar este noble fin de una manera eminente, convoca á los piés del Divino Maestro á aquellos á quienes ama más y que muy particularmente son "sus amigos," los Sacerdotes.

- 9 -

2.º Conservar el espíritu y la práctica de la oración en el clero dedicado á la cura de almas, animándolo á ella con la forma más sencilla, más consoladora y más fecunda de oración que es la adoración del Dios vivo que habita en nuestros santos Tabernáculos.

3.º Ofrecer á los sacerdotes, nuevos socorros espirituales durante la vida y después de la muerte, por la unión de oraciones y méritos y por la participación de numerosas indulgencias.

II.

CONDICIONES DE ADMISION.

Para formar parte de la Asociación, es necesario tener las siguientes condiciones:

1.º Estar revestido del carácter sacerdotal, ó por lo menos estar ordenado *in sacris*.

2.º Hacer cada semana *una hora continua de adoración delante del Santísimo Sacramento, expuesto ó encerrado en el Tabernáculo*. El día y la hora se dejan á la elección del asociado, quien puede variarlas cada semana según se lo exijan sus deberes.

3.º Hacer inscribir el nombre propio y apellido en los registros de la Asociación.

4.º Rezar el día de la admisión un acto de consagración al Santísimo Sacramento. La forma de este acto es *ad libitum* y puede usarse el que se ha impreso al fin de este reglamento y al principio del manual.

5.º Enviar *con regularidad*, al fin de cada mes, al centro de la Asociación el billete mensual de adoración de que se hablará después.

6.º Celebrar cada año, *una vez solamente*, y, en

cuanto sea posible, en la octava del Día de Difuntos, el santo sacrificio de la Misa, por los asociados que hubieren muerto durante el año y anteriormente.

7.º Cuando muriere un socio se aplicará por el descanso de su alma la indulgencia concedida á la hora de adoración que se haga inmediatamente después del aviso mensual.

En el caso de que se recibiere á un mismo tiempo el aviso de la muerte de muchos, se debe aplicar á cada uno la indulgencia de una de las horas de adoración que sigan, según el orden de la fecha del fallecimiento (1).

III.

ADMINISTRACION DE LA OBRA.

1.º Cada sacerdote adorador recibe luego que es admitido á la Asociación, la fórmula del acto de consagración que ha de hacer al Santísimo Sacramento, y de que se ha hablado antes.

2.º Al principio de cada año todo sacerdote adorador recibe doce billetes, la Crónica cada dos meses y el Manual al inscribirse.

3.º Al fin de cada mes, todos los consocios envían este billete al centro de la Asociación después de haberlo llenado y firmado. Bueno será que escriban en el reverso su recomendación de oraciones.

(1). Cuando se anuncien más de cinco socios difuntos en un mes, no hay necesidad de retardar los sufragios que por ellos prescribe el reglamento, y basta, según una declaración que trae la Crónica de Bruselas, autorizada por el M. R. P. Durand, ofrecer todas las indulgencias plenarias de las horas de adoración que se hubiesen hecho durante el mes, por todos los socios cuya muerte se anuncia.

Estos billetes son entonces colocados delante del trono en que Nuestro Señor Jesucristo está perpetuamente expuesto en su Santísimo Sacramento, y permanecen allí todo el mes siguiente como un homenaje capaz de regocijar á su Divino Corazón, un testimonio del amor y de la fidelidad de sus sacerdotes, y una larga súplica en su favor.

4.º Cada mes se dará aviso á los sacerdotes adoradores, de los consocios difuntos, si los hubiere

5.º No se exige ninguna cotización pecuniaria, como deuda, por ser la obra esencialmente gratuita. Admitense sin embargo las ofrendas y donativos que generosamente quisieren hacer los socios para contribuir á los gastos relativamente considerables de la obra, y por una vez el costo de impresiones de que se dará aviso y esto como obra meritoria, este es el sentido en que se habla en la Noticia de la Congregación.

6.º La Asociación tiene cuatro centros principales: para Francia, *París, 27, avenue de Friedland*; para Bélgica y países extranjeros, *Bruselas, 197, Chaussée du Wavre*; para las dos Américas, *Collège de Joliette, Canadá*; para la República Mexicana, *Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y Santa Inés.—México.*

Al Director de la obra en uno de estos centros es á quien los asociados deben remitir sus billetes mensuales de adoración, comunicar los avisos de defunciones, las noticias interesantes, etc. (*)

N. B. Los sacerdotes de toda la República Mexicana que deseen pertenecer á la Asociación de

[*] En cada diócesis los socios recibirán mensualmente las publicaciones por conducto del Director Diocesano, y á él remitirán, al fin de mes, su *billete de adoración*.

El Director Diocesano remite los billetes á este centro de México, y de aquí se envían al centro principal en París.

Sacerdotes Adoradores pueden dirigirse al Señor Pbro. D. Roman M. Enciso, Capellán de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y Santa Inés, quien ha sido nombrado Director de la Obra en toda la Nación Mexicana y que está en relación con el M. R. P. Eugenio Prevost, Director general de la Asociación. Pero si la Asociación se hubiere introducido ya en la diócesis á que pertenezcan, se dirigirán entonces al Director Diocesano.

IV.

Indulgencias concedidas por Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX á la Congregación de Sacerdotes del Santísimo Sacramento, y extendidas á la Asociación de Sacerdotes Adoradores en virtud de un rescripto dado el 20 de Noviembre de 1880, por la Sagrada Congregación de Indulgencias y Santas Reliquias, autorizada especialmente á este efecto por la Santidad del Sr. León XIII.

- 1.º Una indulgencia plenaria cotidiana, cada vez que hicieren una hora de adoración durante el día delante del Santísimo Sacramento, ya sea expuesto, ya encerrado en el Tabernáculo, con tal que en este último caso, arda una lámpara en el Santuario.
- 2.º Una indulgencia plenaria el día de la entrada en la Asociación.
- 3.º Una indulgencia plenaria en artículo de muerte, invocando el santo nombre de Jesús.
- 4.º Una indulgencia plenaria el día de la Epifanía y del Corpus, con tal que adoren aunque sea por algunos instantes, la Santísima Eucaristía en una de las Iglesias de la Congregación, y que rueguen según la intención del Soberano Pontífice.

En México está declarada Iglesia de la Congregación, la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y Santa Inés.—Mayo 15 de 1895.

Todas estas indulgencias son aplicables á las almas del Purgatorio.

Además, los sacerdotes que forman parte de la Asociación participarán de los méritos y buenas obras, no solamente de los sacerdotes adoradores asociados, sino también de todos los religiosos de la Congregación del Santísimo Sacramento, y de los muy numerosos miembros de sus diversas agregaciones.

V.

ESPIRITU DE LA OBRA.

El M. R. P. Eymard, de santa memoria, se ha expresado en estos términos con respecto á esta obra, á la cual con justo título llamaba la primera de las obras de celo de su instituto:

“Los Sacerdotes asociados del Santísimo Sacramento deben vivir la vida eucarística de Jesucristo, que consiste, sobre todo, en la abnegación de sí mismo y en el amor de la inmolación.

“Se acordarán de que deben consagrarse á pro- pagar y defender el reino eucarístico de Nuestro Señor, y considerarse lanzados al mundo como los incendiarios de su amor.

“Trabajarán bajo los auspicios de María adoradora en el Cenáculo; por que por medio de esta dulce Madre, se va más pronto y suavemente á Jesús.

“Dirigirán sus estudios, su celo y su piedad hacia la Eucaristía.

“Se acordarán de que su primer deber es el de la

“adoración personal, (*nos autem orationi instantes erimus*) y de que deben apoyar en la oración el éxito de su ministerio.

“Y descenderán de la Eucaristía hacia los pueblos como Moisés del Sinaí, como los Apóstoles del Cenáculo, llenos de fuego para anunciar su palabra y procurar su gloria: *et ministerio verbi*.

“Se esforzarán en sostener en cualquier circunstancia los intereses y el honor de Jesucristo, y extender por todos los medios posibles la práctica de la visita al Santísimo Sacramento y la comunión frecuente.

“En una palabra, deberán unirse en todos sus actos y en todas sus funciones, á Jesucristo, “Sacerdote Eterno, modelo y gloria del Sacerdote.”



CONFRATERNITAS SACERDOTALIS

ADORATIONIS

Sanctissimi Sacramenti.

Testificor me D......

..... *inter Sacerdotes Adoratores scripsisse sub Núm.*.....

FORMULA CONSECRATIONIS.

In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.

Ego.....

licet indignus, sed gratiæ Dei confidens, Inmaculata Virgine Mariæ duce et auspice, Sancti Michaelis Archangeli, Sancti Joseph, SS. Apostolorum Petri et Pauli, et sacre dilectionis Discipuli protectione fretus, ad adorationis Dei et Domini Nostri Jesu Christi servitium. in Sanctissimo Altaris Sacramento vere, realiter et substantialiter amore hominum permanentis, me libenti corde devoveo.

Ad quod autem melius adsequendum, omnes et singulas ordenationes hujus Confraternitatis Sacerdotalis servare, ac præsertim per unam horam integram, singulis hebdomadis in adoratione et pia custodia Sanctissimi Sacramenti perseverare promitto.

Confirma hoc Deus, quod operatus es in me. ¡Oh Mariá Mater Jesu et nostra dulcissima, ut filium me dilige, me gubernas, ut illi nunc digne servire et placere valeam, et post mortem, illum tecum laudare, et amare merear in perpetuæ æternitates! Amén.

Fac ut, cor nostrum sit semper ubi thesaurus noster est; teque, qui nobis, esse debes omnia ut par est; æstimando, omnia alia bona præter te, arbitremur ut stercora.

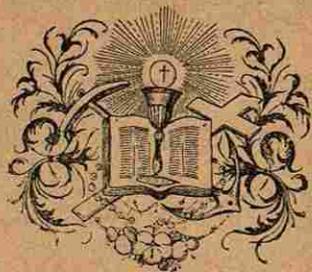
Fac tandem, o bone Jesu, ut per Te, de Te, in Te vivendo, vita tua manifestetur in nobis et omnibus Confratribus nostris, et ut, charitate ferventes, ignem amoris tui, quem venisti mittere in terram et qui in Eucharistia semper ardet et nunquam extinguitur, in cordibus omnium accendamus: et sic semper et ubique et ab omnibus ametur, laudetur, glorificetur sanctissimum et divinissimum tui amoris Sacramentum. Amen.

Jesu dilectissime, qui ex singulari benevolentia me, præ millenis hominibus, ad tui sequelam eximiam sacerdotii dignitatem vocasti, largire, mihi, precor, opem tuam divinam ad officia mea rite obeunda. Oro Te, Domine Jesu, ut resuscites hodie et semper in me gratiam tuam, quæ fuit in me per impositionem manuum Episcopalium. O potentissime animarum Medice, sana me taliter, ne revolver in vitia, et cuncta peccata fugiam: tibi que usque ad mortem ita placere possim.—(Ind. 300 dierum, semel in die.—14 août 1884.)

Bone Jesu, rogo te per dilectionem, qua diligis Matrem tuam: et sicut vere Eam diligis et diligis, ita mihi, des ut vere Eam diligam.—(Ind. 100 dierum, semel in die.—14 août 1884.)

Los Ilmos. Sres. Obispos de Beauvais, Séez, Lieja y Guatemala, han concedido 40 días de indulgencia por la recitación de la anterior oración.

AD VENIAT REGNUM TUUM!



Venite ad me omnes!

MANUAL DE LA ADORACION.

Titulos divinos de la Eucaristía.

LA EUCARISTIA ES LA SANTIDAD DIVINA.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Adora al Santísimo Sacramento con la más profunda humildad, y el más sincero arrepentimiento de tus faltas, y repite con los ángeles y santos que adoran á Dios sobre su trono de gloria, el cántico de su eterna adoracion: "Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos!" Sí: tres veces Santo y la santidad misma es el sacramento que la Igle-

sia y la voz común llaman "Santísimo Sacramento." Es Santo, porque contiene en realidad y en persona á Nuestro Señor Jesucristo que es la Santidad perfecta. En Jesús, que no está solo en el Santísimo Sacramento, sino que es el mismo Santísimo Sacramento, reconoce la Santidad eterna, increada é infinita que posee como Verbo, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo. Esta santidad es el atributo que le hace perfectamente bueno, verdadero, incapaz de error como de mancha alguna. Ella le separa esencialmente de todo lo que puede ser defecto, imperfección, debilidad. El Verbo está en el Sacramento, y está allí con toda su santidad divina.—Adora, además, en la Santa Hostia la santidad creada de Jesucristo Nuestro Señor, es decir, los dones de santidad que fueron depositados en su alma en el día de su creación: dones tan grandes que San Pablo los llama "eternos, infinitos," dones tan perfectos que hacen á la humanidad de Jesús digna del amor, de las preferencias y de la elección del Hijo de Dios, que la tomó por esposa.—Adora, en fin, en la Hostia todas las virtudes, todos los ejemplos de la santidad de vida de Jesús!—Adora, pues, al Santo de los santos en el Sacramento, y ve resplandecer los rayos de su santidad en torno del Tabernáculo; en los vasos y en los lienzos del sacrificio que por su contacto los separa del uso de los hombres y los hace sagrados, en la parte del templo en el que reside, por lo que se llama "El Sagrario;" en la santidad que reclama, apremia y exige la práctica del Santísimo Sacramento, pues es absolutamente necesario ser santo, es decir, puro, para consagrarle y recibirle. La santidad del Sacramento se refleja en su ministro y hace de él un hombre venerable y digno de todo

respeto.—"Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos en el Santísimo Sacramento."

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Aquí, como en todas partes, la bondad de Jesús esta unida á su santidad para hacerla dulce, accesible y ventajosa á nuestras miserias. Jesús que deja aparecer su santidad en el Sacramento, para no herir nuestros ojos y hacer que le imitemos, la templa y oculta lo bastante para no asustar nuestra indignidad. Si este sol dé toda pureza, lanzase de lleno sus rayos sobre nosotros, ¿quién osaría aproximarse? ¿Quién no temería su presencia y no se cubriría de rubor á la sola idea de que el reflejo de la santidad de Jesús, poniendo de manifiesto su miseria, revelase las manchas á los ojos de todos los mortales?—¡No! Quiere que veamos su santidad con el único fin de que le imitemos. Estudia, pues, sus virtudes en la Eucaristía: su humildad, su paciencia, su dulzura, su constancia; ellas te atraerán á la imitación.—Nuestro Señor derrama en las almas la gracia, el instinto, el amor y la fuerza por la comunión, que es el festín donde el alma se vigoriza, se purifica, y ennoblece; comiendo verdaderamente la santidad, apropiándose sus cualidades, sus virtudes, sus instintos, como el cuerpo se apropia los alimentos diversos que le nutren. Bendice al Señor, tres veces Santo, que deseando hacernos santos, se digna ser el pan de nuestra santidad.

TERCER CUARTO DE HORA—REPARACION.

Santificaos porque yo soy Santo, dice el Señor á los sacerdotes de la antigua ley, y á todos aquellos que llevaban las víctimas del sacrificio. ¿Cuál no será, pues, la obligación de santificarse para aproximarse al Santo de los Santos, para estar en su presencia, para recibirle en la comunión?—Por esta razón es un horrible sacrilegio comulgar en estado de pecado mortal, es una horrible profanación tocar la Hostia adorable con manos no consagradas; es abusar de este pan de santidad recibirle á menudo sin hacerse santo.—Ve al mismo tiempo qué fáciles son las condiciones de santidad que exige de nosotros: 1.º No tener pecado mortal alguno en la conciencia al momento de comulgar; 2.º Tender á la santidad de la vida cristiana, que consiste en la observancia fiel, valerosa y constante de la voluntad de Dios.—El que está en estas condiciones recibe con fruto al Sacramento de la santidad, y tiene derecho de comunicar con los Santos, y hace parte de la asamblea de los Santos, de la cual el Cordero es á la vez centro, luz y alimento.—Repara por medio de actos de contrición, todas las indignidades cometidas contra la terrible santidad del Santísimo Sacramento.

ULTIMO CUARTO DE HORA—ORACION.

Oye la plegaria de la Eucaristía, la misma que Jesús hizo en el Cenáculo, después de su Institución, y que repite en el Santísimo Sacramento en el largo trascurso de los siglos: “Padre mío, santifícalos en la verdad... Yo por amor de ellos me santifico á mí mismo, con el fin de que ellos sean

santificados en la verdad. Pero no ruego solamente por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de su predicación.” Hagámosle eco á esta ardiente oración; pidamos la santidad de nuestro estado, y tomemos todos los medios de corresponder á las gracias de santificación que el Santísimo Sacramento nos da, con abundancia todos los días.

PRACTICA:

Tomar de la Eucaristía los ejemplos de virtud correspondientes á nuestro estado, y purificarnos á menudo por el honor debido al Santísimo Sacramento.

LA BONDAD DIVINA

RESPLANDECE EN LA EUCARISTIA.

PRIMER CUARTO DE HORA—ADORACION.

Adora en la Hostia tan dulce, tan benévola, tan áfable, ante la cual estás prosternado, adora la bondad infinita de Dios. La bondad es entre las perfecciones de Dios la que más suavemente atrae y cautiva nuestros corazones, la que comprendemos mejor, porque tiene íntima relación con nosotros, y se nos manifiesta por medio de manifestaciones brillantes. Consiste en la efusión de Dios, en la comunicación que á la criatura hace de sus riquezas, excelencias y perfecciones que son propias de la naturaleza divina. La bondad es el movimiento

del amor de Dios á la criatura. Es el desbordamiento del río sin límites de su amor, el derramamiento de ese mar océano de todo bien, el rayo de ese foco de toda vida. Amar es dar, y darse á sí mismo: la bondad da todo lo que está en Dios y acaba por dar al mismo Dios. La bondad divina, siendo como es infinita, da sin agotarse, se extiende á todos los seres y desde el más elevado de los serafines hasta el humilde pimpollo que crece en la pradera, no hay sér alguno que no lo reciba todo de ella, que no sea vivificado, sostenido, enriquecido por ella. A ella le deben todo lo que tienen las criaturas todas que pueblan el universo. Estas efusiones son incesantes, continuas y no acabarán jamás.

¡Vé si la bondad divina resplandece en la Santa Eucaristía! ¡La Eucaristía es su triunfo! ¿Qué es la Eucaristía sino el Don, el Don por excelencia dado á todos, dado siempre, que contiene y que da todos los demás dones? ¡La Eucaristía es el Don gratuito, inesperado, inmerecido! Es el Don total, el Don sin reserva, el Don que no puede agradecerse debidamente. Si lo propio de la bondad es dar, la Eucaristía es la misma bondad divina, pues ella es el Don propio, el Don absoluto, el Don perfecto, el Don vivo. Adora, alaba al Dios de la bondad que te muestran los velos eucarísticos, únete á él, vuélvele amor por amor, don por don.

2. ° CUARTO DE HORA—ACCION DE GRACIAS.

No podemos concebir la bondad si no viene acompañada de la dulzura, de la benevolencia, de la afabilidad, de la condescendencia y de la pa-

ciencia. Estas cualidades añaden á la bondad lo que el perfume á la hermosura de la flor. No tenemos por bueno al que da con impaciencia, altivez y dureza. Bien lo sabe nuestro Buen Maestro que ha hecho resplandecer su bondad infinita, acompañándola con tanta dulzura como benignidad, ora en su cuna por los encantos de su infancia, ora en su vida pública por la clemencia de sus palabras y la amenidad de sus maneras, ora en su Pasión por la generosidad de su perdón y su admirable paciencia!

Así, queriendo hacer en la Institución de la Eucaristía, la última, la más abundante y la más sublime efusión de su bondad, tomó la forma más benigna que pudo concebir. Las apariencias del pan y del vino que todos apetecen y que constituyen la fuerza y la alegría del hombre que peregrina por los desiertos de la vida; el misterio, el silencio, la debilidad tan dulce para los pequeños, los débiles y los pecadores; el velo de una paciencia que lo soporta todo, y de una longanimidad que ninguna adversidad abate. Y sin embargo, para todo el que tenga fé, el Sacramento brilla con bastante resplandor; tiene bastante dulzura para atraer, cautivar, dar á conocer y hacer amar la presencia de Jesús, Imagen sustancial de la Bondad Divina.—¡Ah! Cómo estudiar todos los dulcísimos atractivos de la Eucaristía, y no prorrumpir en acciones de gracias á la vista de ese cúmulo de amor que la bondad divina junta á su mejor don!

TERCER CUARTO DE HORA.—REPARACION.

Explica ahora si puedes, ó más bien derrama lagrimas de dolor en presencia de ese incomprendible y sombrío misterio de frialdad, indiferencia, dureza, egoísmo, ingratitud y aun odio del hombre para con la Eucaristía. Hay algo más triste y más horrible, que más nos humille y que más nos obligue y excite á reparar estas faltas tan punibles? ¡Ah! los hombres le oponen la frialdad y la indiferencia á Aquel que se ofrece, que se da, que se entrega y se multiplica por medio de la más generosa de las bondades! A Aquel que se reviste de dulzura y de benevolencia para ganar más fácilmente sus corazones, le corresponden con la frialdad y el desdén. A Aquel que no sabe más que amar, amar con pasión, con perseverancia, no falta quien, en cambio, le ofrezca odio cruel é irresistible. ¡Cómo hacer comprender las dolorosas quejas del Corazón de esta adorable Víctima de tan extremada bondad! Séamos al menos nosotros para con El, buenos, benévulos y compasivos, ya que nosotros somos los amigos de quienes implora piedad: "*Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei!*"

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

La bondad es el más firme apoyo de la oración; es ella la que pone la esperanza en el corazón, sostiene la confianza, hace que sepamos esperar la hora de Dios, soportar sus retardos, no murmurar de sus providenciales designios, aceptar la prolongación de la prueba sin dudar de El. Cuando ore-

mos, debemos fundarnos en la bondad que nos muestra en la Eucaristía, en los dones y en los beneficios de la Eucaristía. No pidamos jamás sin decir con San Pablo: "Si Dios nos ha dado á su único Hijo, ¿cómo no nos dará cualquier otro don que le pidamos?"

PRACTICA:

Meditar frecuentemente sobre la bondad de Jesús y en el don de la Eucaristía, para conservar hácia El una fervorosa confianza.

La Eucaristía es la Providencia.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Adora en el silencio del tabernáculo y oculto en las Santas Especies, donde parece que duerme el sueño de la insensibilidad, adora la adorable Providencia de Dios que vela por tí, previene tus necesidades, y te conduce con tanta dulzura como sabiduría, al través de mil obstáculos, á tu fin eterno. La Hostia santa no es solamente uno de los beneficios que manifiestan mejor la sabiduría y la bondad de la Providencia divina, sino que es esta misma bendita Providencia, pues ella es, en realidad de verdad, Dios mismo. Y como donde está Dios, allí resplan-

decen principalmente sus divinos atributos, contempla como brillan en esta Hostia divina los dulces caracteres de su Providencia adorable. La Providencia es en Dios el atributo por el que conserva lo que ha creado; es más aún, es el conjunto de los medios por los que su Omnipotencia infaliblemente conduce á todos los seres al fin que les ha asignado su sabiduría infinita. La conservación es la continuación de la primera efusión de la vida en los seres creados; de suerte que la Providencia parece que se compone de la Bondad, de la Omnipotencia y de la sabiduría divinas. De la bondad, por que fija el fin; es decir, la perfección suprema de cada ser. De la sabiduría, porque traza los caminos por donde deben llegar á él; y porque escoge para conducirlos los medios más adecuados. De la Omnipotencia, porque la aplica para separar de cada criatura cualquier obstáculo que á su conservación se oponga, la aparta de los peligros, y lo dispone todo para que consiga su fin con una fuerza que nada puede resistir y con una suavidad que nada es capaz de desconcertar. Dependemos de esta Omnipotente Providencia en todo; en el orden de la gracia no menos que en el de la naturaleza; criaturas libres, pero no independientes de la Causa primera, somos regidos, conducidos y gobernados por ella. Adoremos á la divina Providencia al través de la nube eucarística, proclamémos sus súbditos fieles, ofrezcámonos á su acción como instrumentos dóciles, y entreguémonos á su dirección sin reserva alguna.

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Como el fin que Dios se propuso al crear, fué conceder una centella de su vida y de sus perfecciones infinitas, la Providencia que ejecuta este designio y lo perfecciona, tiene por carácter principal la bondad, la benevolencia: "Tu Providencia, oh Padre, gobierna todas las cosas: *Tua, Pater, Providentia gubernat omnia.*" Y esta paternidad de la dulce Providencia, aparece principalmente en aquel que tiene cuidado de todos los seres, sin olvidar, descuidar ni despreciar ninguno, ni aun la yerba que alfombra los campos, ni el insecto que nace con el día y muere con él: *nil enim odiste eorum quos fecisti.*—Ve, ve brillar este caracter de vigilante é infatigable bondad en la Eucaristía! No es toda para todos? Al niño y al anciano, al rey y al súbdito, del oriente al ocaso, y del norte al mediodía, no se ofrece toda á todos, todos los días, para ser toda en todos: *omne delectamentum in se habentem?* No es verdad, que protege visible é inmediatamente todos los puntos de la tierra por medio de su presencia universal? Todos los Tabernáculos son para ella postas de observación, desde donde ve, vela y protege todas las cosas. Y cada día el pueblo fiel encuentra la mesa puesta por sus cuidados maternales! Y cuando alguno de los suyos gime en el lecho del dolor, ella le hace llevar el socorro, el Viático de la inmortalidad. Ah! si supiésemos como nos mira, conoce y ampara la dulce Providencia que habita en nuestro valle de combates, bajo el blanco pabellón del Sacramento, qué confianza no tendríamos en Ella!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

¡Cuál no será pues el crimen de los que niegan abiertamente la Providencia divina! ¡Cuál no será el error de aquellos que sin negarla, viven sin recurrir á ella! La misma sabiduría pagana los condenaba, sin quererlos admitir á sostener sus blasfemias: *pœnam meretur qui Providentia negat*. ¿No es, en efecto, monstruoso, negarle al Obrero su poder en presencia de su magnífica obra, negarle su sabiduría en presencia del orden admirable de la naturaleza, rechazar la Bondad cuando todo nos pregona su liberalidad y su condescendencia? Todos aquellos que indiferentes no oran en sus necesidades, que no recurren á Dios en sus dificultades, que más ó menos conscientemente solo se apoyan en sí mismos y en sus semejantes, todos estos pecan contra la Divina Providencia. La falta es mayor por el hecho de la presencia que ha escogido en la Eucaristía la Providencia de nuestro Dios, pues ha reunido en Ella todos los recursos, haciéndose personal y sensiblemente presente; por consiguiente, el que no viene á la Eucaristía, el que á ella no recurre, el que no le suplica, el que no la recibe según toda la extensión de sus necesidades, este falta á la Divina Providencia; desfallece y bien pronto muere de inacción; y sus sufrimientos, lejos de excusarle, se le imputan á crimen, porque rehusa en su necio orgullo, el alimento y los socorros que le presenta con inexahusta liberalidad la Providencia de su Padre. Examina la realidad y la extensión de estas faltas hacia la Providencia, y repáralos con un celo ardiente.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Tu mejor reparación ha de ser la resolución de vivir personalmente, bajo el gobierno de la Providencia, sometido, abandonado á todos sus designios, á todos sus medios, á todos sus caminos; el reconocimiento y adoración en todas partes y en todo. Renueva cada día esta promesa de servir y de honrar á la Providencia, en la Comunión de la mañana. Haz de este momento bendito, que ha de inaugurar cada una de tus ocupaciones cotidianas, abandono el más sincero y perfecto á la Divina Providencia. Tú la has recibido; ella está en tí por tí; ¿qué puedes temer? ¿qué te podría faltar? *Dominus regit me nihil mihi deerit*.

PRACTICA:

Terminar la acción de gracias ó la visita al Santísimo Sacramento, haciendo un acto de abandono á la Divina Providencia.

La Eucaristía es el Soberano Señor.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Prostérnate con todo el respeto, con todo el temor de que eres capaz, ante el Adorable Sacramento saludándole, como á tu Dueño y Soberano Señor. Hazle á su soberano dominio esta gloriosa confesión que le hacía Estér en su oración: "Señor, Dios

“Todopoderoso, todas las cosas están bajo vuestro dominio, y nadie hay que pueda resistir á vuestra voluntad, pues vos habéis hecho el cielo y la tierra y cuanto en ella se contiene; vos sois el Soberano Señor de todo cuanto existe.” El Soberano Dominio de Dios consiste en dos cosas: 1.º Que todo le pertenece en propiedad y que puede hacer de cuanto existe el uso que le plazca: hacer vivir ó morir, embellecer ó degradar, conducir á la perfección ó anonadar, este es el dominio de la propiedad. 2.º Que puede mandar, prohibir, permitir, recompensar y castigar, y este es el dominio de jurisdicción. La razón trascendental en la que están establecidos inmoviblemente, es que Dios es el Autor de la creación y conservación de todas las cosas. Ellas no tienen nada propio, y no pueden cosa alguna, ni un acto, ni un pensamiento, sin el socorro vital de Dios.—Ve en la Santa Hostia cómo resplandecen los derechos y los actos del soberano dominio de Dios! Ved como se impone: “Comed, bebed; el que come tiene vida, el que no come está muerto!” Ve si no es la Divina Eucaristía la Señora del mundo; en todas partes se halla, en todos los países se instala y reina, y hace que la adoren todos los pueblos y todos los siglos. Ve cómo exige el respeto, no se le trata sino de rodillas, cómo obliga á la práctica de las virtudes, la pureza, el desprendimiento, la humildad, la obediencia; cómo reina por los innumerables ministros que componen la espléndida gerarquía eclesiástica, y todos estos grados no son sino servidores, heraldos, apóstoles de su soberano imperio, encargados de someter las almas á la Eucaristía, de conformarlas á Ella, y de entregárselas para que ella reine en cada una, como reina en toda la sociedad religiosa.

Adora, pues, la Hostia Soberana y dale su verdadero nombre: “Rey de reyes y Señor de señores.” En cuanto á tí, dile: ¡Oh Señor, yo soy vuestro siervo, y el hijo de vuestra esclava!

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Aunque el soberano dominio de Dios parece más bien imponernos temor que inspirarnos confianza; aunque este nombre de Señor parece más bien de temor que de bondad; es, sin embargo, muy propio para excitarnos á la acción de gracias. ¿No es, en efecto, un alto honor pertenecer á un Señor como nuestro buen Dios y no pertenecer sino á él sólo? Pues todos aquellos de quienes dependemos reciben su autoridad de la de El, y en realidad de verdad, obedecemos al solo Señor Soberano. Mas, ¿cuál es el fin que nuestro buen Señor se ha propuesto al crearnos con tanto amor, sino perfeccionarnos y conducirnos á nuestro glorioso destino? Pero este soberano dominio de Dios se manifiesta, sobre todo, dulce y bienhechor en la Santa Eucaristía. ¡Qué benevolencia, qué dulzura, qué condescendencia en la manera de hacérsenos presente! ¿Hay algo menos imperioso en la manera con que aparece la humilde Hostia de nuestros tabernáculos? ¿Y cómo quiere reinar en nosotros, con qué título, con qué medios? ¿La fuerza, la violencia, el terror? ¡No; el amor, nada más que el amor! ¡Con qué inefable bondad nos espera, sufre nuestros retardos y aun nuestras rebeldías, porque quiere reinar en nuestros corazones por puro amor! ¡Ah! reflexiona en la benignidad con que este Señor nos gobierna en su Sacramento, y la acción de gracias, la admira-

ción, el reconocimiento, se manifestarán con cánticos del corazón!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

Grande es pues el crimen de aquellos que pretenden ser dueños de sí mismos y de los dones que han recibido de Dios, y quieren hacer de ellos el uso que les plazca, sin tener en cuenta la voluntad de Aquel que es, y permanece alto propietario de todo lo que le ha dado al hombre y del hombre mismo. Este crimen se ha hecho el crimen social, cuando las sociedades se han levantado orgullosamente contra Dios, proclamando como su única ley la blasfemia de los *Dominios del hombre*.—El hombre no tiene nada de sí, ni su pensamiento, ni su conciencia, ni su forma social; blasfemias, pues, son contra la autoridad divina, la libertad del pensamiento, de la conciencia y de la sociedad.—Repáralas proclamando que tú reconoces los *Derechos de Dios*, que garantizan todas las santas libertades, de las cuales la principal es tender libremente á tu fin eterno. Repáralas, sobre todo, adorando, exaltado por un culto público y solemne, al Señor en el Sacramento del Altar. El desconocimiento de la Autoridad ha tomado una forma práctica y universal; es el desprecio de la Divina Eucaristía.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Píde la gracia y toma la resolución de reconocer siempre prácticamente los derechos de Dios sobre tí, por la observancia de los mandamientos, la correspondencia á sus inspiraciones, sobre todo, por

la sumisión á su voluntad en las pruebas. Nos cuesta algún trabajo el admitir que nuestro Creador tiene el derecho de hacer con nosotros y sobre nosotros todo lo que le agrade, y sin embargo, todo es de El. Tengamos, pues, bastante confianza en su sabiduría para saber que no se engañará, y en su bondad, para creer que será por nuestro bien. “¿Quién eres tú, ¡oh hombre!, dice San Pablo, para reconvenir á Dios? Un vaso de barro, dice acaso al que lo labró: ¿Por qué me has hecho así? ¿Pues qué, no tiene facultad el alfarero, para hacer, de la misma masa de barro, un vaso para usos honrosos y otro para usos viles?” Que nuestra divisa sea la de nuestro Soberano Señor: “*Ita Pater, quoniam sic placitum fuit ante te.*”

PRACTICA:

Hacer de la genuflección (1) el signo de la dependencia absoluta del soberano dominio de Dios.

La Eucaristía es el Soberano Juez.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Reconoce y adora con un temor saludable, en el Sacramento ante cuya presencia estás, al Juez terrible de vivos y muertos. Sí, á pesar de su silen-

(1) Esta según rúbrica, se hace doblando la rodilla derecha hasta el suelo, junto al tobillo del pie izquierdo, de cara al Santísimo.

ción, el reconocimiento, se manifestarán con cánticos del corazón!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

Grande es pues el crimen de aquellos que pretenden ser dueños de sí mismos y de los dones que han recibido de Dios, y quieren hacer de ellos el uso que les plazca, sin tener en cuenta la voluntad de Aquel que es, y permanece alto propietario de todo lo que le ha dado al hombre y del hombre mismo. Este crimen se ha hecho el crimen social, cuando las sociedades se han levantado orgullosamente contra Dios, proclamando como su única ley la blasfemia de los *Dominios del hombre*.—El hombre no tiene nada de sí, ni su pensamiento, ni su conciencia, ni su forma social; blasfemias, pues, son contra la autoridad divina, la libertad del pensamiento, de la conciencia y de la sociedad.—Repáralas proclamando que tú reconoces los *Derechos de Dios*, que garantizan todas las santas libertades, de las cuales la principal es tender libremente á tu fin eterno. Repáralas, sobre todo, adorando, exaltado por un culto público y solemne, al Señor en el Sacramento del Altar. El desconocimiento de la Autoridad ha tomado una forma práctica y universal; es el desprecio de la Divina Eucaristía.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Píde la gracia y toma la resolución de reconocer siempre prácticamente los derechos de Dios sobre tí, por la observancia de los mandamientos, la correspondencia á sus inspiraciones, sobre todo, por

la sumisión á su voluntad en las pruebas. Nos cuesta algún trabajo el admitir que nuestro Creador tiene el derecho de hacer con nosotros y sobre nosotros todo lo que le agrade, y sin embargo, todo es de El. Tengamos, pues, bastante confianza en su sabiduría para saber que no se engañará, y en su bondad, para creer que será por nuestro bien. “¿Quién eres tú, ¡oh hombre!, dice San Pablo, para reconvenir á Dios? Un vaso de barro, dice acaso al que lo labró: ¿Por qué me has hecho así? ¿Pues qué, no tiene facultad el alfarero, para hacer, de la misma masa de barro, un vaso para usos honrosos y otro para usos viles?” Que nuestra divisa sea la de nuestro Soberano Señor: “*Ita Pater, quoniam sic placitum fuit ante te.*”

PRACTICA:

Hacer de la genuflección (1) el signo de la dependencia absoluta del soberano dominio de Dios.

La Eucaristía es el Soberano Juez.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Reconoce y adora con un temor saludable, en el Sacramento ante cuya presencia estás, al Juez terrible de vivos y muertos. Sí, á pesar de su silen-

(1) Esta según rúbrica, se hace doblando la rodilla derecha hasta el suelo, junto al tobillo del pie izquierdo, de cara al Santísimo.

cio, de su dulzura, y de la benignidad de su aspecto, la Hostia dulce y paciente de nuestros Tabernáculos, es el Dios de las justicias sin apelación, y de las venganzas sin medida!—¿No es el Dios que habiéndolo creado todo, tiene derecho de ordenarlo todo, y si sus órdenes no son ejecutadas de castigar á los que las quebrantan? ¿Quién osará decirle: “¿Por qué me castigas así?” Adora, pues, temblando, los ojos bajos, la frente cubierta de confusión, al Juez sapientísimo, al Juez incorruptible, al Juez de sentencias irrevocables!—Además, esta Hostia es el Hombre-Dios que ha adquirido, por el hecho de su muerte y de su victoria, un nuevo derecho de juzgar á los vivos y á los muertos. Jesucristo mereció por la iniquidad con que los hombres lo juzgaron y condenaron, recibir en compensación la gloria y el honor de juzgar á todos los mortales. Cuando aparezca el último día en todo su esplendor, ante las generaciones reunidas, gozará en toda su plenitud, de esta eminente prerrogativa de Juez supremo de vivos y muertos. ¡Qué autoridad! ¡Qué poder! ¡Qué majestad! ¡Qué gloria! ¡Oh, adora velado, condescendiente y lleno de paciencia á tu terrible Juez! Piensa que esta humilde Hostia ve y juzga todas tus acciones, todos tus deseos, todos tus pensamientos. Ve y juzga con entera verdad, según la medida de sus gracias, de sus socorros, de los medios que te ha dado para vivir conforme á su voluntad, lo que debías hacer ó evitar según los deberes de tu estado, las gracias de tu vocación, los llamamientos particulares de su amor. Nada se le escapa, y ninguno de los pretextos que empleamos para doblegar la rectitud de nuestra conciencia y engañarnos á nosotros mismos, puede seducirle ó engañarle. ¡Juzga con la luz penetrante de su in-

falible verdad! No te aproximes á El, sin juzgarte y condenarte sin misericordia.

2.º CUARTO DE HORA—ACCION DE GRACIAS.

Agradécele al Juez terrible del último día, el que se haga el Juez misericordioso y paciente de todos los días en la Hostia Santa. Ve nuestras faltas y conoce toda su gravedad; le causan horror. A pesar de esto, se muestra paciente en el Sacramento, y las disimula, ruega por nosotros, se ofrece en expiación por nosotros, se inmola para destruir nuestras faltas, y obtenernos perdón, y la gracia de una verdadera conversión. El otro beneficio de la Justicia Divina en la Eucaristía, es que nos determina á juzgarnos á nosotros mismos, con severidad, si queremos no serlo un día por el Juez supremo. Juicio fácil de instruir, de pronunciar y de ejecutar, y que hacer debemos cada mañana sobre las acciones de la víspera, en la presencia de nuestro amoroso Salvador, con la esperanza de recibir, por precio de nuestra franqueza y humildad, la recompensa de una buena comunión, gusto anticipado de la recompensa eterna. En fin, el tercer efecto bienhechor del Dios de la Justicia en la Eucaristía, es el hambre y sed de justicia que se apodera de aquellos que la reciben dignamente. Se arman contra sí mismos para castigar primero sus propias faltas, y después las faltas de otros, y se ofrecen, con la Víctima Eucarística, á los castigos de la justicia vengadora. Dale gracias al Juez supremo que sabe, por medio de este Sacramento, donde todo se cambia en amor, hacer su terrible justicia, dulce para los que la contemplan, y fecunda en beneficios.

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

Cuál, será, pues, el crimen de aquellos que desprecian la condescendencia y la paciencia del Soberano Juez en el Sacramento. ¡Ah! la justicia de Dios que desprecian acumula castigos sobre su cabeza, "atesoran la cólera divina." Este Dios de justicia, que ha extendido aun más allá de lo verosímil, los límites de su bondad, de su misericordia y de su justicia; este Dios vengador que lo ha soportado todo, dejando á los impíos triunfar de su silencio y de su paciencia; este Dios hecho hombre, este Justo, este Inocente, que por un exceso de amor ha consentido en sufrir de nuevo en el Augusto Sacramento, se hará justicia en el gran día. ¡Ah, qué terrible será para con los sacrílegos y profanadores! Si el castigo está en proporción con el amor que se desconoce, este amor desconocido en la Eucaristía, en donde Dios le lleva á sus últimos límites, reclama un castigo que agote las iras de la cólera divina: *in finem*.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Pidamos todos los días de nuestra vida por la bondad, los méritos y el sacrificio de nuestro Juez Soberano en la Eucaristía, la gracia de un juicio indulgente y misericordioso en el último día. Ganemos á nuestro Juez, honrándole, previniéndole; habituémonos por un trato asiduo con él, á conocer su manera de ver, de pensar, de juzgar y de querer. Que el momento de nuestras comuniones sea la hora de un juicio sincero y severo, instruido á la luz de la santidad de Dios. Instruyamos este juicio antes de la Comunión, para purificarnos y pre-

pararnos á recibirla bien; hagamos consideraciones para corregirnos y cumplamos las sanciones tomadas contra nosotros por un santo espíritu de justicia. Digámosle á nuestro Juez que está en el Sacramento como en el trono de su misericordia, la ferviente plegaria de la Iglesia: "¡Oh, Juez Supremo de justas venganzas, concédeme un perdón pleno antes del día de las últimas cuentas! Temo como culpable y mi rostro se llena de rubor; ten de mí piedad, Señor, por mi oración! Tú, que absolviste á la Magdalena, oíste al Ladrón, y que me has dado toda esperanza. ¡Ah, mis oraciones no son dignas de ser escuchadas, mas tú que eres bueno, haz que por tu misericordia me vea libre de las llamas eternas! Ponme á la derecha entre tus escogidos y sepárame de los precitos ó condenados."

La Eucaristía es el Dios de la Misericordia.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Adora bajo el velo sacramental que hace tan dulce la presencia de Jesús en el Sacramento, esta perfección de su ser divino llamada con este nombre tan benigno y tan dulce: la Misericordia divina. La divina Misericordia! es la bondad del Dios terrible, su amor vencedor de su justicia, la perfección que á nuestros ojos resplandece, en este Sér en que todo es igualmente perfecto, con mayor brillo que las otras divinas perfecciones, pues de El se ha dicho: "Por encima de todas sus obras, su misericordia!" La misericordia divina es la paciencia de Dios en sufrir al pecador, es el retardo impuesto á

la justicia que debería castigar, el velo bajo el cual parece ocultarse para no ver, Aquel que todo lo ve; es la bondad que continúa los dones, las gracias sin número, como si no se abusase de ellas; es el trabajo infatigable de una Providencia empeñada en proporcionar con suprema habilidad ocasiones de retorno y medios de conversión; es sobre todo, la amabilidad en recibir al pecador, la sinceridad y la plenitud de su perdón, la perfección de la rehabilitación, que destruyendo el pecado cambia la púrpura en nieve, hace revivir todos los derechos adquiridos, todos los tesoros en otro tiempo atesorados, y devuelve todos los títulos de la herencia eterna, sumergiendo nuestros pecados en el fondo de los abismos del olvido para que no vuelvan á aparecer ni aun para tomarnos de ellos cuenta en el día de las supremas justicias. Es en fin el poder augusto que solo á El le pertenece, el cual le permite olvidar enteramente tus deudas, purificarte de tus imperfecciones y perdonarte plenamente, porque en él reside toda potestad y nadie puede decirle: ¿Por qué haces esto?—; Oh perfección adorable, nuestro único título de salud, nuestra única esperanza, y nuestro único tesoro! Si el Dios de los ángeles es el Dios de la santidad, nuestro Dios es el Dios de la misericordia.—Adora á la divina Misericordia en el trono donde distribuye sus gracias y concede sus perdones. Qué es la Eucaristía sino el Osculo de reconciliación, el Sello del perdón, el Festín donde hayan la alegría, la paz, el honor los hijos del Padre de la misericordia. ¿No es este velo sacramental, el velo de la paciencia, de la mansedumbre, de la compasión y de la condescendencia? Adora, adora, á la divina Misericordia en su manifestación más misericordiosa.

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

La acción de gracias confina aquí con la adoración hasta el punto de confundirse la una con la otra. ¿Cómo ver, estudiar, adorar la misericordia sin un sentimiento de íntima felicidad, de gozo y de reconocimiento? Este atributo de Dios se manifiesta por el bien que ejerce en nuestro favor, y sus actos se cuentan por los beneficios que de El recibimos. ¿Cuál fué la causa de la institución de la Eucaristía, sino un vivo sentimiento de compasión que le hizo decir al Corazón de Jesús: “si los dejase ir en ayunas desfallecerán en el camino?” Queriendo Cristo asegurar el perdón obtenido de su Padre por su muerte, en beneficio de los pecadores, ligó tan íntimamente la Eucaristía á su cruento sacrificio, que es ella su renovación continua hasta el último día, y la aplicación que de sus méritos hace á cada pecador, según sus necesidades personales, y en el tiempo y en las circunstancias en que tiene precisión de ellos. La Eucaristía acaba la obra de la misericordia comenzada en el santo tribunal, curando las llagas causadas por el pecado, destruyendo sus restos y atacándolas hasta en sus gérmenes más ocultos. La Eucaristía dulcifica la conversión y embellece el perdón llamando al culpable al Festín de los Angeles, y al descender á sus labios trémulos le dice su mismo Juez, su propio Dios: “Mi hijo había perecido pero le he vuelto á encontrar.” “Yo soy, ten confianza!”—“Yo soy el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo.” Recuerda las lágrimas derramadas en las gradas del Santuario, ante el Santo Tabernáculo, los días que solicitabas la divina misericordia! Trae á tu memoria aquellas comuniones, y dime si puedes evocar su recuer-

do, sin alabar con efusión al Sacramento de las misericordias inefables.

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

¿Cuál será la falta y cuál el castigo de aquellos que desprecian la Misericordia divina? Si la Misericordia detiene ahora el brazo de la Justicia, ¿cuáles no serán las terribles represalias de la Justicia, tanto tiempo contenida, pasada la época de la Misericordia? Piensa, reflexiona que cuanto la misericordia es más grande, magnífica y generosa, tanto será más terrible la venganza que por ella tome la justicia. Esfuérzate en hacerte el objeto de la clemente y paternal Misericordia, para no caer un día bajo el cetro vengador de la Justicia!

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Toma la resolución y pide la gracia de no desconfiar jamás de la misericordia en tus caídas y de venir, por lamentables y frecuentes que sean, á postarte á los pies del misericordioso Sacramento, pidiéndole con su perdón, la gracia de confesarlos sin tardanza. La única falta irremediable es la de desesperar de la misericordia de Dios. Pero, á tu vez, sé misericordioso con tus hermanos, en pensamientos, palabras y obras.

PRACTICA:

Procura en todos aquellos sobre los que tienes alguna influencia, infundirles, por tus palabras y consejos, una grande confianza en la Misericordia de Jesús en el Santísimo Sacramento.

TITULOS HUMANOS DE LA EUCARISTIA

I.—NOMBRES DE BONDAD.

Jesús en el Sacramento es el Buen Pastor.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Adora, saluda con alegría, contempla con una mirada llena de amor y de reconocimiento, al Buen Pastor presente delante de tí, bajo los velos del Sacramento. ¡Oh, qué dulce es pronunciar este nombre! ¡Qué hermosos recuerdos de bondad trae á la memoria! ¡Qué confianza, qué paz y qué abandono inspira á el alma que sabe que es la oveja, si no siempre fiel, al menos deseosa de serlo, de este Buen Pastor! Oye como Jesús reivindica para sí con amoroso empeño, el título y las cualidades del Buen Pastor. “Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor sacrifica su vida por sus ovejas.—El mercenario en viendo venir al lobo huye, porque las ovejas no son propias de él y le importan poco. Mas yo soy el Buen Pastor y conozco á mi ovejas, y las ovejas mías me conocen á mí. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre; y pongo mi alma por mis ovejas. Ellas escuchan mi voz; yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna: ellas jamás perecerán, y nadie me las arrancará de la mano.” ¡He aquí la obra del Buen Pastor! El rebaño de su Padre había si-

do, sin alabar con efusión al Sacramento de las misericordias inefables.

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

¿Cuál será la falta y cuál el castigo de aquellos que desprecian la Misericordia divina? Si la Misericordia detiene ahora el brazo de la Justicia, ¿cuáles no serán las terribles represalias de la Justicia, tanto tiempo contenida, pasada la época de la Misericordia? Piensa, reflexiona que cuanto la misericordia es más grande, magnífica y generosa, tanto será más terrible la venganza que por ella tome la justicia. Esfuérzate en hacerte el objeto de la clemente y paternal Misericordia, para no caer un día bajo el cetro vengador de la Justicia!

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Toma la resolución y pide la gracia de no desconfiar jamás de la misericordia en tus caídas y de venir, por lamentables y frecuentes que sean, á postarte á los pies del misericordioso Sacramento, pidiéndole con su perdón, la gracia de confesarlos sin tardanza. La única falta irremediable es la de desesperar de la misericordia de Dios. Pero, á tu vez, sé misericordioso con tus hermanos, en pensamientos, palabras y obras.

PRACTICA:

Procura en todos aquellos sobre los que tienes alguna influencia, infundirles, por tus palabras y consejos, una grande confianza en la Misericordia de Jesús en el Santísimo Sacramento.

TITULOS HUMANOS DE LA EUCARISTIA

I.—NOMBRES DE BONDAD.

Jesús en el Sacramento es el Buen Pastor.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Adora, saluda con alegría, contempla con una mirada llena de amor y de reconocimiento, al Buen Pastor presente delante de tí, bajo los velos del Sacramento. ¡Oh, qué dulce es pronunciar este nombre! ¡Qué hermosos recuerdos de bondad trae á la memoria! ¡Qué confianza, qué paz y qué abandono inspira á el alma que sabe que es la oveja, si no siempre fiel, al menos deseosa de serlo, de este Buen Pastor! Oye como Jesús reivindica para sí con amoroso empeño, el título y las cualidades del Buen Pastor. “Yo soy el Buen Pastor. El Buen Pastor sacrifica su vida por sus ovejas.—El mercenario en viendo venir al lobo huye, porque las ovejas no son propias de él y le importan poco. Mas yo soy el Buen Pastor y conozco á mi ovejas, y las ovejas mías me conocen á mí. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre; y pongo mi alma por mis ovejas. Ellas escuchan mi voz; yo las conozco, y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna: ellas jamás perecerán, y nadie me las arrancará de la mano.” ¡He aquí la obra del Buen Pastor! El rebaño de su Padre había si-

do dispersado, errando á la ventura era presa de los lobos. El Buen Pastor vino á recoger las ovejas y á reunir las en un redil. Va en persecución suya, las atrae y las gana; toma á las descarriadas sobre sus hombros, no abandona á las más débiles, y de todas forma un solo rebaño que va guiando á los prados eternos.—Guarda sus ovejas, vive en medio de ellas y no las abandona ni durante el día ni durante la noche; cura á las heridas y cuida de los corderuelos con delicada ternura; vigila al lobo, lo aparta, lucha con él y le impide á todo trance disminuir la grey: tales son los oficios del verdadero Pastor.—Nada ha omitido Jesús para cumplirlos. Llama á sus ovejas y marcha delante de ellas dándoles buenos ejemplos. Les proporciona los buenos pastos de la verdad y las abreva en las aguas de los consuelos y de las esperanzas celestiales. Por último, con el fin de hallarse en medio de todos los rediles de su gran rebaño, extendido por todo el mundo, multiplica su presencia. ¡Oh, adora, contempla, saluda, ama á este Pastor de las almas, al Cristo dulcísimo del Sacramento.

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Reflexiona en estas verdades y regálale con ellas á fin de hacerle sentir á tu alma, todo el amor, toda la dulzura que encierran. ¿Hay algo más suave que esta comparación del pastor y de las ovejas, para simbolizar las relaciones que Jesucristo nuestro Criador y nuestro Juez, desea tener con nosotros? El pastor es el hombre sencillo, bondadoso, paciente, humilde, preservado por su mismo oficio de los vicios de las ciudades, de la cólera, de la alti-

vez y de la dureza. Es el hombre generoso que abandona su hogar y su lecho para vivir en medio de sus ovejas noche y día. Si alguna se halla herida, si nuevos corderuelos vienen á aumentar su rebaño, redobla su solicitud y se muestra más paciente y más cuidadoso. Pero también, ¡qué alegría tan pura disfruta cuando mira á sus ovejas á su rededor, cuando las ve acudir á su primer llamamiento, comer en su mano, ó dormir en su seno! Estos rasgos en los que Jesús y David, verdaderos pastores, se retrataron á sí mismos, delinean bien, aunque incompletamente, tu fisonomía de Buen Pastor. ¡Sí, no te cansas de velar noche y día bajo la tienda eucarística; *non dormit neque dormitet qui custodit Israel!* En vuestros brazos y en vuestro corazón nos acojes y nos llevas, cuando te recibimos en la Santa Comunión: *Sicut Pastor gregem suum pascet, in brachio suo congregabit agnos, et in sinu levabit, fetas ipse portavit.* En vuestra misma mano comemos, y de ella recibimos el Manjar celestial. *Accipit panem in manus suas et ait: accipite!* Pastor amabilísimo, ¡cuánto te debemos! ¡Sé para siempre bendito!

TERCER CUARTO DE HORA—PROPICIACION.

La recompensa del Buen Pastor la encuentra en el bienestar de sus ovejas, en la seguridad de su rebaño y en su acrecentamiento. Nuestro adorable Pastor estimaría en poco todo lo que ha sufrido y estaría pronto á sufrir todavía más, si al menos nos aprovechásemos de su sacrificio. Mas, ¡cuántas ovejas se pierden á pesar de su vigilancia, obstinándose en arrojarse á las fauces del lobo devorador! Examina tu conducta en presencia del Buen

Pastor, ve si tu fidelidad y docilidad han correspondido á sus cuidados. Y si á menudo has sido oveja ingrata y rebelde, gime, conviértete más sinceramente á El, evita los senderos que te conduzcan al mal. En fin, para indemnizar en parte á este Pastor de tan afable bondad, sé una oveja tanto más asidua en estar junto á él, tanto más amante, generosa y agradecida cuanto que un gran número le hace sufrir abandonándole con inalicable ingratitud.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Fijando en el Tabernáculo tus miradas suplicantes y llenas de confianza, recita esta conmovedora oración de Santo Tomas: "Jesús, Buen Pastor, verdadero Pan de vida, ten piedad de nosotros; nútrenos, protéjenos, danos á gustar los verdaderos bienes de la tierra de los vivos!"

"Bone Pastor, panis vere
Jesu, nostri miserere
Tu nos pasce, nos tuere
Tú nos bona fac videre
In terra viventium!

PRACTICA:

Abandonarse con confianza al Buen Pastor y seguir con generosa fidelidad sus huellas.

Jesús en el Sacramento es el Médico de las almas.

(Primera meditación.)

PRIMER CUARTO DE HORA—ADORACION.

Adora al amabilísimo y poderosísimo Jesús bajo el título de "Médico" que ha querido tomar, y del cual se gloria, cuyos oficios ejerció durante su vida mortal, y continúa ejerciendo ahora en el augustísimo Sacramento de la Eucaristía. "No son los sanos quienes necesitan de médico, sino los enfermos: *no egent qui sani sunt medico, sed qui male habent.*" (Luc. V. 31). Y el médico de la naturaleza humana, del alma y del cuerpo, de todo el Universo y de todos los tiempos es El! Desde el día en que el primer hombre comió del fruto vedado, el veneno se inoculó en las venas de la humanidad, vició sus humores, corrompió su sangre, y de tal modo la debilitó, que la hizo incapaz de ser del todo curada en la tierra; se halla siempre expuesta á los más funestos accidentes, á las más complicadas enfermedades! El pecado ha infectado, desorganizado, corrompido, paralizado al hombre, entranando fatalmente su veneno en su espíritu y en su cuerpo, en su voluntad y en su inteligencia. La nomenclatura de las enfermedades del alma sería más larga de hacer que la del cuerpo, ya increíble. San Agustín ha dicho muy bien: "Para la grande enfermedad que toda la tierra padecía, era necesari-

rio un gran médico: El Verbo vino hecho carne: *magnus de celo venit medicus quia magnus per totum orbe terræ jacebat ægrotus.*” Vino y nos proporcionó los medios de curarnos. En El desde luego, como en su principio vital y en su órgano esencial, curó á la humanidad entera: por el contacto y la unión personal de su divinidad con el alma y el cuerpo que tomó, constituyó una humanidad absolutamente sana, viva y perfecta; y de esta humanidad hizo un principio vivificador, una medicina poderosa que cura y restaura á todos los hombres en los cuales se inculca. Este principio restaurador nos lo ha comunicado por sus palabras, que curan las inteligencias; por sus bondades y amor, que reaniman y rejuvenecen los corazones; por sus sacramentos, que penetran las almas y difunden en ellas sus virtudes y su vida. Honra al médico, dice el Espíritu Santo, pues el Altísimo es quien lo ha criado en su misericordia para curarte. *Honora medicum propter necessitatem, etenim illum creavit Altissimus. A Deo est omnis medela.* Honra y adora en Jesús la ciencia y la sabiduría perfecta del médico; pues él sabe por ciencia y por experiencia todos nuestros males y todos sus remedios; honra, adora en El su infatigable y empeñosa solicitud, que ninguna enfermedad, ninguna llaga por rebelde é ingrata que sea, enfría, ni entibia; hónrale y confíale tu curación; pero obedece todas sus prescripciones con escrupulosa fidelidad, y abandónate á su bondad, á su poder, á su sabiduría.

2.º CUARTO DE HORA.— ACCION DE GRACIAS.

No puede uno recordar, sin sentirse avasallado por el reconocimiento, la bondad, la dulzura, la paciencia, la diligencia, con que Jesús, médico de las almas y de los cuerpos, se aplicaba á curarlos durante su vida. Iba hácia los enfermos, los llamaba y se dejaba rodear de ellos. Multitud de ellos le seguían siempre: *Magna multitudo languentium;* y á todos curaba: *Et curabantur omnes;* ya por medio de una palabra, ya por algún contacto, ó bien aproximándose al enfermo ó inclinándose sobre él y dándole con la salud del cuerpo, palabras de consuelo, y á menudo la fé, la conversión y la paz del alma. A aquellos que sufrían enfermedades del alma, peores que las del cuerpo, á los afligidos, á los abatidos, á todos los que lloraban, les prometía curarlos, reanimarlos, exhortándolos solamente á que llegasen á El. *Venite ad me omnes qui laboratis... et ego reficiam vos.* Ahora hace más, ó si te parece más exacto, dí extiende más su acción curativa y la ejerce con mayor amor. Viene á cada alma, la visita y penetra en ella, como si fuera para darse cuenta de todas sus llagas, de todas sus enfermedades, de todas las fuentes de sus sufrimientos: lo visita todo, penetra por todas partes para curarlo todo. Viene en persona, y su visita se prolonga; permanece cerca del enfermo y en él mismo. Todos los remedios están encerrados en uno solo que es maravilloso: es El mismo; sí, su divinidad y su humanidad, su alma y su cuerpo, su sangre y su corazón, sus virtudes y sus méritos, de todo esto ha hecho un remedio, un colirio, un unguento de vida y de inmortalidad. *Panis pharmacum immortalitatis est, mortis antidotum*

medicamentum purgans vitia et omnia pelens mala, (S. Ign. Antioch); y lo aplica al alma, al corazón, á las facultades, á las pasiones. Viene todos los días; y cada día aplica con la misma dulzura, con la misma condescendencia el remedio divino que encierra todas las virtudes, todas las eficacias. ¡Oh, qué fácil es de tomar este dulcísimo remedio! Bien ha dicho el Espíritu Santo: "El Médico celestial ha compuesto remedios de suavidad, un óleo perfumado: *In his curans mitigabit dolorem, et unguentarius faciet pigmenta suavitatis, et unctiones conficiet sanitatis et non consummabuntur opera ejus.*" (Eccle. xxxviii.) La curación es lenta, poco manifiesta, á menudo contrariada y detenida por las imprudencias y desobediencias del enfermo, no importa! No se desalienta y viene con la misma tierna solicitud; lo hará así hasta el fin, hasta el último día de la vida. ¡Oh Médico dulce y caritativo! ¡Quién dejaría de tener confianza en Tí y no te vendrá á dar las gracias con efusión!

PRACTICA:

Exponer nuestras penas, nuestras llagas, nuestras enfermedades al Divino Médico del Tabernáculo, y recibir á menudo la comunión bajo la forma de remedio.

Jesús en el Sacramento es el Médico de las almas.

(Continuación de la meditación anterior.)

PRIMERA MEDIA HORA.—PROPICIACION.

Esfuérzate en ver sin rodeos, sin ilusiones, el número, gravedad y horror de las enfermedades á cuyos mortales ataques ha estado sujeta tu alma, y de los que todavía se siente amenazada. La concupiscencia es el fuego encendido en el interior de nuestro mismo sér, la fuente que mana continuamente podre; el modo en que vives, el aire que respiras, toda la creación sensible obran por fuera sobre este fuego interno. Oh! si pudiéses comprender tu debilidad y flaqueza; te despreciarías á tí mismo, y recurrirías con absoluta y humilde confianza al misericordiosísimo Médico celestial!—En lugar de hacer ésto, permanecemos lejos de El, despreciamos sus órdenes, rechazamos sus remedios; preferimos recurrir á las criaturas y buscar en ellas lo que sólo el Criador puede darnos. Pero, como la hemorroisa del Evangelio, gastamos en remedios inútiles todos los recursos de nuestra confianza, y nuestro estado va cada día agravándose: *Erogaverat in medicos omnem substantiam suam!* Ah! estas resistencias insensatas son las que nos ocasionan tantos males y le causan tan gran pesar á nuestro compasivo Médico! Démosle nuestra confianza á El que la merece, y no le avergoncemos dándoles á las criaturas la preferencia. *Fili in tua infirmitate, ne despicias teipsum; da locum medico, etenim*

illum Dominus creavit; et non discedat á te quia opera ejus sunt necessaria. (Ecclí). La reparación no sería completa, si no deploras la insensatez y el furor de aquellos que, no contentos con ocultarle al Divino Médico sus mortales enfermedades, le persiguen con odio, le ultrajan, le hieren, apartan de él á sus hermanos enfermos, negándole su ciencia y la eficacia de sus remedios, poniéndole en ridículo é impidiéndole por la fuerza acercarse á ellos. San Agustín los estigmatiza con el mismo anatema que á los verdugos del Médico que del cielo vino á curarlos: *Homines desperare ægrotabant, et ipsa ægritudine qua mentes perdiderant, etiam medicum, cædebant, quin et occidebant.* Siempre cariñoso, siempre bueno, hacía poco caso de su honor y de su vida, no pensando sino en triunfar de nuestra malevolencia por su amor y su paciencia; continuaba orando por los frenéticos que le rechazaban, y cuando derramaban cruelmente su sangre, la ofrecía por su salvación. Hizo resaltar su bondad ante su vista para confundir su orgullo y ablandar la dureza de sus corazones. *Ille autem, etiam cum occideretur medicus erat: vapulabatur et curabat; patiebatur phæneticum nec deserebat ægrotum,* atado, encarcelado, burlado, crucificado, pensaba en una sola cosa; que era el Médico que había venido á curarlos. *Tenebatur, obligabatur, percutiebatur, irridebatur, suspendebatur, et medicus erat.* Oh! estos prodigios de amor, de generosidad, de paciencia y de humildad, tienen necesidad de ser comprendidos, para que el Médico celeste, víctima de su caridad, reciba en el respeto, obediencia, fidelidad y generosidad de los suyos, las compensaciones debidas á su dignidad, y los consuelos que su corazón reclama . . .

SEGUNDA MEDIA HORA.—ORACION.

Complácete en repetir, apropiándotelas, las oraciones, las súplicas redobladas, las exclamaciones de angustia y de dolor que los pobres enfermos hacían llegar al Médico divino para obtener de él su curación; y recuerda, para sostener tu confianza, que fueron siempre escuchados, si no en seguida, para que su confianza fuera probada, al menos un poco más tarde.—Dí con el ciego de nacimiento: “Señor, haz que yo vea!”—Con los dos ciegos de Jericó: “Ten piedad de nosotros, Jesús, hijo de David!”—Exclama con la Cananea: “Ten piedad de mí, Señor, hijo de David: mi hija está atormentada por el demonio!”—y aun todavía: “Señor, escúchame! No merezco las migajas que nutren a los cachorros al pie de la mesa de sus señores!”—Con el pobre padre del poseso: “Señor, ten piedad de mi hijo que está poseído del espíritu maligno, que le aflige terriblemente!”—Con los leprosos, que viéndole venir de lejos, elevan la voz y exclamaban: “Jesús, buen Maestro, ten piedad de nosotros!” Si el orgullo, la impaciencia ó el desaliento, quieren disuadirte de continuar tus plegarias, exclama como el ciego de Jericó, con mayor fuerza y perseverancia. Que tu oración, aunque ardiente y continua sea humilde, como la del Centurión: “Señor, mi hijo está parálítico, y sufre horribles torturas. . . . No soy digno de que vengas á mi modesta morada; más dí una sola palabra y será curado!”—En fin, dí con la Iglesia, con el sacerdote que la repite todos los días, poco antes de comulgar, esta hermosa oración dirigida al Médico celestial: Que la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre, que voy á recibir, á pesar de mi indignidad,

no sea para mi condenación, sino que, por tu misericordiosa piedad, me sirva para justificar mi alma y mi cuerpo, y de remedio seguro: *Perceptio corporis tui, Domine Jesu Christi, quod ego indignus sumere presumo, non mihi proveniat in iudicium et condemnationem, sed pro tua pietate, prosit mihi ad tutamentum mentis et corporis et ad medietan percipiendam.*

PRACTICA:

Exponer nuestras penas, nuestras llagas y nuestras enfermedades, al Divino Médico del Tabernáculo, y recibir á menudo la comunión para su remedio.

Jesús en el Sacramento es nuestro
compañero.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Jesús, á quien adoro sobre este altar, á quien hallo noche y día, á quien encuentro siempre por donde quiera que valla; Jesús, tú que has salido á mi encuentro en mi primera Comunión; en el momento en que, saliendo de las prisiones de mi ignorancia, mi razón comenzaba á marchar por los caminos de su albedrío, y á quien desde ese día he encontrado siempre á mi lado; oh! qué cierto es que eres, como la has dicho por la boca de tus profetas,

y como lo enseñan los doctores de la iglesia, “mi compañero!” Yo te adoro bajo este nombre de bondad que te abate hasta mí! Veniste al mundo para estar con nosotros, para acompañarnos y permanecer unido con nosotros en todas partes, por humildes, oscuros, difíciles y temibles que sean nuestros caminos! Tenemos que atravesar la vida y el tiempo, para llegar al cielo: ¡Qué viaje! ¡Qué ruta! ¡Qué sombrío es este valle de lágrimas! ¡Cuántas cumbres tenemos que trepar, cuántos precipicios que atravesar!—No importa. Tú te has hecho nuestro compañero de camino y marchas con nosotros: *et iban cum illis!*—Estamos obligados al trabajo, á una larga y dura labor, que comienza en la mañana de la vida y no termina sino en la noche fría y nebulosa de la ancianidad. ¡Qué tierra tan ingrata! ¡Qué trabajo tan penoso! No importa. Has tomado nuestro yugo y compartido con nosotros el trabajo: trabajo manual, fatigas del apostolado, trabajas sin decaer y nos enseñas á no emprender nueva tarea sin tí, pues sin tu ayuda no podemos hacer cosa alguna útil.—Nacemos para el combate: y nuestra vida recorre un campo de batalla: combate encarnizado y sin tregua, pérfido y sin misericordia. No importa. Tú combates con nosotros, participas de nuestras pruebas ¡oh valeroso compañero nuestro de guerra!—Estamos condenados al destierro; nuestra patria es el cielo.

Nuestra ingratitud y nuestro orgullo nos han arrojado á un país extranjero, dominado por un príncipe sanguinario y cruel, llamado Satán, y nos hallamos en medio de naciones que nos odian y procuran nuestro exterminio.—No importa. Tú te has separado de tu hermoso país del cielo, morada de tu Padre, has abandonado las legiones an-

géticas que se ocupan en ensalzarte y servirte en los alcázares de tu glorioso reino y te has hecho el compañero de nuestro destierro, y te encuentras, como nosotros, aborrecido, perseguido y combatido!—Hemos sido condenados á llevar cadenas ignominiosas, nuestros crímenes contra la Majestad divina y nuestras inmensas deudas á su Justicia nos han hecho cautivos insolventes. ¡Cuán duros, crueles y despóticos son nuestros carceleros, los demonios y los vicios, los dolores y los sufrimientos! Jamás dan tregua á su tiranía y quisieran hacernos caer de la cárcel de los sufrimientos temporales á las mansiones de los suplicios eternos!—Y has descendido hasta nuestra prisión, ¡oh Hijo del Altísimo! Nuestras crueles cadenas, nuestros lazos ignominiosos han oprimido tus brazos, encadenado tus pies, posado sobre tu corazón. Jesús, yo te adoro, oh compañero de mi cautividad y de mis cadenas!

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Oh! qué dulce es saborear estas verdades delante del tabernáculo, en el que hace más de diez y nueve siglos, persevera acompañándonos, compartiendo las fatigas de nuestro viaje, las necesidades de nuestros combates, las amarguras de nuestro destierro, los desconsuelos é ignomias de nuestra cautividad! No has soportado todas estas penas, afrontado todas estas fatigas durante los cortos días de tu existencia? No tarda mucho la jornada de la vida; y si has sido fiel entrarás en el reposo y recibirás tu recompensa; tu destierro habrá ya terminado; tus cadenas se habrán quebrantado, y las señales que te hayan impreso brillarán como glo-

riosos estigmas.—Pero Jesús, nuestro adorable compañero, ¡ah! su jornada no terminará sino con los siglos, en la noche última del mundo! Semejante á esos hombres generosos que, por el amor de Dios, se ofrecen á pasar á los viajeros al través de los precipicios, se presenta sucesivamente á todas las generaciones que comienzan el viaje de la vida para guiarlas; anda errante con los desterrados por todas las regiones de la tierra, endereza por todas partes sus pasos, no retrocede ante ningún clima por malsano que sea, ni ante ningún desierto por horrible que pueda parecer. ¡Oh Amor! ¡Oh generosidad heroica! ¡Oh magnanimidad sublime! Regálate considerando los bienes que recibes de este incomparable compañero! La dulzura de su compañía, el encanto de su conversación, la condescendencia de su carácter; la buena dirección de tus caminos, la seguridad de tu viaje; el alejamiento de tus enemigos. Mostrándose tan generoso como previsor se ofrece á todos; á los viajeros dezasonados, á los trabajadores fatigados, á los desterrados afligidos, á los prisioneros abatidos, á todos les ofrece las provisiones inagotables que ha preparado para ellos; su carne y su sangre, manjar dulcísimo, pan fortificante, gusto anticipado de la patria! ¡Oh amable é infinitamente amable compañero!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

Examina si tu fidelidad ha correspondido á la suya: si no le has hecho alguna vez falsa compañía ó pérfida; si no has rehusado neciamente su asistencia; si no les has dado la preferencia á los compañeros que te lisonjeaban, pero que ciegos y

egoístas, no podían menos que conducirte al abismo; si no has resistido con frecuencia á sus inspiraciones, rechazando sus consejos, descuidando sus indicaciones; si en fin has sido para con él compañero descortés y desvergonzado haciendo inútiles sus combates, estériles sus socorros, más amargo su destierro, más dolorosa su cautividad!—Examina, repara, contrístate.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Pide todas las gracias, todas las virtudes que forman la fidelidad, que la aseguran y que la afirman hasta el fin, y sé en adelante un compañero fiel de Jesús. Pide también, para poner en práctica sus deseos, explicar sus palabras, asegurar los medios de su fidelidad, un compañero visible de tu vida espiritual, prudente, desinteresado y sobrenatural en todos sus caminos.

PRACTICA:

Habítuate á la compañía de Jesús por la visita cotidiana al adorable Compañero del Tabernáculo.

Jesús en el Sacramento es nuestro Siervo.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

“*Ecce servus meus*, he aquí á mi siervo.” Esta expresión de Dios Padre nos propone un nuevo tí-

tulo que adorar en Jesucristo, una nueva forma de amor que contemplar y bendecir. “Siervo, esclavo,” pues estas dos palabras son sinónimas en latín, y la palabra *servus* tiene más bien el segundo sentido que el primero; tal ha querido ser el Hijo de Dios ante su Padre, tal ha querido ser nuestro Redentor y nuestro Rey ante nosotros.

“Se ha anonadado, dice San Pablo, el que sin usurpación podía decirse igual á Dios, tomando la forma de esclavo: *forma servi accipiens*.” Le bastó para aparecer en la condición de esclavo á los ojos de Dios y de los hombres, tomar el estado de la naturaleza humana en las condiciones á que la había reducido el pecado del primer hombre. Desde aquel día el hombre había dejado de ser hijo de la casa de su Padre y heredero de sus bienes; su alma no se sometía á la suave sujeción de Dios, ni el cuerpo á el alma. Dios le miraba como á un esclavo rebelde, del cual debía exigir todos los trabajos, sin prometerle ninguna recompensa. En estas condiciones vino el Hijo de Dios; se hizo hombre pasible, mortal, expuesto á todas las exigencias, á todos los castigos de la Justicia Divina.

Cierto día, ciñéndose una toalla, tomó una vasija de agua, y se puso de rodillas delante de sus apóstoles para lavarles los piés. Entonces se le oyó proclamar que “el hijo del hombre no ha nacido para ser servido, sino para servir: *venit enim filius hominis ministrare et non ministrari*.” Un instante después, servía á sus discípulos en la mesa y se consagraba para siempre al servicio de la humanidad. Como el antiguo esclavo se hacía una especie de cosa que á voluntad de la mano se gobierna, *mancipium*, así Jesús, el Hijo de Dios vivo, el Hijo del Rey, la libertad increada, la independencia

eterna, se hizo una cosa, un objeto de servicio que El nos ha puesto, entre las manos para que podamos usarla á nuestra voluntad. *Accipit panem in manus et ait: Accipite ex eo omnes!* ¡Oh alma mía, contempla y admira esta profunda y maravillosa muestra de sujeción!—Adora en silencio esta maravilla del Rey de la gloria hecho esclavo tuyo, para confundirte y para anonadarte!

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

Las maravillas más incomprensibles, El Todopoderoso las ha hecho siempre con amor, están llenas de armonía, de encanto y de dulzura, aun aquellas que parecen asociar los más contrarios elementos, y violentar las leyes mejor establecidas. Así este increíble abatimiento de Jesús, respira amor, bondad, generosidad y condescendencia, y el alma que le contempla, se siente más movida al reconocimiento que á la admiración. Por amor se hace nuestro esclavo en el acto supremo de su amor: *in finem dilexit*; nos pide que aceptemos con amor y reconocimiento sus servicios. Quiere ennoblecer nuestra dependencia hácia Dios y hácia el prójimo, realizándola, haciendo una esclavitud voluntaria, una servidumbre libremente aceptada, animada de amor, y llevada por la generosidad hasta el sacrificio heroico. Para conseguir ésto, hace brillar en la servidumbre á que se ha sujetado en el Sacramento, las grandes y amables cualidades de que quiere vernos adornados y enriquecidos. Contempla cuánta es su fidelidad en la Hostia: siempre allí, de noche y de día, siempre vigilante, siempre atento, siempre pronto: acude á la primera

palabra, no oponiendo nunca resistencia; cuánta es su humildad, se hace pequeño y se oculta con tanto empeño, cubriéndose con un vestido tan humilde y tan pobre, guardando un silencio tan lleno de deferencia. Auxilia á los buenos en sus empresas, ruega por los malos, inmolandose por desviar de ellos los castigos que merece su endurecimiento. ¡Cuán bueno es! cuán dulce, cuán benévolo, cuán paciente y cuán amable! Se siente feliz cuando nos sirve, y nos dice, y nos hace sentir en el fondo del corazón que es para él una alegría, una felicidad servirnos y ser nuestro esclavo! Oh siempre amable servidor de Dios y de los hombres en la Hostia, sé alabado y amado como mereces!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

La humilde y heroica sumisión de Jesucristo aumenta sobremanera la gravedad del orgullo, de la rebelión á las órdenes de Dios, y por consiguiente, de todo pecado. *Non serviam* le responde á Dios la criatura, que desde la primera culpa está sujeta al yugo más ignominioso. Mas Jesús: *Servus tuus sum ego Veni ut faciam voluntatem tuam*. He venido, ¡oh Padre mío! para hacer tu voluntad, así habla el servidor del Tabernáculo. Qué contraste! —Pero al mismo tiempo, qué lección, siempre dada en términos elocuentes, claros y apremiantes, de servir á nuestros hermanos, de ocuparnos de ellos, de humillarnos delante de ellos, y de soportarlos, qué ejemplo el de Jesús, servidor de todos en el Tabernáculo! No has visto escrito en todas las Hostias estas irrefragables palabras del Salvador: “Vosotros me llamais Maestro y Señor, y te-

néis razón porque lo soy.” Pues si yo, vuestro Señor, os he lavado los piés, debéis vosotros prestaros los mutuos servicios que reclama la caridad.” Examínate, confiesa tus faltas y repáralas!

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Toma la resolución y pide la gracia de servir siempre con la más grande fidelidad al Salvador, que se ha hecho siervo en el Sacramento. Sirvele, El merece tus servicios y los espera, vuélvele servicio por servicio; sirvele como él te sirve, al menos ten fijos en El siempre los ojos, para aprender cómo se sirve cuando se ama verdaderamente!

PRACTICA:

Ofrécete cada mañana á tu Dios, á tu Señor en el Sacramento, en todo lo que hicieres ó padecieres.

Jesús en el Sacramento es nuestro
Huésped.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

“¡Jesús nuestro Huésped!”—¡Nombre dulcísimo! Nombre de bondad que significa amor y condescendencia: amor de nuestro Rey que nos invita

y recibe, condescendencia de nuestro Salvador que quiere ser invitado y recibido. La hospitalidad es en efecto activa y pasiva, y bajo este doble aspecto es Jesús nuestro Huésped, y bajo ambos debe ser considerado y amado. ¡Oh, qué verdaderos son todos estos nombres de bondad! ¡Qué dulces y conmovedoras son las relaciones que establecen entre Jesús y nosotros!

Adora, pues, á Jesús, como á tu Huésped que quiere recibirte y con este fin te invita. Escucha lo que dice: “*Venite ad me omnes: Venid todos á mí.*” Insta, insiste: sus invitaciones son órdenes. Su morada domina las nuestras, visible, siempre abierta, siempre accesible; es verdaderamente la casa común, la casa de todos; y el Salvador allí se halla para recibirnos. Te recibe, para consolarte con su suavísima conversación; acepta tus homenajes, oye tus súplicas y tus quejas. Te invita á su divino banquete para nutrirte; su mesa está siempre aderezada, ricamente provista y servida por ángeles; festín del Rey, festín de Dios, al cual te invita, no una vez, sino todos los días de tu vida! Mas aún, te invita y te impele dulcemente á entrar, á permanecer y establecer tu morada en El mismo, en su Corazón: “*Permaneced en mí!*” Quiere que junto al Tabernáculo hagas tu morada, y que gustes todos los cuidados, todas las alegrías de la hospitalidad más exquisita y benévola! ¡Oh, qué Huésped tan magnífico y tan bueno, tan generoso y benévolo!

Pero al mismo tiempo quiere que nosotros le hospedemos; el Señor se ha hecho hombre, pobre, extranjero, para proporcionarle á su criatura el honor, el mérito y la alegría de ofrecerle hospitalidad. *Hospes eram. et collegistis me.* Siendo Niño, María

néis razón porque lo soy.” Pues si yo, vuestro Señor, os he lavado los piés, debéis vosotros prestaros los mutuos servicios que reclama la caridad.” Examínate, confiesa tus faltas y repáralas!

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Toma la resolución y pide la gracia de servir siempre con la más grande fidelidad al Salvador, que se ha hecho siervo en el Sacramento. Sirvele, El merece tus servicios y los espera, vuélvele servicio por servicio; sirvele como él te sirve, al menos ten fijos en El siempre los ojos, para aprender cómo se sirve cuando se ama verdaderamente!

PRACTICA:

Ofrécete cada mañana á tu Dios, á tu Señor en el Sacramento, en todo lo que hicieres ó padecieres.

Jesús en el Sacramento es nuestro
Huésped.

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

“¡Jesús nuestro Huésped!”—¡Nombre dulcísimo! Nombre de bondad que significa amor y condescendencia: amor de nuestro Rey que nos invita

y recibe, condescendencia de nuestro Salvador que quiere ser invitado y recibido. La hospitalidad es en efecto activa y pasiva, y bajo este doble aspecto es Jesús nuestro Huésped, y bajo ambos debe ser considerado y amado. ¡Oh, qué verdaderos son todos estos nombres de bondad! ¡Qué dulces y conmovedoras son las relaciones que establecen entre Jesús y nosotros!

Adora, pues, á Jesús, como á tu Huésped que quiere recibirte y con este fin te invita. Escucha lo que dice: “*Venite ad me omnes: Venid todos á mí.*” Insta, insiste: sus invitaciones son órdenes. Su morada domina las nuestras, visible, siempre abierta, siempre accesible; es verdaderamente la casa común, la casa de todos; y el Salvador allí se halla para recibirnos. Te recibe, para consolarte con su suavísima conversación; acepta tus homenajes, oye tus súplicas y tus quejas. Te invita á su divino banquete para nutrirte; su mesa está siempre aderezada, ricamente provista y servida por ángeles; festín del Rey, festín de Dios, al cual te invita, no una vez, sino todos los días de tu vida! Mas aún, te invita y te impele dulcemente á entrar, á permanecer y establecer tu morada en El mismo, en su Corazón: “*Permaneced en mí!*” Quiere que junto al Tabernáculo hagas tu morada, y que gustes todos los cuidados, todas las alegrías de la hospitalidad más exquisita y benévola! ¡Oh, qué Huésped tan magnífico y tan bueno, tan generoso y benévolo!

Pero al mismo tiempo quiere que nosotros le hospedemos; el Señor se ha hecho hombre, pobre, extranjero, para proporcionarle á su criatura el honor, el mérito y la alegría de ofrecerle hospitalidad. *Hospes eram. et collegistis me.* Siendo Niño, María

y José le dieron hospitalidad en Nazaret. Hombre, después de las fatigas de su apostolado, era recibido en casa de Lázaro, donde Marta y María le acogían con amor. Ahora en la humildad de su Sacramento, nos pide iglesias y Tabernáculos. Pero una morada le es más cara, y en ella es donde desea ser recibido: esta es la morada íntima, el Santuario del corazón y del alma. "*Manete in me, et ego in vobis.* Déjame permanecer en tí." Sí, en tí, como yo permanezco en mi Padre. Tú, en mí, Padre, y yo en ellos! Prefiere al alma más ignorante y más pobre, si es pura y amante, al templo más suntuoso, á la basílica levantada con mármoles y oro. — ¡Oh, adora á este Huésped divinol ¡Abrele tu corazón, prepárate para acogerle con suma bondad, y trátale tan bien que no pueda jamás separarse de tí!

2. ° CUARTO DE HORA—ACCION DE GRACIAS.

Trae á la memoria todos los bienes que has encontrado en la hospitalidad que te ofrece Jesús. — *Melior est dies una in atriis tuis super millia.* — "Un día en tu morada vale más que mil en la mansión más hospitalaria de la tierra!" Así el Profeta se estremecía de alegría al pensar que iría á la casa del Señor: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: In domum Domini ibimus!*" Y la llamaba la morada de paz en la que deseaba colocar el lugar de su reposo: *hæc requiis mea in sæculum sæculi.*" — En efecto, cerca de Jesús y en Jesús se halla la seguridad contra los ataques del enemigo; cerca de Jesús y en Jesús se halla el encanto de la conversacion divina; cerca de Jesús y en Jesús, se hace

el trabajo fácil y fecundo; cerca de Jesús y en Jesús, se santifica la vida! — Pero, ¿qué diremos de los bienes que reportamos cuando recibimos á este Huésped agradecido, que paga con excelsa liberalidad la hospitalidad que se le ofrece? Semejante al profeta Elías que pagaba con milagros la hospitalidad de la viuda de Sarepta; semejante á aquellos santos peregrinos cuyo paso entre huéspedes caritativos, dejaba siempre la huella de algún favor largo tiempo deseado y milagrosamente obtenido, Jesús nos colma de beneficios cuando á nosotros viene. Recibido en Bethsaida, cura á la suegra de Pedro de la fiebre que la tenía postrada. Es recibido en Bethania, y devuelve á sus hermanas á Lázaro resucitado. Seamos pobres ó ricos, si la morada de nuestra alma está decaída, El la curará, la instruirá, la pacificará y la bendicirá, y su bendición será la prenda de todos los bienes del tiempo y de la eternidad. Feliz, pues, el alma que le recibe á menudo y le trata con bondad.

TERCER CUARTO DE HORA—PROPICIACION.

Pesa la gravedad de la falta que cometen aquellos que rehusan ser recibidos por este Huésped magnífico y bondadosísimo, y la de aquellos que rehusan recibirle. Los primeros cometen junto con una insoportable injuria, un acto de desprecio, un verdadero ultraje. Rechazan el honor de aproximarse á Dios, la alegría de participar de la Felicidad infinita; y bajo qué miserables pretextos, y por qué estúpidas preferencias! Pero las invitaciones del Hijo de Dios no pueden quedar estériles: rechazadas se cambian en condenaciones. — No recibirle, es un acto de dureza, una crueldad. Se en-

cuentra allí, á la puerta de nuestro corazón, pobre, fatigado, por el hambre y por la sed. Oyele: "*¡Ecce sto et pulso!*" Abreme, oh alma, á quien amo como á una hermana, ¡ábreme, que he pasado la noche fuera y mis cabellos se hallan humedecidos por el helado rocío de la mañana! ¿Cómo rechazar á este Excelso desterrado que suplica de una manera tan tierna y conmovedora? Y, sin embargo, cuántas almas le cierran las puertas de su corazón! ¡Cuántas le reciben para rechazarle luego! ¡Cuántas le reciben por fuerza ó por ostentación, y no le tratan como merece! Llegará un día en que escucharán de los labios que le pedían hospitalidad, estas terribles palabras: "Id, malditos: no os conozco; fuí vuestro Huésped y no me recibisteis: *Hospes eram et non collegistis me!*"

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Pídele al Divino Huésped que olvide tu ignorancia, tus negligencias, tus infidelidades, y que no deje de venir á tí: *mane nobiscum Domine*. Pide con el buen Ladrón ser recibido en su reino: *Domine memento mei cum veneris in regnum tuum*.

PRACTICA:

No dejar de visitar á Jesús, sin gravísimas razones, recibéndole en la santa comunión, y si se nos impone esta privación, mirarla como una verdadera desgracia.

METODO DE ADORACION

SEGUN LOS CUATRO FINES DEL SACRIFICIO.

Se divide la hora de adoración en cuatro cuartos. En cada cuarto, se honra á Nuestro Señor, según uno de los cuatro fines del sacrificio, es decir, con la Adoración, Acción de gracias, la Propiciación y la Petición.

PRIMER CUARTO DE HORA—ADORACION.

1.º Adora á nuestro Señor en su Sacramento, por el homenaje exterior del cuerpo. Ponte de rodillas desde que divises á Jesús en la adorable Hostia. Prostérnate con gran respeto delante de El, en señal de tu dependencia y de tu amor. Adórale en unión de los Reyes Magos que adoraron al Niño Dios en su humilde pesebre envuelto en pobres pañales.

2.º Después de este primer homenaje silencioso y espontáneo, adora á Nuestro Señor con un acto de fé exterior. Este acto de fé es muy útil para abrimos los sentidos, el corazón y el espíritu á la piedad eucarística. Te abrirá el Corazón de Dios y el tesoro de sus gracias.

3.º Ofrecele luego á Jesús el homenaje de tí mismo, determina el homenaje de cada una de las facultades tu de alma: de tu espíritu para conocerle mejor, de tu corazón para amarle, de tu voluntad para servirle, de tu cuerpo y de sus diversos sentidos para que cada uno de ellos le

cuentra allí, á la puerta de nuestro corazón, pobre, fatigado, por el hambre y por la sed. Oyele: "*¡Ecce sto et pulso!*" Abreme, oh alma, á quien amo como á una hermana, ¡ábreme, que he pasado la noche fuera y mis cabellos se hallan humedecidos por el helado rocío de la mañana! ¿Cómo rechazar á este Excelso desterrado que suplica de una manera tan tierna y conmovedora? Y, sin embargo, cuántas almas le cierran las puertas de su corazón! ¡Cuántas le reciben para rechazarle luego! ¡Cuántas le reciben por fuerza ó por ostentación, y no le tratan como merece! Llegará un día en que escucharán de los labios que le pedían hospitalidad, estas terribles palabras: "Id, malditos: no os conozco; fuí vuestro Huésped y no me recibisteis: *Hospes eram et non collegistis me!*"

ULTIMO CUARTO DE HORA.—ORACION.

Pídele al Divino Huésped que olvide tu ignorancia, tus negligencias, tus infidelidades, y que no deje de venir á tí: *mane nobiscum Domine*. Pide con el buen Ladrón ser recibido en su reino: *Domine memento mei cum veneris in regnum tuum*.

PRACTICA:

No dejar de visitar á Jesús, sin gravísimas razones, recibéndole en la santa comunión, y si se nos impone esta privación, mirarla como una verdadera desgracia.

METODO DE ADORACION

SEGUN LOS CUATRO FINES DEL SACRIFICIO.

Se divide la hora de adoración en cuatro cuartos. En cada cuarto, se honra á Nuestro Señor, según uno de los cuatro fines del sacrificio, es decir, con la Adoración, Acción de gracias, la Propiciación y la Petición.

PRIMER CUARTO DE HORA—ADORACION.

1.º Adora á nuestro Señor en su Sacramento, por el homenaje exterior del cuerpo. Ponte de rodillas desde que divises á Jesús en la adorable Hostia. Prostérnate con gran respeto delante de El, en señal de tu dependencia y de tu amor. Adórale en unión de los Reyes Magos que adoraron al Niño Dios en su humilde pesebre envuelto en pobres pañales.

2.º Después de este primer homenaje silencioso y espontáneo, adora á Nuestro Señor con un acto de fé exterior. Este acto de fé es muy útil para abrimos los sentidos, el corazón y el espíritu á la piedad eucarística. Te abrirá el Corazón de Dios y el tesoro de sus gracias.

3.º Ofrecele luego á Jesús el homenaje de tí mismo, determina el homenaje de cada una de las facultades tu de alma: de tu espíritu para conocerle mejor, de tu corazón para amarle, de tu voluntad para servirle, de tu cuerpo y de sus diversos sentidos para que cada uno de ellos le

glorifique á su manera. Ofrécele, sobre todo, el homenaje de tus pensamientos, anhelando que la Eucaristía sea el pensamiento que absorva tu existencia; de tus afectos, llamando á Jesús, el Rey y el Dios de tu corazón; de tu voluntad, encaminándola á su servicio, á su amor y á su gloria; de tu memoria, para acordarte solo de El, y vivir así en El, y para El.

4.º Como tus adoraciones son tan imperfectas, únelas á las adoraciones de la Santísima Virgen en Belén, en Nazaret, en el Calvario, en el Cenáculo y al pié del Tabernáculo; únelas á las adoraciones actuales de la Santa Iglesia, de todas las almas santas que adoran á Nuestro Señor en este momento, y á las de toda la corte celestial que le glorifica en el cielo.

2.º CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

1.º Adora y bendice el amor inmenso que Jesús te tiene en este divino Sacramento. Para no dejarte solo y huérfano en esta tierra de destierro, vino personalmente del cielo para hacerte compañía. Dale gracias con todas tus fuerzas en unión de todos los Santos.

2.º Admira los sacrificios que se impone en el estado Sacramental: oculta su gloria divina y corporal, para no deslumbrarnos ni cegarnos; vela su Majestad, á fin de que vayas á verle y á hablarle como un amigo á su amigo; liga su omnipotencia, para no atemorizarte; temple los ardores de su Corazón porque no podrías soportar la fuerza de su ternura: solo nos deja ver su bondad, que traspira y se escapa al través de las Santas Especies, como los rayos del sol al través de una nube ligera. ¡Qué

bueno es, en efecto, Jesús Sacramentado! Está siempre lleno de amor para contigo. Olvida tus pecados, tus imperfecciones, cuando vas á verle, para no manifestar sino amor, alegría y ternura.

¡Oh! dale gracias á este buen Jesús con toda la efusión de tu alma. Dale gracias al Padre por haberte dado á su Hijo. Dale gracias al Espíritu Santo por haberle encarnado de nuevo sobre el altar, por ministerio de los sacerdotes. ¡Invita al cielo y la á tierra, á los Angeles y á los hombres, á bendecir tanto amor para contigo!

3.º Contempla el estado sacramental en el cual Jesús se ha puesto por tu amor. Está en la Eucaristía, tan pobre como en Belén. Mira cuánta es su obediencia, pues obedece con prontitud y dulzura á todo el mundo, aún á sus enemigos. Admira su humildad; desciende hasta los límites de la nada, pues se une sacramentalmente á las especies inanimadas. Su amor para con nosotros le hace nuestro prisionero.

4.º Une tu acción de gracias á la de la Santísima Virgen. Con ella, repite con regocijo el *Magnificat* de tu reconocimiento y de tu amor, y dí sin cesar: ¡Oh Jesús—Hostia, qué bueno eres, amante y amable!

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

1.º Adora y consuela á Jesús abandonado de los hombres en el Sacramento de su amor. El hombre tiene tiempo para todo, menos para ir á visitar á su Señor y á su Dios que le espera en el Tabernáculo. ¡Oh pobre Jesús, podrías suponer tanta indiferencia de parte de aquellos que has redimido, de tus amigos, de tus hijos, de mí mismo!

2.º Lloro por Jesús, aprisionado, insultado, abofeteado, crucificado más indignamente en su Sacramento, que en el jardín de los olivos, que en Jerusalén y en el Calvario. Y aquellos que han sido los más enriquecidos de dotes y de gracias, son los que le ofenden más, los que le deshonran en el templo por su poco respeto, los que le crucifican de nuevo en su cuerpo y en su alma por la comunión sacrilega, y le venden al demonio, señor de su corazón.

3.º Adora á Jesús y repara tanta ingratitud, tantas profanaciones y sacrilegios como llenan el mundo. Ofrece á esta intención todos los sufrimientos que padecieres en el día, en la semana. Imponte alguna penitencia satisfactoria por tus propias ofensas, y por aquellos á quienes hubieres desedificado por tu poco respeto en el lugar santo.

4.º Pero como tus satisfacciones y penitencias son tan débiles para reparar tantos crímenes, únelas á las de Jesús enclavado en la cruz. Pídele al Padre celestial por los dolores de su Hijo, gracia y misericordia para tí y para todos los pecadores. Une tu reparación á la de la Santísima Virgen, al pie de la cruz y al pie del altar.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—PETICION.

1.º Adora á Nuestro Señor en su divino Sacramento, rogando sin cesar á su Padre por tí. Une tu oración á la suya, pide lo que El pide.

2.º Jesús le ruega á su Padre que bendiga, defienda y exalte á su Iglesia, á fin de que ella le dé á conocer y le haga amar y servir mejor á los hombres. Ruega también por el Vicario de Jesucristo, para que el Señor le libre de sus enemigos que son

sus propios hijos; que los mueva, los convierta y los traiga humildes y penitentes á los pies de la misericordia y de la justicia. Ruega también por tu Obispo, á fin de que Dios le conserve, le bendiga y le consuele. Ruega para que Dios le conceda á su Iglesia santas y numerosas vocaciones sacerdotales: un santo sacerdote es el dón más precioso del cielo.

3.º Ruega por el fervor y la perseverancia de las personas piadosas que se han consagrado á Dios en el mundo; tienen mayor necesidad de socorro, porque tienen mayores peligros y sacrificios.

PUNTOS DE ADORACION

SACADOS DE LA SANTA ESCRITURA,

PARA USO DE LOS SACERDOTES ADORADORES.

El Sacerdote es la parte de Dios.

Texto.—De Lib. Núm. c. III, v. 12: Ego tuli Levitas á filiis Israel pro omni primogenito qui aperit vulvam in filiis Israel: eruntque Levitæ mei.—13. Mecum est enim omne primogenitum ex, quo percussi primogenitos in terra Egypti: sanctificavi mihi quidquid primum nascitur in Israel, ab homine usque ad pecus: mei sunt, ego Dominus.

2.º Lloro por Jesús, aprisionado, insultado, abofeteado, crucificado más indignamente en su Sacramento, que en el jardín de los olivos, que en Jerusalén y en el Calvario. Y aquellos que han sido los más enriquecidos de dotes y de gracias, son los que le ofenden más, los que le deshonran en el templo por su poco respeto, los que le crucifican de nuevo en su cuerpo y en su alma por la comunión sacrilega, y le venden al demonio, señor de su corazón.

3.º Adora á Jesús y repara tanta ingratitud, tantas profanaciones y sacrilegios como llenan el mundo. Ofrece á esta intención todos los sufrimientos que padecieres en el día, en la semana. Imponte alguna penitencia satisfactoria por tus propias ofensas, y por aquellos á quienes hubieres desedificado por tu poco respeto en el lugar santo.

4.º Pero como tus satisfacciones y penitencias son tan débiles para reparar tantos crímenes, únelas á las de Jesús enclavado en la cruz. Pídele al Padre celestial por los dolores de su Hijo, gracia y misericordia para tí y para todos los pecadores. Une tu reparación á la de la Santísima Virgen, al pie de la cruz y al pie del altar.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—PETICION.

1.º Adora á Nuestro Señor en su divino Sacramento, rogando sin cesar á su Padre por tí. Une tu oración á la suya, pide lo que El pide.

2.º Jesús le ruega á su Padre que bendiga, defienda y exalte á su Iglesia, á fin de que ella le dé á conocer y le haga amar y servir mejor á los hombres. Ruega también por el Vicario de Jesucristo, para que el Señor le libre de sus enemigos que son

sus propios hijos; que los mueva, los convierta y los traiga humildes y penitentes á los pies de la misericordia y de la justicia. Ruega también por tu Obispo, á fin de que Dios le conserve, le bendiga y le consuele. Ruega para que Dios le conceda á su Iglesia santas y numerosas vocaciones sacerdotales: un santo sacerdote es el dón más precioso del cielo.

3.º Ruega por el fervor y la perseverancia de las personas piadosas que se han consagrado á Dios en el mundo; tienen mayor necesidad de socorro, porque tienen mayores peligros y sacrificios.

PUNTOS DE ADORACION

SACADOS DE LA SANTA ESCRITURA,

PARA USO DE LOS SACERDOTES ADORADORES.

El Sacerdote es la parte de Dios.

Texto.—De Lib. Núm. c. III, v. 12: Ego tuli Levitas á filiis Israel pro omni primogenito qui aperit vulvam in filiis Israel: eruntque Levitæ mei.—13. Mecum est enim omne primogenitum ex, quo percussi primogenitos in terra Egypti: sanctificavi mihi quidquid primum nascitur in Israel, ab homine usque ad pecus: mei sunt, ego Dominus.

Consideraciones—Estas palabras afirman que el Señor toma para sí á los Levitas, hace de ellos su propiedad personal y absoluta. *Tuli*. Los he tomado, los he separado del pueblo. Serán mis Levitas. *Eruntque Levitæ mei*. Son para mí exclusivamente: *Mei sunt*. Son míos, porque yo soy el Señor, el Soberano Dueño que, habiéndolo creado todo, soy el solo poseedor de todo: *Mei sunt ego Dominus*. Son míos porque les comuniqué la existencia, y les conservo la vida, y porque sin mí no podrían hacer nada, ni vivir un instante. *Mei sunt, ego Dominus*. Son míos porque los he rescatado con mi Sangre de la cautividad del demonio, de las penas del infierno y de las cadenas del pecado. Me pertenecen como el Don que me han ofrecido y entregado todos los hijos de Israel, para mi servicio exclusivo. *Dabisque dono Levitas Aaron et filiis ejus quibus traditi sunt á filiis Israel*. En fin, son míos en virtud de la orden que he dado, y de la institución que he hecho, para manifestar de un modo claro, público y perpetuo, que yo soy el Soberano Señor, que dispongo á mi arbitrio de los hombres y de las cosas. *Mei sunt, ego Dominus*.

Aplicaciones.—Señor, en la Cena, cuando instituías el sacerdocio eucarístico, con el que me has honrado, renovabas esta promulgación solemne de tus derechos soberanos, y decías: *Non vos me elegistis, sed ego eleghi vos*. (Joan, XV. 16). *Ego eleghi vos de mundo*. (19) Tú afirmabas: *Pater... tui erant et mihi eos dedisti*. (Joan., XVII. 3.) Has adquirido dominio sobre nosotros ofreciéndote en sacrificio y haciéndote alimento nuestro, permaneciendo presente en el Sacramento para mostrarnos hasta qué punto debemos pertenecerte, y hasta qué punto debemos servirte. Mi único y Soberano Se-

ñor, estoy á tus piés para atestiguarle mi dependencia, reconocer tu soberano dominio sobre mí, renovar mi servidumbre y unir más los lazos que me unen á tí, quiero proclamar que, tuyo por mi creación, tuyo por mi bautismo, soy todavía más tuyo por un título que no tiene igual á otro en la tierra, por mi sacerdocio. Dígnate aceptar el homenaje de mi feliz dependencia, de mi gloriosa servidumbre, de mi amorosa sumisión.

I. *Actos de adoración*.—Reconocer por la fé el soberano dominio de Dios; la libertad absoluta que tiene para escoger, tomar y disponer de nosotros; la elección que ha hecho de nosotros para ser suyos, nada más que suyos, consagrados del todo á su servicio. Unirnos por amor al Maestro que nos ha hecho el honor y la predilección de esta elección. Darnos de todo corazón tanto cuanto hemos sido adoptados. Someternos, entregarnos por la voluntad á servirle fiel y únicamente, consagrándole á este Soberano Señor, todo lo que hagamos, todo lo que poseemos, todo al servicio del Santísimo Sacramento. Unirse á las adoraciones de los Angeles, los primeros que Dios escogió para su servicio.

II. *Actos de acción de gracias*.—Bendecir, dar gracias, amar con amor de reconocimiento, al considerar el beneficio, las ventajas, de esta pertenencia al mejor de los Señores; enumerando todos los favores, todas las gracias que nos han sido concedidas personalmente en este servicio y mostrándonos agradecidos á nuestro amabilísimo Señor por un reconocimiento humilde y fiel. Es de justicia volverle al Dios de la Eucaristía todo lo que de El hemos recibido.—Dar gracias con María, la más humilde, la más amante, la más fiel servidora del Señor.

III. *Actos de propiciación.*—Reflexionar según las máximas de la fe, en el desorden y en el crimen de los que se resisten á la elección soberana de Dios; ser infiel después de haber sido escogido, no querer darse todo al Señor ó tomarle alguna cosa. *Mei sunt.* Son míos, solo míos, para mí solo. Soy yo la parte del Dios de la Eucaristía? ¿El Santísimo Sacramento es mi Señor efectivo? ¿Cuenta conmigo, dispone de mí? Exámen personal sobre cómo eres de Dios, ¡cuántas veces rehusas depender de El, ofrecerle tus homenajes y llenar los deberes de su servicio! ¡Cuántos olvidos, cuántos desprecios, cuántas faltas de respeto y aun de cortesía has quizá cometido! Firme propósito de dedicarte con enérgica voluntad al servicio de la Divina Eucaristía. La sujeción debe verse, la pertenencia debe manifestarse por actos exteriores y auténticos. Unir nuestras reparaciones á las de Jesús que se entregó á una dependencia ignominiosa para reparar las infidelidades de nuestro sacerdocio.

IV. *Actos de súplica.*—Fé en el amor de la elección eterna de Dios. El nos da un título para rogar y obtener el perdón. Confianza cordial en Jesús, el Sacerdote fidelísimo, cuya fidelidad es el mejor título para obtenernos el dón de la fidelidad. Voluntad firme de poner en práctica aquella virtud que venza al más natural de tus defectos, sea respecto de tus deberes para con él mismo, sea respecto de las almas que te han sido confiadas. Rueda por medio de los Apóstoles, por medio de los Santos Sacerdotes, para que nosotros, y todos los que con nosotros están ligados por vocación al servicio de la Divina Eucaristía, seamos fieles y celosos en el cumplimiento de nuestra santa misión.

Oración Jaculatoria: *O Domine, quia ego servus tuus: ego servus tuus et filius ancilla tuae.*

Quinque puncta ante vel post Missam facienda.

Detéstor et abóminor omnia et singula peccata mea, et omnium aliorum commissa ab initio mundi usque in hanc horam, et deinceps usque ad finem mundi committenda: et, si possem, impedirem per gratiam Dei, quam suplex invoco.

Laudo et aprobo omnia bona ópera, facta a principio mundi usque in hanc horam, et deinceps usque in finem mundi facienda: et, si possem, ea multiplicarem per gratiam Dei, quam suplex invoco.

Intendo omnia fácere, dícere et cogitare ad majorem Dei gloriam, cum omnibus illis bonis intentionibus, quas Sancti unquam habuerunt, vel habebunt, vel habere posunt.

Ignosco et dimitto ex toto corde meo omnibus inimicis meis, omnibus me calumniantibus, omnibus mihi detrahéntibus, omnibus quoquunque modo mihi nocéntibus, vel voléntibus mala.

Utinam omnés hómínes salvare possem, moriendo pro singulis. Libenter id fácerem per gratiam Dei, quam propterea suppliciter imploro, et sine quea nihil possum.

El Señor es la parte del Sacerdote.

Texto:—Del Libro Deut., c. X, v. VIII, Eo tempore separavit tribum Levi, ut portaret Arcam federis Domini, et staret coram eo in ministerio, ac benediceret in nómine illius usque in præsentem

diem.—9. *Quam ob rem, non habuit Levi partem, neque possessionem cum fratribus suis, quia ipse Dominus possessio ejus est, sicut promisit ei Dominus Deus tuus.*

Consideraciones.—Si Dios reclama al Sacerdote como su porción, su propiedad, su herencia exclusiva: en cambio, oh Sacerdote, óyete decir, bendícele y adórale! en *Ego pars tua* (Núm. XVIII, 8.) En cambio Dios se da á sus Sacerdotes como su propiedad, su porción hereditaria, su patrimonio; se da á ellos todo como El los toma para sí. La tribu de Leví no tuvo parte en la distribución de la tierra prometida á las doce tribus de Israel, porque el Señor quiso ser solo su parte: *Nihil aliud accipient de possessione fratrum suorum: Dominus enim ipse est hereditas eorum.* (Deut., XVIII, 2.) Nota que el Señor quiere entregarse y pertenecerles á sus Sacerdotes hasta el punto de sustituirse á la parte del país que debían poseer. Quiere ser de ellos como la tierra es de aquel que la hereda de sus padres, como el campo es de su propietario, con todo lo que produce. El lo ha dicho, y todas las palabras que emplea son claras y terminantes. Es su posesión. *Ipsa Dominus possessio ejus est.* (Deut., X., 8.) Es su herencia: *Dominus enim ipse est hereditas eorum.* (Deut., XVIII, 2.) Es su patrimonio: *Ego pars tua* [Núm., XVIII, 20.] Tenemos, pues, los Sacerdotes, al Señor en propiedad; habitamos en El como en su tierra los propietarios, descansamos en El como en el legítimo patrimonio de sus padres, los hijos que le heredan. Quiere bastar El solo á nuestras necesidades para que no busquemos cosa alguna fuera de El. Para enseñarnos que El debe ser el único de todos nues-

tros bienes, nos dice en la persona de los Sacerdotes de la antigua ley: *Sacrificia Domini et oblationis ejus comedent; et nihil aliud accipient de possessione fratrum suorum,* (Deut., XVIII, 2.) Es verdad que esta herencia, que es el mismo Dios, debe ser cultivada; todo su cultivo consiste en el culto de su presencia, de sus altares y de su templo. No estamos destinados más que para este fin, pero debemos cumplirle en nombre del pueblo, con gran santidad, con rigurosa puntualidad, con fidelidad religiosa. Al conferirnos tanta gloria, al concedernos un amor tan privilegiado, al dársenos como dón total y exclusivo, el que es el bien de los bienes, el único bien sustancial y perfecto, ¿no tiene derecho de ponernos estas condiciones? *Dixit Dominus ad Aaron: Tu et filiis, tui et domus patris tui tecum portabitis iniquitatem sanctuarii. . . . tu et filii tui ministrabitis in tabernaculi testimonii. Excubabuntque Levita ad precepta tua, at ad cuncta opera tabernaculi. . . . excubent in custodiis tabernaculi et in omnibus ceremoniis ejus: Alienigena non miscbitur vobis.* (Núm., XVIII, 1 y seq.)

Aplicaciones.—Señor, cuando te oímos conceder tan gloriosos privilegios, hacer tan magníficas promesas, elevar tanto á los Sacerdotes del sacrificio figurativo, experimentamos una especie de temblor al pensar en nosotros! Pues aunque les dabas la representación de tí mismo, no era sin embargo más que un rayo y un reflejo de tu presencia, una acción lejana de tu ser adorable. Pero en cuanto á nosotros, oh Dios mío, en cuanto á nosotros los Sacerdotes de la verdad, que somos Sacerdotes por la efusión plena del sacerdocio mismo de tu Hijo Divino, cuán cierto es que dándote á nosotros en realidad, en totalidad, en persona,

quieres ser todo nuestro! Te pones en nuestras manos, te confías á nuestra custodia, quieres por nuestra mediación pasar á las almas de tu pueblo; de nosotros sólo quieres ser ofrecido é inmolado, y únicamente del sacrificio de nuestros labios esperas la alabanza adecuada, la adoración soberana, la reparación igual á la ofensa, el premio de los dones, de la gracia y de la gloria! ¡Ah! cuán justamente tienes el derecho de exigirnos que te tengamos como nuestro único bien, nuestro único todo, nuestra porción de herencia, nuestro patrimonio, nuestra única posesión, nuestra parte exclusiva. De tí y de tí solo, ¡oh Sacrificio ofrecido por nuestras manos! ¡Oh Cristo, Dios confiado á nuestro cielo! ¡oh Presencia viva y personal de nuestro Dios! de tí solo, ¡oh Sacramento de la Eucaristía! debemos recibir la vida, la subsistencia, el pan del cuerpo y del alma, la gracia, el socorro, la fuerza, el perdón, el consuelo, la alegría, el placer y todas las satisfacciones que podemos disfrutar en la tierra. Fuera de tí, oh Hostia, fundamento y razón de nuestro sacerdocio, campo fértil del trigo de los elegidos, y viña fecunda del vino de pureza, tesoro inagotable de delicias eternas, fuera de tí, nada hay verdadero, seguro, bueno, útil para nosotros los Sacerdotes.

Ahora comprendo toda la profundidad de tus palabras: *Omnia quaecumque audivi á Patre meo, nota feci vobis:—Accipite et manducate: accipite et bibite:* Todo lo que soy, todo lo que he recibido de mi Padre, os lo entrego: hacedme vuestro alimento, vuestra bebida, vuestra sustancia! Estableced en mí vuestra morada porque yo soy vuestro feudo y vuestra herencia: *manete in me*, os pertenezco hasta no poder vivir sino en vos: *Et ego in vobis.*

Permaneced en mí y cultivadme, pues yo soy vuestra viña, y sacad de mi savia, la vida y la fecundidad de innumerables frutos: *Ego sum vitis . . . Qui manet in me et ego in eo hic fert fructum multum.* Permaneced en mí y negociadme pues soy para vosotros un título que tiene valor en la presencia de Dios mi Padre; presentadle, y todo lo que quisiéreis lo obtendréis. *Si manseritis in me, quodcumque volueritis, petetis et fiet vobis.* En fin, soy vuestro hasta el punto de ser uno con vosotros, como con mi propio Padre, en la unidad de una misma vida aquí en el mundo, y de esa misma gloria más tarde en el cielo: *Ego in eis et tu in me, ut sint consumati in unum . . . ut ubi ego sum et illi sint mecum . . . ut videant claritatem meam, quam dedisti mihi.* (Joan., XVII, 23, 24.)

Oración jaculatoria.—Pars mea Dominus dixit anima mea: propterea expectabo eum.

EL CULTO DE DIOS,

PRIMER FIN DEL SACERDOTE.

Texto.—Factum est ille in testamentum æternum et semini ejus sicut dies cæli fungi sacerdotio, et habere laudem, et glorificare populum suum in nómine ejus—Ipsium elegit ad omni vivente offerre sacrificium Deo, insensum et bonum odorem, in memoriam placare pro populo suo.—Eccli. XLV 19. 20.

Asunto de la meditación.—El Señor es la porción, la herencia y el patrimonio del Sacerdote;—hemos considerado ya la sincera voluntad con que el Se-

ñor quiere pertenecernos, y la realidad con que se nos da.—Pero la primera ley de todo heredero con respecto á la herencia es cultivarla; porque la herencia es la base más sólida de la fortuna y del porvenir de la familia. Si el Señor es la herencia del Sacerdote, el primer deber del Sacerdote es cultivar al Señor. La misma palabra *colere*, cultivar, y *cultivo* culto ó cultura, indica que el Sacerdote debe fomentar, cultivar y sacar provecho de la herencia y servicio del Señor: señal evidente de la realidad con que el Señor, dándose á sus criaturas, y sobre todo á sus Sacerdotes, se hace su porción, su herencia y su patrimonio.

Las palabras del Eclesiástico definen muy bien, hablando de la vocación de Aarón y sus hijos, el culto con que el Sacerdote debe honrar á Dios: *Fungi sacerdotio*, ser pura, verdadera y completamente Sacerdote; esta palabra resume todo lo que Dios espera de aquellos á quienes se entrega con predilección, de los que ha escogido para que desempeñen su sacerdocio. *Fungi sacerdotio*. Esta función sagrada del sacerdocio, abraza varios oficios: dar alabanza á Dios, alabanza perpetua, eco de la que le dan los ángeles en el cielo: *habere laudem*, bendecir al pueblo en nombre de Dios: *glorificare populum suum in nomine ejus*,—y además, ser hombre de mucha oración para que el pueblo, recibiendo por su mediación todos los bienes necesarios y reconociendo á Dios, lo glorifique.—“Glorificare populum suum in nomine ejus.”

Pero Dios espera de su Sacerdote, la alabanza y la glorificación suprema, porque lo ha escogido entre los vivos para ofrecer el sacrificio.—*Ipsium elegit ab omni vivente offerre sacrificium Deo*. El sacrificio, he aquí el fruto por excelencia de su he-

rencia, es la mies del campo divino, es el perfume que sube hacia Dios de esta tierra bendita cuando está bien cultivada; el cual regocija á Dios y lo hace mirar á su pueblo, con complacencia: *Incensum et bonum odorem, in memoria placare pro populo suo*.

Dios completa la nomenclatura de los Deberes del Sacerdote con respecto á su herencia: Habitar en el lugar de la herencia y velar de día y de noche á fin de apartar del lugar á los ladrones y usurpadores *Sint tecum et excubent in custodiis tabernaculi*. La guardia perpetua del Santuario pertenece exclusivamente á los Levitas, “Excubate in custodia sanctuarii.”—Que si las ofrendas, los vasos sagrados y las cosas santas que están encerradas en el Santuario, vienen á ser profanados por un extraño, además de la pena de muerte que sufrirá éste, los Sacerdotes y los Levitas perecerán también.

Aplicaciones.—Todas estas leyes, todas estas promesas, se aplican con mayor razón á los Sacerdotes de la ley nueva, que á los hijos de Aarón.

El Sacerdote de la Eucaristía, recibió su herencia de Jesucristo en la Cena, por medio de un testamento solemne y sagrado, y ¿cuál fué esta herencia? el Cuerpo y la Sangre del Hombre Dios, el mismo Jesucristo: *Accipite et manducate, hoc est corpus meum*.—*Hic calix novum testamentum est in meo sanguine*.—El primer deber, la obligación capital del Sacerdote, es cultivar á Jesucristo el vasto campo de la Divinidad y humanidad en la Eucaristía, permaneciendo siempre en ella y con ella. *Manete in me*, nunca te quiere ver separado de él: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus*, para esto se te entregó en el Sacramento como herencia:

"Iterum venio et accipiam vos ad meipsum ut ubi ego sum et vos sitis."—Cultivarlo, por la obla- ción cotidiana del Sacrificio: "Hæc quotiescumque feceritis." . . .

Recoger todos los frutos de la pasión y todos los de la muerte del Salvador, de la viña fecunda de la Eucaristía para ofrecerlos á Dios en adoración, en acción de gracias, en reparación y como peti- ción; y después presentarlos al mundo que no pue- de vivir sino de este alimento del cuerpo de Jesús: "Hæc quotiescumque feceritis, mortem Domini annunciabitis donec veniat."—Imitar todos los ejemplos de caridad, de humildad y de obediencia que nos da en el Sacramento. "Exemplum enim dedi vobis, ut sicut ego feci vobis, ita et vos faciatis."—Observar fielmente todas las ceremonias sa- gradas, todos los ritos consagrados por él mismo. "Ego enim accepi á Domini quod et tradidi vobis!"

Además, debemos cultivar esta herencia con la mayor pureza de conciencia, no subir al altar, ni tocar los santos misterios, y sobre todo no alimen- tarnos del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, si- no después de habernos probado y purificado; nin- gún enemigo, ningún extraño tiene derecho de par- ticipar de esta herencia sagrada, sólo los discípulos son admitidos: "Cum recuberet Jesus in medio discipulorum suorum." Desgraciado del que pro- fane el Cuerpo y la Sangre del Señor; lleva ante Dios, la iniquidad, la mancha de su crimen: "Qui enim manducat, aut vivit indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini."—Al contrario, el que cultiva esta viña con asiduidad, recogerá innume- rables frutos: "Ego sum vitis. . . Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum;" frutos de obras poderosas, "majora horum faciet;" frutos

de alegría plena y verdadera, frutos omnipotentes y tesoros de Dios, con los cuales podrá enriquecer á su familia espiritual, á su pueblo. Sacerdotes, herederos escogidos, amados y privilegiados del Testamento que os da Dios en herencia, cultivad este patrimonio de la Eucaristía por la visita asi- dua, la oblaición cotidiana, el respeto, la piedad y la observancia de todos los ritos sagrados, por el esplendor de la limpieza cuidadosamente conser- vada del altar y de los vasos sagrados!

Oración jaculatoria.—Beati qui habitant in domo tua Domine; in sæcula seculorum laudabunt te.

EL SACERDOTE DEBE SER SANTO.

I. Primer Elemento de la Santidad.

LA SEPARACION.

Texto.—LEV. XXI, v. 1: Dixit quoque Dominus ad Moysen: Loquere ad sacerdotes filios Aaron, et dices ad eos: Ne contaminetur sacerdos in mortibus civium suorum. . . . 6. Sancti erunt Deo suo: et non polluent nomen ejus; incensum enim Domini et panes Dei sui offerunt, et ideo Sancti erunt. . . . 7. Scortum et vile prostibulum non ducent uxorem, quia consecrati sunt Deo suo, 8. et panes propositionis offerunt. Sint ergo sancti, quia et ego sanctus sum, Dominus, qui santifico eos.

"Iterum venio et accipiam vos ad meipsum ut ubi ego sum et vos sitis."—Cultivarlo, por la obla- ción cotidiana del Sacrificio: "Hæc quotiescumque feceritis." . . .

Recoger todos los frutos de la pasión y todos los de la muerte del Salvador, de la viña fecunda de la Eucaristía para ofrecerlos á Dios en adoración, en acción de gracias, en reparación y como peti- ción; y después presentarlos al mundo que no pue- de vivir sino de este alimento del cuerpo de Jesús: "Hæc quotiescumque feceritis, mortem Domini annunciabitis donec veniat."—Imitar todos los ejemplos de caridad, de humildad y de obediencia que nos da en el Sacramento. "Exemplum enim dedi vobis, ut sicut ego feci vobis, ita et vos faciatis."—Observar fielmente todas las ceremonias sa- gradas, todos los ritos consagrados por él mismo. "Ego enim accepi á Domini quod et tradidi vobis?"

Además, debemos cultivar esta herencia con la mayor pureza de conciencia, no subir al altar, ni tocar los santos misterios, y sobre todo no alimen- tarnos del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, si- no después de habernos probado y purificado; nin- gún enemigo, ningún extraño tiene derecho de par- ticipar de esta herencia sagrada, sólo los discípulos son admitidos: "Cum recuberet Jesus in medio discipulorum suorum." Desgraciado del que pro- fane el Cuerpo y la Sangre del Señor; lleva ante Dios, la iniquidad, la mancha de su crimen: "Qui enim manducat, aut vivit indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini."—Al contrario, el que cultiva esta viña con asiduidad, recogerá innume- rables frutos: "Ego sum vitis. . . Qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum;" frutos de obras poderosas, "majora horum faciet;" frutos

de alegría plena y verdadera, frutos omnipotentes y tesoros de Dios, con los cuales podrá enriquecer á su familia espiritual, á su pueblo. Sacerdotes, herederos escogidos, amados y privilegiados del Testamento que os da Dios en herencia, cultivad este patrimonio de la Eucaristía por la visita asi- dua, la oblaición cotidiana, el respeto, la piedad y la observancia de todos los ritos sagrados, por el esplendor de la limpieza cuidadosamente conser- vada del altar y de los vasos sagrados!

Oración jaculatoria.—Beati qui habitant in domo tua Domine; in sæcula seculorum laudabunt te.

EL SACERDOTE DEBE SER SANTO.

I. Primer Elemento de la Santidad.

LA SEPARACION.

Texto.—LEV. XXI, v. 1: Dixit quoque Dominus ad Moysen: Loquere ad sacerdotes filios Aaron, et dices ad eos: Ne contaminetur sacerdos in mortibus civium suorum. . . . 6. Sancti erunt Deo suo: et non polluent nomen ejus; incensum enim Domini et panes Dei sui offerunt, et ideo Sancti erunt. . . . 7. Scortum et vile prostibulum non ducent uxorem, quia consecrati sunt Deo suo, 8. et panes propositionis offerunt. Sint ergo sancti, quia et ego sanctus sum, Dominus, qui santifico eos.

Objeto.—La santidad es la esencia del sacerdocio; ser santo ó sacerdote es una misma cosa en el lenguaje de la Escritura y por consiguiente en el plan divino, en la voluntad de Dios que ha creado el sacerdocio.—El Sacerdote debe ser santo por razón de Dios á quien tiene el honor de acercarse para tratar directamente con él y que es santo por esencia: Quia consecrati sunt Deo suo.—Santo Tomás ha escrito: Ministri debent Domino conformari, secundum illud: Sancti estote, quia ego sanctus sum, Dominus Deus verter, (LEV. XXII, 2).—Debe ser santo por razón de su ministerio sagrado: la oración, el sacrificio, la manducación del pan consagrado: Incensum enim Domino et panes Dei sui offerunt et ideo santi erunt.—Santo, por razón de la Majestad Divina que representa, personificación visible de Dios mismo; además lleva sobre la tiara que corona su frente el sello de la santidad: Corona aurea super mitram ejus, expresa signo sanctitatis. (ECCLE. XXV, 14).—Santo, porque, sal de la tierra, debe comunicar á las almas la santidad que las preserve de la corrupción del pecado y las haga inmortales: Ne polluatis nomen meum sanctum, ut sanctificer in medio filiorum Israel. (LEV. XXII, 32.)

Aplicación del objeto.—La santidad consiste en dos cosas esenciales, dice Santo Tomás: Nomen sanctitatis videtur duo importare; uno modo munditiam: alio modo firmitatem; la pureza que separa de todo lo que puede manchar; la estabilidad en el bien que no se puede obtener más que por la unión con el bien perfecto que es Dios: separación del mal, unión con el bien en esto consiste toda la santidad.—Detengámonos en el primer elemento de la santidad: la pureza, el apartamiento del mal.

El nombre griego de la santidad, quasi sine terra, indica claramente que el hombre consagrado al servicio divino debe estar separado de todas las cosas inferiores, puesto que ordinariamente el alma humana se mancha al contacto de ellas, como la plata se envilece mezclándola con el plomo; y el alma manchada se hace incapaz, indigna de unirse á la suprema belleza: Quia mens humana inquinatur ex hoc quod inferioribus rebus conjungitur oportet quod mens ab inferioribus rebus abstrahatur, ad hoc quod supremæ rei possit conjungi: et ideo mens sine munditia Deo applicare non potest: unde ad Hebr. dicitur. XII: Pacem sequimini cum omnibus et sanctimoniam, sine qua nemo videbit Deum.

El sacerdote debe, pues, ser un hombre separado, alejado, elevado por encima del vulgo por sus miras, por sus afectos y por sus costumbres: Separavit vos Deus Israel ab omni populo et junxit sibi, ut serviretis ei in cultu tabernaculi et ministraretis ei.

Desgraciado de él si dá motivo de decir que, después de todo, el clero no difiere en nada del pueblo: el mismo deseo por las cosas de la tierra; el mismo sensualismo; la misma apatía por los intereses de Dios. El anciano sacerdote Esdras, cuando fué reconvenido por el clero de su tiempo, experimentó un dolor inconsolable: Accesserunt ad me principes dicentes: Non est separatus populus Israel, sacerdotes et Levitæ á populis terrarum et abominationibus eorum. Cunque audissen... scidi pallium meum et avelli capillos capitis mei et sedi mærens.—Separado del pecado mortal que lo aleja de Dios y lo coloca en una vergonzosa enemistad que nada puede borrar sino la contrición

verdadera; separado del pecado venial, que afeando la belleza de su alma debilita en ella los auxilios y fuerzas sobrenaturales; separado del mundo, de su espíritu, de sus usos, de sus reuniones: porque todo en el mundo es ageno de Satanás contra Dios;—separado aun del contacto habitual, de la frecuente comunicación aun con los más fieles y piadosos, separado de la carne y de la sangre, es decir, del amor demasiado vivo de los padres y de la participación mayor de sus negocios; separado de sí mismo, del apego á su propia voluntad, de la tenacidad en su opinión, de la independencía en su libertad, de la sensualidad, de la molicie y de los gustos de la carne;—separado, en fin, por un trabajo regular, constante, sostenido, de todo lo que de cualquiera manera, no sea de Dios, no conduzca á Dios, no sirva á Dios, no una á Dios: He ahí la primera obligación de la santidad para el sacerdote.—Separarse por medio de generosas resoluciones que comprendan toda la vida, antes de entrar en la tremenda carrera del servicio de Dios, —sepárase á medida que se vayan aumentando los objetos que nos ligan en el mundo, con violencia, si es necesario;—sepárase sin cesar, siempre, en todas partes, de todo; he aquí la primera mira á que debe encaminarse el sacerdote para agradar á Dios y ofrecerle un servicio que le sea acepto.

¿No es así como se nos presentó, el adorable modelo del sacerdocio, nuestro Sacerdote perfecto, Jesús?—*Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus innocens, impollutus, segregatus á peccatoribus et excelsior cælis factus.* (Hebr. VII). Sanctus; puro de toda mancha; Innocens: incapaz de dañar ni aun engañar á Dios, ni á los hombres; Impollutus: intacto, virgen, casto de cuerpo y al-

ma; *Segregatus á peccatoribus*: separado no sólo del pecado, sino también de los pecadores, de su espíritu, de sus miras, de toda connivencia ó acuerdo con ellos; *Excelsior cælis factus*: viviendo por su perfecta pureza en los cielos immaculados, en que habita la purísima santidad de Dios.—En efecto, en su vida mortal ó en el Sacramento, qué es Jesús sino el sacerdote separado?—Separado de todo honor, de toda riqueza, de toda amistad, de toda alegría;—separado del mundo hasta el grado de maldecirlo, de quitarle á los suyos y de ser en cambio perseguido por su furiosa enemistad;—separado del pecado, hasta morir por horror á él y de celo para combatirlo, expiarlo y destruirlo de la superficie de la tierra.

Oración Jaculatoria.—Et dixi: Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo et requiescam? Ecce elongavi fugiens et mansi in solitudine. (Ps. LIV.)

EL SACERDOTE DEBE SER SANTO.

II. Segundo Elemento de la Santidad.

LA UNION.

Texto.—De Lib. Núm. Cap. XVI, v. IX. Audite filii Levi: Num parum vovis est, quod separavit vos Deus Israel ab omni populo, et junxit sibi ut serviretis ei in cultu tabernaculi, et staretis coram frequentia populi, et ministraretis ei?

Materia.—La separación; he aquí el primer ele-

verdadera; separado del pecado venial, que afeando la belleza de su alma debilita en ella los auxilios y fuerzas sobrenaturales; separado del mundo, de su espíritu, de sus usos, de sus reuniones: porque todo en el mundo es ageno de Satanás contra Dios;—separado aun del contacto habitual, de la frecuente comunicación aun con los más fieles y piadosos, separado de la carne y de la sangre, es decir, del amor demasiado vivo de los padres y de la participación mayor de sus negocios; separado de sí mismo, del apego á su propia voluntad, de la tenacidad en su opinión, de la independencía en su libertad, de la sensualidad, de la molicie y de los gustos de la carne;—separado, en fin, por un trabajo regular, constante, sostenido, de todo lo que de cualquiera manera, no sea de Dios, no conduzca á Dios, no sirva á Dios, no una á Dios: He ahí la primera obligación de la santidad para el sacerdote.—Separarse por medio de generosas resoluciones que comprendan toda la vida, antes de entrar en la tremenda carrera del servicio de Dios, —sepárase á medida que se vayan aumentando los objetos que nos ligan en el mundo, con violencia, si es necesario;—sepárase sin cesar, siempre, en todas partes, de todo; he aquí la primera mira á que debe encaminarse el sacerdote para agradar á Dios y ofrecerle un servicio que le sea acepto.

¿No es así como se nos presentó, el adorable modelo del sacerdocio, nuestro Sacerdote perfecto, Jesús?—*Talis enim decebat ut nobis esset pontifex, sanctus innocens, impollutus, segregatus á peccatoribus et excelsior cælis factus.* (Hebr. VII). Sanctus; puro de toda mancha; Innocens: incapaz de dañar ni aun engañar á Dios, ni á los hombres; Impollutus: intacto, virgen, casto de cuerpo y al-

ma; *Segregatus á peccatoribus*: separado no sólo del pecado, sino también de los pecadores, de su espíritu, de sus miras, de toda connivencia ó acuerdo con ellos; *Excelsior cælis factus*: viviendo por su perfecta pureza en los cielos immaculados, en que habita la purísima santidad de Dios.—En efecto, en su vida mortal ó en el Sacramento, qué es Jesús sino el sacerdote separado?—Separado de todo honor, de toda riqueza, de toda amistad, de toda alegría;—separado del mundo hasta el grado de maldecirlo, de quitarle á los suyos y de ser en cambio perseguido por su furiosa enemistad;—separado del pecado, hasta morir por horror á él y de celo para combatirlo, expiarlo y destruirlo de la superficie de la tierra.

Oración Jaculatoria.—Et dixi: Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo et requiescam? Ecce elongavi fugiens et mansi in solitudine. (Ps. LIV.)

EL SACERDOTE DEBE SER SANTO.

II. Segundo Elemento de la Santidad.

LA UNION.

Texto.—De Lib. Núm. Cap. XVI, v. IX. Audite filii Levi: Num parum vovis est, quod separavit vos Deus Israel ab omni populo, et junxit sibi ut serviretis ei in cultu tabernaculi, et staretis coram frequentia populi, et ministraretis ei?

Materia.—La separación; he aquí el primer ele-

mento de la santidad sacerdotal: *Separavit vos Deus ab omni populo*; la unión con Dios por el servicio de su tabernáculo: *In cultu tabernáculi*; por la oración pública; *Et staretis coram frequentia populi*; la unión por todos los empleos del sagrado ministerio; *Et ministraretis ei*. Además, el Señor dice aún: *Tolle Levitas de medio filiorum Israel. . . . et applicabis Levitas coram Tabernáculo fœderis*. Finalmente: *Levitas separabis. . . . ut sint mei*.

Aplicación del punto.—La unión con Dios, principio, regla y fin de toda perfección, por la excelente práctica de las virtudes que asimilan su vida á la de Dios; la unión, por la fidelidad á todos los ministerios de la religión pública, que le guían sin cesar y le hacen vivir en la presencia de Dios, ocupado en su servicio personal y nutrido con los dones sagrados ofrecidos sobre su altar; la unión por la práctica de la oración personal, interior, frecuente y no interrumpida que lo constituye en hostia viva, perpetuamente inmolada á la gloria de Dios sobre el altar portátil de su corazón; he aquí la unión que, preparada por la separación, perfecciona la santidad del sacerdote, le hace religioso y santo, sagrado y consagrado, mediador seguro, sacerdote perfecto, en una palabra, sacerdote como Jesús, tipo adorable de la santidad del sacerdocio: *Sanctus. . . . segregatus á peccatoribus et excelior cælis factus*.

Esta doctrina es de Santo Tomás: “La palabra santo implica estabilidad: *Importat firmitatem*: también se llamaban santas, *sancta*, las cosas apoyadas en una ley que las hacía inviolables: *aliquid dicitur esse Sanctum, quia est lege firmatum*.”

Ahora bien, esta estabilidad es absolutamente necesaria para que el alma pueda estar consagra-

da á Dios y dedicada á su servicio: *Firmitas etiam exigitur ad hoc quod mens Deo applicetur*. En efecto, ¿quién puede pedir, exigir la firmeza, la constancia en la adhesión á su autoridad, á su servicio y á su amor, como Dios, que es el primer principio y fin supremo? Lo que tiene de más firme é inmutable, ¿no es la doble relación de Dios con la criatura, de ser su principio primero y absoluto y su fin supremo? *Applicatur enim ei sicut último fine et primo principio; hujus modi autem oportet inmobilia esse*. Mas ¿cómo estar consagrado á Dios sino por la unión? Se ve cómo esta unión debe ser estrecha, acendrada, firme, constante, no interrumpida, fortificada, aumentada, puesto que nada hay más necesario á quien se une á Dios. Pedir y recibir de El, depender de El absolutamente, hacer esta dependencia práctica y frecuente por la oración, recurso de todos los instantes, para pedir la humildad, la sumisión, la obediencia á la ley, la fidelidad al deber, el abandono á la voluntad divina, que es el primero y soberano principio de quien todo viene, este es el primer lazo de unión, *Sicut primo principio*. Amarle sobre todo y más que todo, tender á él por el abandono de todos los bienes, todas las felicidades, todas las posesiones; tenerle siempre ante la vista como la regla suprema, la norma de todos los pensamientos, de todos los consejos, de todas las empresas, tender á El venciendo los obstáculos que se presentan, como á un centro inevitable, á un fin necesario. Aspirar á El como al supremo reposo, en el que nada queda que desear ni que envidiar por ser un bien infinito, ved ahí el segundo lazo de unión: *Et sicut último fine*. Entréguese el sacerdote á Dios, únase á El, manteniéndose bajo la influencia de

estos dos principios supremos: Dios su primer principio, Dios su último fin; pues viviendo por este principio y por este fin, será por consiguiente, un santo sacerdote.

Estas nociones que dan á conocer la unión con Dios como uno de los dos elementos constitutivos de la santidad sacerdotal, anuncian un feliz día para aquellos que son llamados á esta unión con el adorable institutor de quien reciben las reglas de la perfección sacerdotal en el momento de su consagración. *Manete in me et ego in vobis; sicut palmes non potes ferre fructum a semetipso nisi manserit in vite, sic nec vos, nisi in me manseritis; qui manet in me et ego in eo, hic fort fructum multum, quia sine me nihil potestis facere.*

Sicut dilexit me Pater, et ego dilexi vos. Manete in delictione mea. Estas nociones hacen también comprender la importancia de la oración hecha por Jesús á su Eterno Padre para obtener á los sacerdotes, sus hermanos, la virtud de la unión con El. *Pater Ego pro eis sanctifico me ipsum, ut sint et ipse sanctificati in veritate.*

Oh Sacerdotes, escuchadlo, ahí está Jesucristo, y quiere que nos unamos á El. El centro de unión, sin el cual no hay santidad, es pues el altar, el tabernáculo, la Eucaristía; allí se encuentra para unirse á los hombres y santificarlos esparciendo sobre ellos las virtudes de su vida divina. Unámonos más y más á El, pues es nuestro primer principio y nuestro último fin; que esta unión sea estrecha, sea la norma de nuestros pensamientos, consejos, deseos, resoluciones, empresas, obras, virtudes y sufrimientos, todo lo que hagamos por nosotros y por nuestro prójimo, sea por la Eucaristía como primer principio, todo por la Eucaristía como último

fin; esta es la santidad misma. Sicut primo principio et último fine; hujusmodi autem oportet máxime inmobilia esse; sic ergo sanctitas dicitur per quam mens hominis seipsam et suos actos applicat Deo."

Oración Jaculatoria.—Quid mihi est in cælo et á te quid volui super terram? Deus cordis mei et pars mea Deus in æternum. Mihi autem adhærere Deo bonum est, ponere in Domino Deo spem meam. (Salmo LXXII.)

El Sacerdote debe ser puro.

Texto.—De Libro Lev., c. XXI, v. 21: *Omnis qui habuerit maculam de semine Aaron Sacerdotis, non accedet offerre hostias Domino nec panes Deus suo:.... Intra velum non ingreditur, nec accedat ad altare, quia maculam habet, et contaminare non debet sanctuarium meum. Ego Dominus qui sanctifico eos.*

Asunto de la Meditación.—Necesidad que tiene el Sacerdote de ser puro.

Adoración.—Adora la pureza de la esencia de Dios, y reconoce que habiendo criado á sus criaturas en la pureza, en la santidad y en la inocencia, tiene derecho de encontrar en ellos los reflejos de su pureza sin mancha. Confiesa, pues, que para servirle, sobre todo, para servirle públicamente, como el Sacerdote en el altar y en todas las funciones de su sagrado ministerio, la pureza es del

todo necesaria.—Adora la pureza del soberano y del único Sacerdote, del cual eres la personificación sensible, y que se une tan íntimamente á tí, para desempeñar contigo las obras de tu santo ministerio, sobre todo, el sacrificio y los sacramentos. *Talis enim decebat ut nobis esset pontifex; sanctus, innocens, impollutos, segregatus á peccatoribus et excelsior caelis factus.*—Adora la pureza de la víctima que ofreces; es el Cordero inmaculado, en el que todo es puro, sin la más pequeña mancha, sin el más leve defecto. Confiesa que para ofrecer esta víctima, es necesario ser puro.

En fin, solo á precio de la pureza de que el Sacerdote debe estar lleno, para todas sus funciones, es glorificado el nombre de Dios y adorada su Majestad: *Ab ortu solis usque ad occasum magnum es nomen meum in gentibus, et offeretur nomine meo oblatio munda, quia magnum est nomen meum in gentibus, dixit Dominus exercituum.*

Acción de gracias.—Bendice al Señor por la necesidad en que te ha puesto de ser puro. Te ha honrado por su particular elección, aproximándote al estado de su único Hijo y Sacerdote. El Señor dijo á los sacerdotes de la antigua ley: *Consecrabis oblatos Domino, ac separabis de medio filiorum Israel ut sint mei, ait Dominus;* Y Jesús dijo á los sacerdotes de la nueva ley: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos.* Los elegidos son los que comprenden la palabra de la pureza perfecta: *Non omnes capiunt hoc verbum.* Comprenderla es hacerse semejante á los ángeles. Ellos son los que gozan de la clara visión: *Beati mundo corde quoniam Deum videbunt.* Ellos los que tienen íntima amistad con el Amante de las vírgenes: *Hi sequuntur Agnum quocumque ierit.* Ellos tienen el privilegio de re-

posar sobre su corazón: *Quia Virgo ab eo electus, virgo in ævum permansit.* Ellos son los que regocujan á Jesús por la suavidad de los perfumes que se levantan de su corazón consumido sobre los carbones del sacrificio.

Bendice el amor del soberano Sacerdote que conociendo la fragilidad de los elegidos de su corazón, los reviste de carácter divino, y les da la gracia de conservar y acrescentar la pureza y restituírle su brillo si el pecado la oscurece. Además de los sacramentales y del sacramento que siete veces siete perdona la ofensa cometida, el sacrificio, esta función principal del sacerdocio, con qué poder, con qué abundancia, con qué misericordiosa constancia, no lava las manchas del alma, no obtiene el dón del arrepentimiento perfecto, no destruye los gérmenes impuros, no nutre de pureza, de amor, de fuerza, el alma del Sacerdote que come la carne inmaculada consumida en el fuego de los sufrimientos para tener el derecho de extinguir el fuego de la concupiscencia!

Recuerda cuántas veces has recibido gracias muy particulares por medio de este sacramento que engendra á los escogidos y á las vírgenes: *Frumentum electorum et vinum germinans virgines*” y bendícele.

Propiciación.—Forma actos de dolor, de horror al pecado, de santo temor, de reparación y de amor, considerando lo males espantosos, el desorden que produce en el Sacerdote la violación de la pureza sacerdotal.—No solo mancha su carácter sagrado, sino el Santuario y la santa Iglesia, deshonor al mismo Dios, á la adorable persona de Ntro. Señor Jesucristo que vive en él. Desde luego su carácter: *Nescitis quia templum Dei habitat in vobis? Tem-*

plum enim Dei sanctum est, et estis vos. El Santuario y la Santa Iglesia: *Sacerdotes contempserunt legen meam, et polluerunt santuaria mea:* A Dios á quien tanto se aproxima: *Oflertis super altare meum panem pollutum et dicitis: In quo polluimus te?* En fin, la adorable persona del Verbo encarnado: *Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis? Absit.*—Ruega, suplica y gime, pues los castigos de la cólera divina, son terribles para los que faltan á la pureza: *Et nunc ad vos mandatum hoc, ó Sacerdotes. Si nolueritis audire, et si nolueritis ponere super cor ut detis gloriam nomini meo, ait Dominus exercituum, mittam in vos egestatem, et maledicam benedictionibus vestris, et maledicant illis: quoniam non posuistis super cor.*—*Ecce ego projiciam brachium vestrum, et dispergam super vultum vestrum stercus solemnitatum vestrarum, et assumant vos secum:*—Oye como el amabilísimo Salvador estigmatiza el crimen del Sacerdote infiel: *Bonum erat ei si natus non fuisset homo ille!* Es verdad que si no quiere obstinarse en su malicia, el más culpable está seguro de encontrar el perdón, cayendo á los piés de su Salvador ultrajado, pero siempre misericordioso: *Amice? . . .*

Súplica.—Has actos de confianza, de deseo, de suplica, de perseverancia. Es evidente que si Dios impone una obligación grave y castiga su violación con las penas del infierno, da la gracia para cumplirla; y que cuanto es más riguroso el deber, el socorro es más abundante, poderoso y asiduo. Es evidente que en una materia en que, después de la caída, el hombre abandonado á sus propias fuerzas, es absolutamente impotente, Dios prepara auxilios proporcionados á la insuficiencia de la

criatura y á la grandeza de su misión sublime. Sal de tu impotencia, elévate á Dios por la oración, y pídele con ardientes súplicas que te de la bendición de la resistencia y del triunfo. Pídelo por medio de Jesús, Autor y Guardián de tu sacerdocio: *Potens est enim et his qui tentantur auxiliare.* Pídelo por la Reina del sacerdocio; pídelo por San José el esposo Virgen de la Virgen de las Vírgenes, el padre nutricio del Cordero Inmaculado.

ORACION JACULATORIA.—*Cor nundum crea ni me Deus, et spiritum rectum innova in visceribus meis.*

El Sacerdote debe ser puro.

Hemos considerado ya la necesidad de la pureza en el Sacerdote. Mas en la Escritura abundan pasajes que inculcan esta obligación, precisan sus exigencias é imponen medios de purificación; por lo que debemos insistir en sacar de ella nuevas lecciones de pureza. Consideremos *las exigencias de Dios con relación á la pureza de sus ministros.* Son de dos especies: Dios exigía de sus ministros que no tuviesen ningún defecto natural: exigía en segundo lugar, que se abstuviesen de ciertas relaciones y afinidades que los hacían impuros á sus ojos. Hoy, la ley de gracia más atenta á la limpieza del alma que á la perfección exterior, exime á los sacerdotes de la Eucaristía de la mayor parte de estas exigencias: las explica en sentido es-

piritual, demostrando por medio de ellas la perfecta pureza que el Señor exige en sus ministros. Traerémos íntegramente los pasajes relativos á estas prohibiciones, explicándolas en el sentido espiritual que les dan los comentadores.

Los motivos de los actos de los cuatro fines serán lo mismo que en la adoración precedente.

I. MOTIVOS DE ADORACION sacados de las razones que obligan á los Sacerdotes á la pureza; la santidad del ministerio que desempeñan; la pureza de la víctima que inmolan; la santidad del Dios á quien la ofrecen; la purificación del pueblo que deben procurar.

II. MOTIVOS DE LA ACCION DE GRACIAS sacados del honor que el Sacerdote recibe de la bondad de Dios, exigiéndole pureza perfecta; de la abundancia de los auxilios que le da para conservarse puro; de la íntima y constante alegría que disfruta el Sacerdote que es fiel á la pureza.

III. MOTIVOS DE PROPICIACION tomados de la consideración de los males que ocasiona, de la mancha abominable, del desorden afrentoso, y de los castigos terribles que ocasiona la violación de la pureza sacerdotal.

IV. MOTIVOS DE SUPPLICA sacados de la misma obligación de la pureza: de la imposibilidad de permanecer puro sin un dón especial de Dios; y por consiguiente de la certidumbre de que Dios la concede á aquellos de quienes exige una santidad superior á sus fuerzas naturales.

Se harán estos diferentes actos meditando los pasajes siguientes de la Santa Escritura.

I. La pureza sacerdotal por la exención de los defectos naturales.—*Lev. XXII, v. 16.*—*Lucusque est Dominus ad Moysen, dicens: Loqueré ad Aaron: Homo de semine tuo per familias qui habuerit maculam, non offeret panes Deo suo, nec accedet ad ministerium ejus: si cæcus fuerit, si claudus, si parvo vel grandi, vel torto naso, si fracto pede vel manu, si gibbus, si lippus, si albuginem habens in oculo, si jugem scabien, si impetiginem in corpore, vel herniosus.*

Hæc omnia, inquit Philo, referenda sunt figurate ad perfectionem animæ: nam si mortale corpus sacerdotis inspicere oportet, ne quo contactum sit vitio, quanto magis immortalem, animam formatam ad Dei imaginem?—Si tantam munditiam exegit Deus á Judæis bestias immolantibus, quantum exigit a sacerdotibus et cristianis corpus Domini offerentibus et manducantibus? (Corn. a Lap.)

I.—Vicios de la intención, de la dirección de la vida; *Si cæcus*, el cegamiento producido por la ignorancia crasa y por el pecado mortal; *si lippus*, el debilitamiento de la fé, del sentido sobrenatural y de la prudencia cristiana, producida por el naturalismo de la vida. *Si albuginem in oculo*, la nube del orgullo, de la vana complacencia que nos engaña respecto de los derechos de Dios y nuestros deberes hacia El.

2.—Vicios en la acción y en las obras: *Si claudus, si fracto pede, si manu*: la pereza en el trabajo y en el estudio; la infidelidad en los deberes pastorales, la irregularidad, el capricho en las acciones.

3.—Vicios en los juicios, en las aspiraciones y en los afectos: *Si parvo, vel grandi, vel torto naso:* ya por el egoísmo, ó la pusilanimidad; ya por la ambición ó la presunción.

4.—*Si gibbus, si jugum scabiam; si impetiginem in corpore, vel hernisus.* La ambición y la avaricia son las groseras preocupaciones que encorvan hacia la tierra. La solícitud, la comezón, las excitaciones humillantes de los apetitos sensuales que, haciéndole su víctima desde la juventud, lo carcomen hasta la edad más avanzada.

“Que ninguno de los hijos de Aarón que se halle con estas manchas se atreva á ofrecer el sacrificio, el pan consagrado á su Dios, que no se acerque al altar ni penetre en el santuario, porque está manchado y no debe contaminar mi santuario.” Lev., XXI, 21.

1. La pureza sacerdotal por la preservación de los contactos impuros.—*Dixit quoque ad Moysen: Loquere ad sacerdotes filios Aaron, et dices ad eos: Ne contaminetur Sacerdos in mortibus civium suorum. . . . Sancti erunt Deo suo et non polluent nomen ejus; incensum enim Domini et panes Dei sui offerunt, et ideo sancti erunt.*

1.—La pureza sacerdotal exige que el Sacerdote no tenga ningún contacto con las obras de la muerte, el pecado, las ocasiones, los agentes del pecado. Ningún contacto de afección ó de hábito, de complicidad ó de complacencia con el mundo, sus costumbres relajadas, sus placeres, y sus fiestas. *Cadavera sunt peccata, tactos cadaverum et communicatio peccatorum.*—(Corn. a Lap.)

2.—*Scortum et vile prostibulum non ducent uxorem nec eam quæ repudiata es amanto. . . .* La pu-

reza sacerdotal exige que no tenga ningún género de relaciones con la mujer, sino únicamente aquellos que exige el sagrado ministerio; ninguna relación mundana; ninguna relación de afecto natural, que vele con cuidado que aquellas mismas que el estrecho parentesco ó la necesidad de su servicio le obliguen á tener, sean irreprochables en su conducta, puesto que cualquier cosa que pudiera reprochárseles, cedería en menoscabo de su dignidad. Los santos sacerdotes son intrasigentes en las relaciones con el otro sexo: *In medio mulierem noli commemorari: de vestimento enim procedit tineæ et a muliere iniquitas viri. Melior est enim iniquitas viri, quam mulier benefaciens, et mulier confundens in oprobium.* (Eccli., XLII., 11-14.)

ORACION JACULATORIA.—*Delicta quis intelligit? Ab occultis meis munda me; Domine, et ab alienis parce servo tuol* (Ps. XVIII., 13.)

El Sacerdote debe ser puro.

Asunto de la Meditación.—No sólo debían los sacerdotes de la antigua Ley estar exentos de defectos naturales y guardarse de contactos profanos, sino debían también, antes de desempeñar cualquiera función sagrada, purificarse por lociones impuestas por el Señor bajo pena de muerte; si se hacían culpables de algún pecado, se purificaban por medio de sacrificios, el agua y la sangre, las lágrimas y la mortificación; he aquí los medios de purificación que el Señor exigía de sus sacerdotes, á los que no cesaba de repetir: *Sancti estote, quia ego sanctus sum.*

He aquí la purificación lejana necesaria para ser admitido entre los sacerdotes del Señor. (*Num. cap. VIII.*) *Separa los levitas de en medio de los hijos de Israel y purifícalos con estas ceremonias: sean rociados con el agua de la expiación, y córtense todos los pelos de su cuerpo; y habiendo lavado sus vestidos y limpiándose, tomarán un buey de la vacada, y para libación suya, flor de harina amasada con aceite. Tú también tomarás otro buey de la vacada para ofrecer por el pecado.... Y después de esto entrarán en el tabernáculo de la alianza para que me sirvan.*

Mas la hora del sacrificio ha sonado. No se aproximarán al Santo de los Santos sino purificados por la ablución del agua mezclada con ceniza. Colocada entre el Arca y el Altar, la concha de bronce les advierte que deben purificarse antes de subir. Se lee en el Éxodo, Cap. XXX.: *Habló el Señor á Moisés diciéndole: Harás una concha de bronce elevada sobre una basa, para que sirva para el lavatorio, y la colocarás entre el Tabernáculo del Testimonio y el Altar. Y echada agua, se lavarán Aaron y sus hijos las manos y los pies, cuando hubieren de entrar en el Tabernáculo del Testimonio y llegarse al Altar para ofrecer en él los perfumes al Señor: no sea que de otro modo sean castigados de muerte.* Es el sacramento de la Penitencia, dice Beda, el que se le ofrece al Sacerdote antes de subir al altar como el mejor medio de purificarse. *Sacerdos celebraturus missam prævia confessione sacramentali, quando opus est. (Rubr. Missalis.)* Que al menos el Sacerdote se purifique según lo prescribe la Iglesia, lavándose las manos antes de revestirse con los ornamentos sagrados, y diga con sincera contrición: *Da Domine etc.* Que con contrición tome el agua bendita para

que al lavar con ella su frente y su pecho, se purifiquen sus pensamientos y sus afectos y pueda estar seguro al subir al Altar á desempeñar una obra de vida y no de muerte.

Si el sacerdote verdaderamente pecaba, era necesaria la sangre de las víctimas para que se purificara. En la nueva ley, si el sacerdote peca gravemente, no puede subir al Altar sin inmolar su orgullo, su voluntad culpable en el tribunal de la penitencia, detestando su pecado y renunciando á él para siempre. La autorizada voz del Concilio de Trento prescribe la obligación de la confesión: "La costumbre de la Iglesia declara que es necesario este exámen, para que ninguno sabedor de que está en pecado mortal, se pueda acercar, por muy contrito que le parezca hallarse, á recibir la Sagrada Eucaristía, sin disponerse antes con la confesión sacramental; y esto mismo ha decretado este santo Concilio observen los sacerdotes que por oficio estuviesen obligados á celebrar." En la imposibilidad de vencer algún obstáculo insuperable, el precepto no deja de urgir y debe cumplirse lo más pronto posible. "Y si el sacerdote por alguna urgente necesidad celebrase sin haberse confesado, confiese sin dilación luego que pueda."—*Ses. XIII C. VII.*

Actos de adoración.—En presencia de proceptos renovados con tanta insistencia y sancionados con penas tan terribles, cómo ¡oh Dios mío! no prosternarse ante tu presencia y adorar tu santidad. Tú eres puro porque eres Dios. Todo lo que hay en Tí es puro, absoluta é infinitamente puro! Tú, Señor, para destruir la impureza, humillaste tu divinidad hasta nuestras manchas á fin de destruirlas sobre la Cruz.

Tiemblo, ¡oh Dios mío! tiemblo porque no soy

puro, ni lo seré jamás delante de Tí; no puedo hacer otra cosa que humillarme, anodadarme, confesar mi impureza, y ofrecerte tu propia pureza, la de tu augusta Madre y la de tus Angeles y Santos, á fin de que encuentres compensación en la que á mí me falta. Dios de toda pureza con la confesión de mi impureza te adoro y te alabo!

Actos de acción de gracias.—Cómo no bendecirte, oh liberal Donador de todos los bienes, por haber querido identificarme con tu Persona por el carácter de mi sacerdocio! Pues es muy cierto que en tu nombre, en la reproducción de tus actos y palabras; es muy cierto que esta identidad profunda, que me hace uno contigo en una unidad tan perfecta, que después de la que te une con tu Padre ninguna otra, sino la de la Virgen María puede compararse á ella; es muy cierto que solo con la condición de mi unión incomprensible contigo soy sacerdote!

Señor, Señor, si tú no me revistieses de tu propia pureza para disimular mis pecados, me apartaría de tus altares, la blancura del Cordero me cegaría, la limpieza de tu mirada me anonadaría. Pero tu pureza es la mía, me penetras y revistes de ella, y quieres que me regocije bendiciéndote: *Sacerdotes tui induantur justitiam et sancti tui exultent!*

Actos de propiciación.—Dios de toda pureza, ultrajado por mis pecados, ten piedad de mí! Oh Verbo encarnado, Víctima santa, Carne inmaculada, te he crucificado de nuevo en mí por mis pecados; quizá en tus miembros más débiles, en los fieles de tu Iglesia, por mis escándalos; quizás en tu misma Persona, profanando tu debilidad sacramental! Cristo, Cristo, no sabía lo que hacía!

Díle á tu Eterno Padre que me perdone: *Pater, dimitte illi non enim sciunt quid faciunt.* Perdóname, pues tu corazón es capaz de convertir en mi remedio, lo que yo hecho que sirviera para mi muerte!

Actos de súplica.—Recita lentamente, meditando cada verso, fijos los ojos en el Tabernáculo, la más conmovedora oración que ha sido puesta en los labios del pecador arrepentido: *Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*—(Ps. L.)

ORACION JACULATORIA.—*El verso del Miserere que más nos mueva.*

El Sacerdote debe ser puro.

Asunto de la meditación.—Una de las razones más poderosas que presentaremos para demostrar la necesidad de la pureza de los ministros del Altar, es la grandeza de la malicia del crimen y la inmensidad de los castigos de los prevaricadores. En efecto, para que Dios, cuya naturaleza es la bondad, que ama, bendice y perdona por la inclinación instintiva de su Corazón, estigmatice la impureza de sus ministros, para que la castigue con penas tan terribles, es necesario que quiera que sus ministros sean puros con una voluntad absoluta é inquebrantable. Los sentimientos de adoración, de acción de gracia, de reparación y de penitencia, nacerán con la sola lectura de los Textos Sagrados. Lean los Sacerdotes de la nueva Ley estas palabras, de rodillas, á los piés del Dios que los llama á que le consagren cada día, y que recuerden que

el crimen de los sacerdotes de la Figura, era menos grave que el que cometen ellos mismos y que castigos mucho más terribles les están reservados si prevarican.

Para la adoración.—Considera la grandeza de la injuria hecha al mismo Dios en la persona de Jesucristo por la impureza de su ministro; la grandeza de la injuria hecha al santuario que santifica y hace terrible con su presencia real, la que hace al carácter sacerdotal que Cristo ha grabado en su ministro para comunicarle su propia semejanza; la que hace al pueblo que espera del sacerdote los dones de la santidad y de la verdadera vida. Adora con temor, humildad, anonadamiento, la santa, omnipotente y terrible justicia del Dios oculto, que es nada menos que el Dios de las justicias.

El nombre de Dios y Dios mismo ultrajado: *A vosotros los sacerdotes que despreciáis mi nombre y decís: ¿En qué hemos despreciado tu nombre? Vosotros ofrecéis sobre mi altar un pan impuro, y decís: ¿En qué te hemos ultrajado?...* (Mal., I, v. 7)

El Santuario envilecido: *Los sacerdotes han despreciado mi ley, han contaminado mis santuarios: no han sabido hacer diferencia entre lo sagrado y lo profano, ni distinguir entre lo puro y lo inmundo.* (Ezech., XXII, 26.) Degradado el sacerdocio: *La casa de Israel se ha convertido en escoria: cobre y estaño, hierro y plomo son estos en medio del crisol.*

Ezch., XXII, 18.) El sacrificio de alabanza convertido en injuriosa ofensa: *Abominables son las víctimas de los impíos, pues son frutos de iniquidad.* (Prov., XXI, 27.) Sacrificios de duelo sobre los cuales es necesario llorar: *Noli lætari Israel, noli exultari sicut populi: quia fornicatus es a Deo tuo....*

No ofrecerán libaciones de vino al Señor, ni le serán gratas sus ofrendas: sus sacrificios serán como los convites de los funerales. (Oseas, IX, 1. 4.)

Para la acción de gracias.—Considera las insondables profundidades de la Misericordia Divina, cuyas largas y pacientes esperas, inefables indulgencias, amorosos llamamientos y apremiantes avisos nos aguardan, nos preservan, nos atraen, mientras otros muchos han sido abandonados: *Si el Señor de los ejércitos no hubiese conservado algunos de nuestro linage, hubiésemos corrido la misma suerte que Sodoma, y sido semejantes á Gomorra.* (Is. I, 9.) Pero El nos ha amado, y nos ama; y si quisiéramos estar junto á El, adherirnos á El, recurrir á El sin cesar, no nos abandonaría jamás. Gustemos estas amables promesas: *No temas; pues te redimí, y te llamé por tu nombre; tú eres mío! Cuando pasares por medio de las aguas, estaré yo contigo y no te anegarán sus corrientes: cuando anduviéres por medio del fuego, no te quemarás, ni la llama tendrá ardor para tí. Después que te hiciste estimable y glorioso á mis ojos, yo te he amado, y entregaré por tí hombres y pueblos por tu salvación.* Pero es necesario orar, acudir á El con perseverancia, y trabajar con nuestro buen Dios en nuestra salvación: *Pueblo que yo forme para mí el cual cantará mis alabanzas. Pues que tú, oh Jacob, no me invocaste, ni hiciste caso de mí, oh Israel! No me ofreciste á mí los carneros en holocausto, ni me has honrado con tus sacrificios: no soy yo aquel á quien has servido con ofrendas....* Y si por desgracia no hemos trabajado con Dios para salvarnos, le hemos condenado á trabajar en nuestras iniquidades: *Antes bien te has servido de mí en tus pecados.* A pesar de esto, si tenemos la confianza humilde y perse-

verante de volvernós á El: *Yo soy, nos dice, yo mismo soy el que borro tus iniquidades por amor de mí mismo, y no me acordaré más de tus pecados.* (Is., XLIII)

Para la reparación.—Considera los castigos impuestos por Dios á los ministros prevaricadores. Cuán terribles son sus castigos que comienzan desde este mundo: *Así el profeta como el sacerdote se han hecho inmundos, y dentro de mi casa he encontrado su malicia, dice el Señor. Por eso el camino de ellos será como un resbaladero entre tinieblas; en él serán empujados y caerán; pues yo descargaré desastres sobre ellos. . . . dice el Señor. A los profetas de Jerusalén les ví imitar á los adúlteros é ir en pos de la mentira: todos han venido á ser abominables á mis ojos como Sodoma! Por tanto. . . . He aquí que yo les daré á comer ajenjos, y hiel para beber.* (Jerem. 23.) Cae sobre todo el pueblo y la tierra entera: *El Señor ha desahogado su furor, ha derramado la ira de su indignación, ha derramado en Sión un fuego que ha consumido hasta sus cimientos. . . . por causa de los pecados de sus profetas, y las maldades de sus sacerdotes.* (Thren. IV, II, 13).

Oh sacerdotes, sed puros á cualquier precio. *Sacerdotes qui accedunt ad Dominum sanctificentur, ne percutiat eos!* (Exod., XIX, 22.)

Para la súplica.—Considera que solo Dios puede preservarnos de las dolencias violentas y tenaces de nuestra naturaleza corrompida. El solo, si hemos caído, puede sacarnos del abismo, y arrancarnos de la muerte remitiéndonos nuestros pecados. Roguemos por nosotros, por nuestros hermanos en el sacerdocio, sobre todo, por los más débiles, los más tentados, los más culpables. Sean nuestras

oraciones vehementes y dolorosas, como la angustia del deseo ardiente y no satisfecho. Al pie del altar, derramemos lágrimas de contrición, separados del mundo, despreciando sus placeres y mezclando nuestras lágrimas y nuestra sangre á las lágrimas y á la sangre de nuestro Divino Maestro. *Parce Domine, parce populo tuo, et ne des hæreritatem tuam in opprobium, ut dominantur eis nationes!* (Joel. II. 17.)

EL SACERDOCIO.

I. El sacerdocio es la dignidad más grande que existe sobre la tierra. Es más grande que la de los reyes. Su imperio está sobre las almas; sus armas son espirituales; sus bienes son divinos; su gloria es la de Jesucristo. Su poder es divino. El sacerdocio engendra á las almas para la gracia y para la vida eterna. Tiene las llaves del cielo y del infierno. Tiene poder sobre el mismo Jesucristo Nuestro Señor, á quien hace descender todos los días del cielo al altar. Tiene en virtud de las promesas de su Divino Fundador, el poder de perdonar los pecados, y Dios ratifica su sentencia en el cielo. ¡Oh poder formidable, poder divino al cual el mismo Dios se sujeta!

Los ángeles son servidores del sacerdote; los demonios tiemblan delante de él; la tierra le mira como á su salvador, y el cielo como el príncipe que le conquista elegidos. Jesucristo le ha hecho su representante: es un Dios por participación; es Jesucristo en acción.

II. El sacerdocio es el estado más santo. La

vida debe estar en relación con la dignidad. ¡Qué pura debe ser la vida del sacerdote! Más pura, dice San Juan Crisóstomo, que los rayos del sol; debe ser el sol mismo: *Vos estis lux mundi*. Más incorruptible que la sal que preserva de la corrupción á las otras sustancias: *Vos estis sal terræ*. Más casto que las vírgenes; el sacerdote debe ser un angel en cuerpo mortal, y como muerto del todo á la concupiscencia.

Su *humildad* debe ser tan grande como su dignidad; pues todo lo que lo engrandece es de Dios; todo lo que lo rebaja es de su propia personalidad, la cual no tiene de sí, sino la miseria, el pecado y la nada. Su *caridad* debe ser grande sobre toda ponderación, pues Nuestro Señor lo ha constituido ministro de su caridad y de su misericordia en la tierra. Su *dulzura* debe ser la de su dulcísimo Maestro, el cual era tan afable que atraía á sí á los pequeños, y cautivaba los corazones de los hombres.

El sacerdote debe ser la imagen viva de Jesucristo para que pueda decir como San Pablo: *Imitatoris mei estote, sicut et ego Christi*.

III. El ministerio del sacerdote es el más glorioso para Dios. Los sacerdotes perfeccionan la creación divina, elevando al hombre á Dios, y le hacen de nuevo á su imagen y semejanza borrada por el pecado. *Recreati in Cristo Jesu*, por su ministerio somos de nuevo creados en Jesucristo. El levanta las ruinas de este magnífico edificio, y lo convierte en la obra maestra de la gracia, en el objeto de las complacencias de Dios. El hombre bautizado se hace hijo de Dios; el hombre santificado es miembro honorable de Jesucristo, rey espiritual del mundo.

El sacerdote continúa la misión del Salvador en el mundo. En el altar, continúa el sacrificio del calvario, y aplica á las almas los frutos divinos de la salvación. En el confesonario, purifica las almas en la Sangre de Jesucristo, y las engendra para la santidad de su amor. En el púlpito, enseña la verdad, el Evangelio del amor, refleja en las almas los rayos del sol divino que alumbrá y fecunda al hombre de buena voluntad. Al pie del tabernáculo adora á su Dios, oculto por su amor, como los ángeles le adoran en la gloria. Allí, ruega por su pueblo; es el mediador poderoso entre Dios y el pobre pecador. En el mundo es el sacerdote el amigo del pobre, el natural consolador del affigido, del enfermo, el padre de todos. Es el hombre de Dios: *Tu autem, o homo Dei*.

Qué bella, qué amable misión la del sacerdote! Consiste en hacer reinar la verdad, la santidad, el amor de Dios sobre la tierra; en hacer la felicidad del hombre. Mas si el sacerdote debe ser santo para servir dignamente al Dios de la santidad, y no perderse como los ángeles rebeldes por el orgullo de su dignidad: ¿cómo adquirir esta santidad tan eminente? Por Jesucristo, Jesucristo ama á su sacerdote y le prodiga todas sus gracias, todos sus favores. El águila vuela con más facilidad y con mayor ventaja que el pajarillo, su fuerza está en sus alas, y la fuerza del sacerdote está en el amor real de Jesucristo su Maestro.

ACTO DE DESAGRAVIO

A NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SOBERANO SACERDOTE Y AUTOR DE NUESTRO SACERDOCIO.

Jesucristo, Señor nuestro, verdadero Dios y verdadero Hombre, realmente vivo bajo las especies sacramentales, Único Mediador entre Dios y los hombres, Soberano Sacerdote, Pontífice perfecto, Jesús, Autor y consumidor de nuestro sacerdocio, te adoramos postrados en tu presencia, nosotros, tus sacerdotes, á quienes te has dignado escoger, á pesar de nuestra indignidad, para hacerlos participantes realmente de tu propio sacerdocio.

Confesamos humildemente cuán poco hemos correspondido al honor y al amor de que nos has colmado, llamándonos á formar parte de la legión privilegiada de tus ministros. Pontífice santo, inocente, sin mancha, deploramos con toda la amargura de nuestros corazones, las negligencias, las faltas, los pecados sin número que han manchado el brillo purísimo de tu viva semejanza, grabada en lo más hondo de nuestras almas, por el carácter sacerdotal.

Dígnate tener misericordia de nosotros, oh Maestro y misericordioso Pontífice, que quisiste agotar en tí mismo todas las tentaciones y todas las penas, para que el sacerdote, á semejanza tuya tuviese extravíos de misericordia, levantara á los caídos y atrajese al recto sendero á los que de él se desviasen.

A pesar de todo esto, somos para tí, somos tuyos, oh Jesús, y tú has impreso en nuestras almas un nombre que no puede hacerse insensible á nuestras debilidades y á nuestro arrepentimiento: "Vos

dixi amicos!" Oh Jesús nuestra parte y nuestra herencia, Jesús nuestro Dios y nuestro todo, somos, á pesar de nuestras miserias, tus amigos y queremos hacernos de nuevo y permanecer hasta la muerte amigos fieles tuyos! Con todo el vigor de nuestra fé y de nuestra esperanza, de nuestro amor y de nuestro arrepentimiento, renovamos la promesa que hicimos en nuestra ordenación: *Tu es pars hæreritatis meæ et calicis mei: Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum.*

PUNTOS DE ADORACION INEDITOS

Del V. Padre Eymard,

FUNDADOR DE LA CONGREGACION DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

JESUS DIOS CON NOSOTROS

I. Adora á Nuestro Señor Jesucristo instituyendo y perpetuando su propio sacramento de amor á fin de permanecer siempre con el hombre, su amigo, y de consolarlo en su destierro; de ser el pan de vida de su viaje á la eternidad, su víctima de salvación, su paraíso anticipado.

II. Dale gracias por la infinita bondad con que ha amado al hombre,—por haberte dado el conocimiento de su amor eucarístico, por haberte llamado á su servicio eucarístico, á la más sublime de las vocaciones, á pesar de tu indignidad y miseria.

III. Desagráviale porque eres tan tibio, tan in-

diferente, tan ingrato, tan culpable para con la Divina Eucaristía;—desagráviale por todos aquellos á quienes has escandalizado, por tus padres, amigos, por todos los pecadores.

IV. Ofrécete, conságrate á su servicio eucarístico, como un buen servidor á su señor, como un valiente soldado á su rey, como un adorador á su Dios.

JESUS DIOS DE BONDAD.

I. Adora á Nuestro Señor Jesucristo haciendo de la Santísima Eucaristía el cenáculo permanente de su amor, donde convida á todos los hombres y á cada hombre en su nombre, á que vengan á sacar á manos llenas, en este tesoro universal é inexhausto, todas las gracias; á que vengan á sentarse al banquete divino de la Comunión sacramental, por medio de la cual da al hombre todo lo que tiene y todo lo que es, á fin de que él, á su vez, al comulgar se entregue todo á El, y le haga el homenaje de su vida.

II. Agrádecele este amor inmenso del dón inefable de la Eucaristía, que encierra todos los dones. Dale gracias por todas las gracias que has recibido de la Eucaristía.

III. Humíllate á la vista de lo poco que has hecho para glorificarle en cambio del amor que te tiene: llora tu ingratitud,—pídele las gracias que necesitas á su infinita misericordia.

IV. Hazte el discípulo y el apóstol del Dios de la Eucaristía,—de la acción de gracias eucarísticas, tan descuidada, tan mal hecha; y sin embargo, la acción de gracias es la primera virtud del amor, la flor más bella de la Eucaristía.

JESUS DIOS OCULTO.

I. Adora con fé viva á Jesucristo oculto en el Santísimo Sacramento por su amor al hombre.

Adora su bondad velando su gloria, á fin de que el hombre se aproxime á su Señor y á su Dios y converse familiarmente con El

Adora su santidad velando el brillo y la perfección de sus virtudes, para no desalentar la debilidad del hombre, y para ir enseñándolo por grados hasta elevárselo á El.

Adora su divina misericordia que para obligar al hombre á acudir á Dios, vela su santa Humanidad, la belleza de su divinidad, á fin de que el adorador vaya á Jesús por motivos de fé, por amor, y le adore en espíritu y verdad.

II. Dale gracias á Nuestro Señor por este velo eucarístico que te trae tantos bienes.

III. Humíllate delante de tu Dios, anonadado bajo las santas Especies; desagráviale de las irreverencias y de los sacrilegios de que Jesús es objeto de parte de sus verdugos cristianos. Pídele perdón por tu poca fé, respeto y recogimiento en su santa presencia.

IV. Honra con mayor devoción exterior y con más acendrado cariño al Dios oculto, desconocido del mundo, pero visible á tu fé, caro á tu corazón, la felicidad de vida.

JESUS SALVADOR.

I. Adora á Jesús Sacramentado, como á tu Salvador, su amor ha hecho de la Eucaristía el Calvario perpetuo de la redención. Jesús está sobre el altar en el estado de víctima como sobre la cruz.

El es nuestro mediador perpetuo para con su Padre, al cual le muestra sus llagas para obtenernos la gracia. El es nuestro poderoso abogado continuando en el altar la oración del Calvario. Hace aún correr su Sangre purificadora y santificadora de nuestros cuerpos y de nuestras almas.—Adora los cinco llagas de Jesús de donde salen ríos de gracia y de amor.

II. Ofrécele en acción de gracias á este Dios Salvador, el homenaje de tu cuerpo y de tu alma; el amor y la gratitud de tu Santa Madre la Iglesia, la de la Santísima Virgen al pie del tabernáculo.

III. Desagravia á Jesús crucificado por sus propios hijos aún en el Sacramento de su amor y en su estado glorioso: desagravia á ese divino Corazón que tanto ha amado á los hombres, y que no recibe de ellos más que ingratitud y desprecio. Ellos contristan profundamente su Corazón, haciendo estéril su Pasión y privándose de los méritos, de los sufrimientos de su muerte.

IV. Ofrecete como víctima de reparación á tu amable Salvador, á fin de consolar su Corazón desolado y abandonado. Hazte mediador de misericordia entre Jesús y los culpables. Dile: Jesús, Salvador de todos los hombres, perdónalos porque no saben lo que hacen, están en el delirio de las pasiones, en la locura de la razón; ha sido el demonio, vuestro enemigo, quien los ha puesto en la incredulidad, en la impiedad, en el odio de vuestra gloria; perdónalos como perdonaste á tus verdugos, á fin de que sean la más bella corona de tu misericordia.

Oración de San Ignacio de Loyola.

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad, todo mi haber y poseer; vos me lo disteis, á vos, Señor, lo torno; todo es vuestro; disponed á toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta.

Trescientos días de indulgencia una vez al día.
(León XIII, 26 de Mayo de 1883.)

Adoración para el principio del año.

*Regi saeculorum immortalis
et invisibili soli Deo honor et gloria!*

PRIMER CUARTO DE HORA.—ADORACION.

Esta alabanza, oh Jesús, Rey invisible en la Hostia, te conviene siempre; pero más particularmente te conviene al principio de este año nuevo que tu bondad se digna concederme.

Tú eres el Rey de los siglos: es decir, tú eres el que dispones, según tu beneplácito, de los años de que se componen los siglos y que, más antiguo que el tiempo dominas al tiempo. Justo es que este tiempo que es un dón de tu misericordia te sea con sagrado, y que no haya instante alguno que no se

emplee en tu servicio y en tu gloria. Vengo, prostrado á tus piés á confesar que tienes con justicia este derecho.

Si es verdad que tienes este derecho sobre todas las criaturas, es cierto igualmente que sobre el sacerdote lo tienes principalmente; pues al escogerle, al llamarle, al elevarle á la eminente dignidad del sacerdocio le constituiste en una jerarquía especial; al darse á Tí, al escogerte como la parte de su herencia, el sacerdote sabe que ya no pertenece á las criaturas, sino que pertenece, se debe él mismo, sus obras y su vida, todos los instantes de su vida, á Tí solo.

Vengo, pues, oh Jesús, á reconocer y á confesar, al principio de este nuevo año, este deber primordial de mi sacerdocio.

Con inefable gozo te adoro y reconozco en esa Hostia que te contiene en la realidad de tu vida divina y humana, como al Autor de mi existencia, como el fin supremo y único al cual se ordena mi vida, y en vista del cual debo obrar, sufrir, trabajar, luchar y santificarme. Con gozo inefable adoro tus derechos sobre mí; derechos sobre mis estudios, sobre mi amor, mi fidelidad, sobre la consagración inviolable de todo mi ser.

Creando en tus derechos sobre mí, creo en mis deberes hacia Tí, ¡oh Rey inmortal de los siglos! en el deber de obedecerte, de aceptar tus leyes, de someterme á tu imperio, de respetar, amar y reconocer prácticamente tu autoridad absoluta sobre mí; creo que debo ser tu siervo, tu ministro, únicamente ocupado en los intereses de tu gloria. Creo que para cumplir este deber me has concedido este nuevo año.

2. ° CUARTO DE HORA.—ACCION DE GRACIAS.

El año que comienza, obligándome á trabajar en vista de la eternidad, á proseguir sin desfallecer en la obra de mi santificación y de mi dependencia sin reserva en obsequio de la salvación de las almas, me da al mismo tiempo, gracias, socorros, facilidades de todo género, que me hacen posible la realización de tus designios, que sin ellos alarmarían mi debilidad personal.

¡Oh Jesús! ¿quién podría contar el número y ponderar la eficacia de tus gracias? ¿Podría contar las gracias de mi sacerdocio, aunque sólo fuesen aquellas que me hubieses dispensado en el curso de un solo año? Gracias de tantas misas ofrecidas, de tantas comuniones recibidas, gracias de tantos sacramentos administrados, gracias de perdón, de salvación para tantas almas, gracias de las que he sido feliz dispensador . . . gracias de luz, de dirección, de fidelidad, gracias de amor, de consagración, de unión, de santidad!

El pasado responde del porvenir, pues, oh Jesús, “eres siempre el mismo y los años no cambian tu amorosa condición.” No menos abundantes, no menos saludables serán las gracias que tu bondad me prepara para el año que comienza.

Estas gracias superabundantes nos las dan los Sacramentos, especialmente la divina Eucaristía, es decir, Tú mismo, oh Jesús, tú que cada mañana descendes á mi voz al altar y á mi corazón, donde traes con la plenitud de tu vida la plenitud de tus dones, tú que por amor á las almas, y sobre todo por tu amor á los Sacerdotes, permaneces en el Santo Tabernáculo, á fin de ser el Amigo de su soledad, el Consolador de sus penas, su Confidente,

su Consejero, su Apoyo, su Fuerza, su Alegría, en fin, y su inmutable Esperanza! ¿Con tales socorros podría considerar difíciles los deberes de mi Sacerdocio, irrealizable la santidad? Al recordar los numerosos beneficios que he recibido en el tiempo pasado, al recordar, oh Jesús, los recibidos en el año que acaba de pasar, en los que tu bondad me reserva para el nuevo año, me arrojé á tus brazos con el corazón lleno de reconocimiento y de confianza! ¡Oh gracias de la presencia de Jesús en la tierra! ¡Oh bondad de Jesús! sé bendita y alabada para siempre.

TERCER CUARTO DE HORA.—PROPICIACION.

Después de haber considerado las gracias tan variadas como eficaces que tu bondad me ha concedido el año trascurrido; después de haber confesado el deber que me incumbe de consagrar á tu servicio todos los momentos de mi vida, debo examinar cuál ha sido el empleo que del tiempo he hecho. Cuál ha sido la medida de mi generosidad y de mi celo en santificarme, qué provecho he sacado de los Sacramentos, especialmente del Sacramento de la Eucaristía; qué estima he hecho de tu presencia real. Cuál ha sido mi confianza en tí, y mi asiduidad en visitarte, qué satisfacciones he ofrecido á tu divino Corazón. Cuál ha sido mi celo en hacerte amar, en extender tu reino, en procurar la gloria que mereces? A todo esto debo responder hiriendo humildemente mi pecho y confesando mis numerosas negligencias.

ULTIMO CUARTO DE HORA.—SUPLICA.

Puesto que eres Rey, oh Jesús, es justo que reines. Llegue pues tu reino y se establezca en mi corazón. Haz que, poniendo en práctica las virtudes, me haga semejante á Tí, un sacerdote según tu Corazón *Adveniat regnum tuum.* ¡Oh Jesús! reina en mí y por mí. Esta es mi oración. Ojalá que en el curso de este nuevo año ofrezca á tu Divino Corazón tantos consuelos, como faltas te he dado en el año que acaba de pasar.

Mas por medio de la Divina Eucaristía ejerce sobre mí tu imperio y realiza mi transformación en Tí; por la Divina Eucaristía quiero desde este día dedicarme á conocerte mejor, y con este fin; estudiarte más y visitarte con más frecuencia; por la Divina Eucaristía quiero honrarte más, amarte más sinceramente, imitarte más fielmente; por la Divina Eucaristía, quiero en fin, hacerte conocer, y glorificarte por todos los medios posibles.

Directorio práctico para la Adoración.

Semper vivens ad interpellandum pro nobis.

Jesús vive siempre intercediendo por nosotros.

[HEBR., VII, 25.]

El santo Sacrificio es la más sublime de todas las oraciones; Jesucristo se ofrece en él á su Padre, le adora, le tributa acciones de gracias, le da satisfacción de nuestros pecados, y le suplica en favor de

la Iglesia, de los hombres sus hermanos y de los pobres pecadores.

Esta oración augusta la continúa Jesús por su estado de víctima en la Divina Eucaristía; unámonos pues á la oración de Nuestro Señor; roguemos como El por los cuatro fines del sacrificio; esta oración reasume toda la religión y encierra los actos de todas las virtudes.

De la Adoración.—El acto de adoración eucarística tiene por objeto divino la excelencia infinita de Jesucristo, digno por sí mismo del honor y de la gloria. Unámonos pues á las alabanzas de la corte celestial cuando, prosternada al pie del trono del Cordero, exclama llena de admiración: "Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, honra y gloria, y potestad por los siglos de los siglos." Con los veinticuatro ancianos, deponiendo ante los piés del Cordero el homenaje de su corona, al pie del trono eucarístico ríndele el homenaje de toda tu persona, de tus facultades, de tus obras, diciéndole: "A tí solo el honor y la gloria."

Contempla en seguida la grandeza del amor de Jesús, instituyendo, multiplicando, perpetuando la divina Eucaristía hasta el fin del mundo: admira su sabiduría en esta invención divina que es la admiración de los ángeles mismos; alaba su poder, que ha triunfado de todos los obstáculos, exalta su bondad que ha regulado todos los dones. Déjate arrebatar de transportes de alegría y amor viendo que tú mismo eres el fin del más grande como del más santo de los sacramentos, pues Jesucristo hubiera hecho por tí solo lo que ha hecho por todos: ¡qué amor!

En la imposibilidad de adorar á Jesús como merece, invoca el socorro de tu ángel custodio, fiel

compañero de tu vida. Adora por la Santa Iglesia á este Dios que ella te confía para que la representes á sus piés. Unete á todas las adoraciones de los santos, á los ángeles y á los santos del cielo; pero sobre todo á las adoraciones de la dulce Virgen María y de San José Adora á Jesús por medio del mismo Jesús; por él se hace la más perfecta adoración: es Dios y Hombre, tu Salvador y tu hermano al mismo tiempo. Adora al Padre celestial por su Hijo Divino, objeto de todas sus complacencias, y tu adoración valdrá lo que la de Jesús.

De la Acción de gracias.—La acción de gracias es el acto de amor más dulce para el alma, el más agradable para Dios; es el homenaje que le rendimos á su infinita bondad. La Eucaristía es el reconocimiento perfecto; Eucaristía quiere decir acción de gracias: Jesús le tributa acciones de gracias á su Eterno Padre por nosotros. El es nuestra propia acción de gracias. Agradécele al Padre celestial el haberte dado á su Divino Hijo, no sólo como Salvador en la Encarnación, como Maestro de la verdad, sino principalmente como tu Eucaristía, tu Pan de vida, tu cielo anticipado. Agradécele al Espíritu Santo que continúe produciéndole todos los días en el altar por medio del sacerdote como lo hizo una vez en el seno virginal de María.

Que se eleve tu acción de gracias hacia el trono del Cordero, hacia el Dios oculto, como un incienso de agradable olor, como la más bella armonía de tu alma, como el amor más puro y más tierno de tu corazón. Dale gracias con la alegría y la generosidad de Zaqueo cuando recibía la visita de Jesús; dale gracias con la Santa Iglesia, con la corte celestial.

Considera la belleza, la bondad siempre antigua y siempre nueva del Dios de la Eucaristía, contempla su estado sacramental, los combates que ha tenido que sostener contra su propia gloria para humillarse hasta los límites de la nada. A la vista de tanta bondad, que la acción de gracias se escape como la llama de un poderoso incendio que rodee el trono eucarístico, que se una y se confunda con la llama radiante y devoradora del Corazón de Jesús y que se eleve al cielo hasta el trono de la augusta Trinidad.

De la Propiciación.—A la acción de gracias debe seguir la reparación; de la alegría tu corazón debe pasar á la tristeza, á los gemidos, á las lágrimas, al dolor más profundo, considerando la ingratitud, la indiferencia, la impiedad de la mayor parte de los hombres para con el Salvador Eucarístico.

¡Cuántos hombres olvidan á Jesús después de haberle amado y adorado! ¿No es de suyo amabilísimo? ¿Ha dejado de amarlos? ¡Oh ingratos! porque es demasiado amable no quieren amarle; porque es demasiado bueno, no quieren recibirle. Hay quienes corresponden á su amor, ultrajándole, negándole. Cierran los ojos para no ver este sol de amor; y entre estos ingratos hay vírgenes sacrílegas, sacerdotes indignos, corazones apóstatas, serafines y querubines caídos. He aquí tu parte, sacerdote adorador: llorar á los piés de Jesús despreciado por los suyos, crucificado en tantos corazones, abandonado en tantos lugares; consolar el Corazón de este Padre tierno á quien el demonio, su enemigo, ha arrebatado tantos hijos. Tu misión es pedir gracia por los culpables, es hacerte víctima de propiciación con tu Divino Salvador.

De la súplica.—En fin, la impetración debe co-

ronar tu adoración. La impetración es la fuerza y el poder de la oración eucarística. No todos pueden predicar á Jesús, ni trabajar directamente en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas; pero todos los adoradores tienen la misión de María á los piés de Jesús; la misión apostólica de la oración al pie del trono de la gracia y de la misericordia. La oración es pues la más grande glorificación de Dios; la oración es la más grande virtud del hombre, encierra todas las virtudes, las cuales la preparan y la componen. Es la fé que crece, la esperanza que ruega, la caridad que pide para dar; es la humildad del corazón la que compone la oración, la confianza la que la dicta, la perseverancia la que triunfa del mismo Dios como un dardo inflamado. El adorador pone á Jesús en el trono de su intercesión, como al abogado divino de todos sus hermanos rescatados.

LOS ANTECESORES DE LA FAMILIA SACERDOTAL.

MELQUISEDEC.

... Sicuti accepta habere dignatus est...
quod tibi obtulit summus sacerdos tuus Mel-
quisedec, Sanctum Sacrificium, immaculatam
hostiam.

Can. Misa.

Texto.—*En efecto, este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios altísimo es el que salió al encuentro á Abraham cuando volvía victorioso de la derrota de los reyes y el que le bendijo; á quien asimismo dió Abraham el diezmo de todos los despojos; cuyo*

nombre en primer lugar significa rey de justicia, además de eso era rey de Salem, que quiere decir rey de paz, sin padre, sin madre, sin genealogía, sin ser conocido el principio de sus días, ni el fin de su vida, sino que queda siendo por esto imagen del Hijo de Dios, queda sacerdote eternamente. Contempla ahora cuán grande sea . . . (De Ep. ad Hebr., 7, 1, 2, 3, 4.)

Melquisedec tiene el insigne honor de ser el tipo más perfecto del soberano Sacerdote: Nuestro Señor Jesucristo: *Asimilatus Filio Dei*. San Pablo lo declara en las palabras que acabamos de citar. En cuanto á nosotros los sacerdotes, se presenta como el ideal sobrenatural del estado sacerdotal, de sus grandezas, de su poder, de las virtudes que deben decorarlo. El, es, pues, nuestro antecesor, nosotros somos de su orden. *Tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech.*

Adoración.—Adoremos á Nuestro Señor Jesucristo en su estado, en su título, en sus grandezas, sus poderes, su santidad, y sus funciones de sacerdote. La figura profética de Melquisedec pone de relieve todos los tesoros de sobrenatural belleza, contenidos en su sacerdocio.—Es de origen divino el sacerdocio de Jesucristo; pues su generación no es conocida: *Cujus generatio non annumeratur*. Su sacerdocio viene sólo de Dios, de su generación divina de Verbo de Dios, comunicada á su generación humana de Hijo de María. Es desde la eternidad: *Neque initium dierum . . . habens, manet sacerdos in perpetuum*, pues si comenzó á llenar sus funciones en el tiempo, el origen de su poder se remonta á la eternidad. La santidad incomparable de su sacerdocio que no se liga con nada creado: *Sine Patre, sine matre . . . manet sacerdos in per-*

petuum. La obra de su sacerdocio ha sido la paz entre la Divina Majestad ofendida y la criatura culpable: *Deinde autem rex Salem, quæ est rex pacis*.—Oh sacerdotes! este sacerdocio de Jesucristo bosquejado en las grandezas y en los incomprensibles privilegios que el Espíritu Santo atribuye a Melquisedec, es nuestro propio sacerdocio, pues no somos sacerdotes sino de su propio sacerdocio; estas son, pues, nuestras grandezas, nuestro poder, nuestra santidad, nuestro estado y nuestra obra: lo que somos por gracia debemos serlo por la virtud, que entrevemos en el tipo del rey de Salem, y que contemplamos, en la realidad, en Jesucristo: adoremos á Nuestro Señor Jesucristo, asimilémonos á El, que es necesario que la adoración nos asimile al Hijo de Dios.

Acción de gracias.—Melquisedec fué enviado á Abraham victorioso ya de sus enemigos para que ofreciese en su nombre al Altísimo el sacrificio de acción de gracias que, por sus victorias y por la protección divina, debía á Dios: *Benedixit ei et ait: Benedictus Deus excelsus, quo protegente, hostes in manibus tuis sunt*.—Como oblación ofrece el pan y el vino: el pan como símbolo de todos los bienes de la vida; el vino, símbolo de la fuerza que hace vencedores á los hombres. Exige que Abraham participe del mérito de esta oblación haciendo el sacrificio de la décima parte del botín. Mucho más perfecto es el sacrificio de acción de gracias de Jesucristo en la Cena. Eleva los ojos á su Padre, sabe que todas las criaturas lo han recibido todo de su liberalidad y le da gracias.—Se ofrece bajo las especies de pan y de vino, á fin de que estemos seguros de encontrar en El todos los dones necesarios para nuestra vida temporal y eterna y de alcanzar

por su medio todas las victorias necesarias para la conquista del reposo eterno.—Sacerdotes, seamos fieles en referirlo todo á Dios, nuestros dones y nuestras victorias, á fin de que no nos apropiemos nada y permanezcamos humildes y agradecidos; de este modo nos garantizamos las futuras victorias. "*Qui vincit non debet sibi arrogare victoriam.*" (San Ambr.)

Reparación.—La situación de Melquisedec narrada por la inspiración del Espíritu Santo, *sine patre, sine matre*, es para excitarnos á vivir desprendidos en espíritu de todos los afectos, aún los más legítimos. Los afectos que tenemos hacia á aquellos que estamos unidos por los lazos de la sangre, del reconocimiento, de la patria, de los trabajos, de las penas y de las alegrías, los debemos conservar por los frutos de virtud en ellos contenidos. Para tener y conservar tales afectos con fines sobrenaturales, no nos debemos dejar absorber de tal suerte que nos hagamos menos aptos para el servicio de Dios y de las almas. El sacerdote es por su carácter, un rey y no un esclavo; un rey por la justicia de sus obras y la independencia de su vida, sustraída por la santidad, de todas las servidumbres que encorban á los hombres bajo el yugo del pecado, del demonio y de la carne: *Rex justiciæ.*—Debe servir á las almas hasta hacerse esclavo de sus necesidades, pero por puro amor de Dios; y este amor le conservará siempre rey de su corazón, señor de sus pasiones. Veamos si todos nuestros afectos son legítimos en su objeto: sobrenaturales en sus tendencias, santos en las obras que nos imponen. Así nos pinta el Espíritu Santo á Melquisedec: *Sine patre, sine matre, sine genealogia.* Rey, sacerdote y virgen. Así debemos ser.

Oración.—La conclusión de esta oración en cuanto á los frutos que se han de sacar y á las gracias que se han de pedir, es la inteligencia y la práctica de la vida sobrenatural; de esa vida cuyos actos son humanos, pero cuyas raíces penetran al cielo, cuyo principio y cuyo fin es solo Dios, su voluntad, su servicio y su gloria. En presencia de nuestros deberes y para combatir todas nuestras tentaciones recordemos siempre estas altísimas palabras: *Quoniam tu es sacerdos in æternum secundum ordinem Melchisedech.*

Oración Jaculatoria.—*Modo enim hominibus suadeo an Deo? An quero hominibus placere? Si adhuc hominibus placerem, Christi servus non essem.*—(Ad. Gal. I. 10.)

LOS ANTECESORES DE LA FAMILIA SACERDOTAL.

ABRAHAM.

Sicuti accepta habere dignatus est ... Sacrificium Patriarchæ nostri Abrahæ.

(CAN., MIS.)

Texto.—*Probó Dios á Abraham, y le dijo: Abraham, Abraham. Y respondió él: Aquí me tenéis, Señor. Díjole: Toma á Isaac, tu único hijo, á quien amas, y ve á la tierra de visión y allí me lo ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes que yo te mostraré.* (Gen. XXII, 1 y 2.)

Sacerdote de la ley natural como padre de familia Abraham, el cual ofrece á Dios en diversas

circunstancias sacrificios cuyo recuerdo conservan las sagradas letras, aparece con la majestad augusta del sacerdocio más sublime cuando Dios le ordena inmolar á Isaac, su hijo único y amado entrañablemente. El carácter dominante de este sacrificio es la obediencia. *Fide qui vocatur Abraham obedibit*, (Hebr., XI. 8.)

Obediencia heroica, en la que el sacrificador domina todas las tentaciones de su razón que le recuerda todas las promesas fundadas en este hijo único á quien va á sacrificar en la flor de su adolescencia, es una prueba decisiva, que muestra que cree en Dios, se fia en El, y que el hombre obediente es capaz de esperar contra toda esperanza. Es un acto de fé sublime en la omnipotencia de Aquel que todo lo puede. Es la victoria sobre todas las tentaciones, del amor paternal, de la carne y de la sangre, en la cual se muestra la fidelidad invencible á la voluntad de Dios, la sumisión á sus órdenes, el respeto efectivo y la adoración sin reserva á sus derechos soberanos. ¡Qué sumisión tan ciega, de parte de la víctima, á las órdenes y disposiciones de su padre! ¡Qué generoso desprecio de su vida, sacrificada en flor! ¡Qué magnánimo valor en presencia de los preparativos del sacrificio! Al punto de subir á la hoguera, al ofrecer su cabeza á la espada de su propio y muy amado padre, no opone la menor resistencia, no se queja. Las más altas virtudes resplandecen en este sacrificio. Abraham responde prontamente al Señor que le llama. El Señor le ordena una cosa, en apariencia, contraria á la ley natural y en verdad contraria á los más legítimos y profundos afectos de su corazón; á Isaac, hijo de Sara, solicitado por largos años de oraciones y de lágrimas, prometido por los ánge-

les, concebido milagrosamente por la anciana y estéril Sara; á este niño manda Dios inmolar. Y Abraham, sin objeción, sin retardo, obedece, como si Dios le pidiese la cosa más ordinaria. Cómo desgarraría el corazón del infortunado anciano esta pregunta de Isaac, que venía á interrumpir el silencio en que él se había encerrado: *Pater mi! Ecce ignis et ligna; ubi et víctima holocauisti?* El Padre y el hijo realizaban la acción más bella que registra la historia sagrada y profana. Jesús únicamente reunió en sí el heroísmo de Abraham y el heroísmo de Isaac, ofreciéndose á sí mismo en holocausto por la salvación del hombre.

Adoración.—Adoremos á Nuestro Señor Jesucristo presente aquí delante de nosotros, adoremos la divina voluntad de su Padre y su propia voluntad de Dios que le ordena subir al Calvario y entregar su humanidad á los sufrimientos y á la muerte. Adoremos la obediencia de Jesús aceptando sin vacilar la orden de inmolarse.

Potestatem habeo ponendi animam meam, et hoc mandatum accepi á Patre meo. Para representar la voluntad divina y darle una apariencia de sacrificadora, María, su Madre está allí, de pie, intrépida, conteniendo su inmenso dolor, y entregando sus derechos maternales á los derechos soberanos de la Majestad ofendida y de la Justicia irritada. ¡Oh Sacerdotes! acordémonos de la obligación de ofrecernos con nuestra adorable víctima, y sepamos poner el Isaac de nuestros afectos en las manos del Abraham de la mortificación, de la humildad, de la obediencia, sobre todo

Acción de gracias.—Dos son los frutos que alcanza la obediencia. 1.º La certidumbre de que agradamos á Dios y nos atraemos sus complacen-

cias; pues el sacrificio apacigua á Dios, nos reconcilia con El, y es para El de agradable olor. Pero el más agradable de los sacrificios es el de nuestra voluntad, de nuestra libertad, de nuestra obediencia. 2.º La victoria sobre todos los enemigos, puesto que el soldado no puede vencer sino obedeciendo á su jefe: *Vir obediens loquetur victorias*. Estos frutos han sido el premio de la obediencia de Abraham y de Isaac.

Victoriosos ambos de la muerte, en la que uno sacrifica su vida y el otro su felicidad, escucharon estas palabras de bendición y de triunfo: *Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que en vista de que me has hecho esta acción, y no has perdonado á tu hijo único por amor mío, yo te llenaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está á la orilla del mar, y en un descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la tierra, porque has obedecido á mi voz.*

Propiciación.—Hagamos un exámen de conciencia á la luz de la obediencia de Abraham inmolando á su hijo sobre el monte Moria, y á la luz de la obediencia de Jesús, inmolándose á sí mismo primero en el Calvario, y después todos los días en el altar, á nuestra prosencia y por nuestro ministerio. Inmolemos á la soberana voluntad de Dios las víctimas que nos pide: afectos, ambiciones, relaciones, ideas largo tiempo perseguidas y amadas, si así lo exige la voluntad divina de nosotros, á nuestro Isaac, es decir, lo que más amamos.

Súplica.—Para obtener la firme voluntad de hacerlo, pidámosle cada día en el momento en que el Isaac divino se pone en nuestras manos para ser inmolado, por la espada y el fuego de los anona-

damientos eucarísticos; y hasta que tengamos el valor de sacrificarle á Dios aquello que nos pide, renovemos cada día con una intención nueva nuestra oración, y depositemos esta petición á los pies de Jesús. La fuerza de su incomparable obediencia acabará por triunfar de nuestra resistencia! Y en tanto que no sintamos que nuestra voluntad está plena y pacíficamente sometida á Dios, permanezcamos, continuemos, no nos separemos de los pies de Jesús: nuestra oración no ha terminado.

LOS ANTECESORES DE LA FAMILIA SACERDOTAL.

NOE.

Edificavit Noe altare Domino et obtulit holocausta. Odoratissime et Dominus odorem suavitatis. [Gen., VIII, 20, 21.]

Noe es uno de los antecesores de la familia Sacerdotal, que merecen ser estudiados por el Sacerdote que desea descubrir en los antiguos, ejemplos y lecciones para su sublime ministerio y para la santificación de su alma. Las cualidades eminentes, la justicia y la perfección que la Sagrada Escritura le atribuye, nos enseñan con qué disposiciones debe adornarse el Sacerdote para rendirle al Señor el culto supremo de adoración; ya sea para la adoración pública del Santo Sacrificio, ya sea para la adoración silenciosa ante el Santo Tabernáculo; el insigne beneficio que recibe tan miseri-

cordiosamente de Dios, de librarse él y los suyos del diluvio universal, y por el cual rinde acciones de gracias ofreciéndole á Dios un sacrificio agradable, apremian al Sacerdote á acordarse de los beneficios que pasan por sus manos para enriquecer al pueblo, después de haberle enriquecido á él primero; su fé, su esperanza, su constancia en permanecer ante Dios por la oración y la confianza en su providencia le enseñan el gran deber de la oración, la que Dios promete escuchar siempre que le sea ofrecida en el nombre de su amado Jesús; tales son los motivos de adoración, de acción de gracias, de reparación, y de oración, que nos sumistrará el recuerdo de aquel que mereció ser llamado la "reconciliación" entre el Dios irritado y el hombre culpable: *Noe, in tempo iracundæ, factus in reconciliatio.* (Eclii., XLIV, 17).

Adoración.—Que el Patriarca Noe fué Sacerdote, nos enseña su cualidad de padre y de jefe de familia; que ofreció sacrificios, el texto del Génesis lo dice claramente. Aproximémonos al altar para adorar á Jesús, el único Sacerdote perfecto; entremos en las santas disposiciones de que, según el texto sagrado, vivió siempre adornado, y las que hicieron que sus sacrificios fuesen tan agradables á Dios: *Noe vir justus atque perfectus fuit in generationibus suis, cum Deo ambulavit;* he aquí su santidad. La cual es confirmada por este elogio del Eclesiástico. *Noe inventus est perfectus et justus.* San Pablo añade esta alabanza: *Por la fé, avisado Noe de todas las cosas, que aun no se veían, con temor fué construyendo el arca para la salvación de su familia, y construyéndola condenó al mundo, y fué constituido heredero de la justicia, que se adquiere por la fé.* La fé, el temor de Dios, la justicia ó la

inocencia, la perfección, la unión constante á Dios, tales son las virtudes de este sacerdote eminente; y brillan en él con mayor mérito cuanto que era más profunda y universal la corrupción de todos los hombres en su tiempo. Así es que, el peso de su inocencia, de su fidelidad, de su santidad le hace merecer gracia delante de Dios, no sólo para sí, sino para toda su familia, y más tarde la renovación del mundo entero. ¡Oh sacerdotes, cuál es nuestro poder delante de Dios para satisfacerle, procurar su gloria, hacerle olvidar los crímenes de los hombres, y alcanzarles la preservación de los castigos de la cólera divina, la reconciliación y la salud! Conseguiremos todas estas cosas haciéndonos semejantes á Noe; sacerdotes de fé, sacerdotes santos y puros, sacerdotes empeñados en el trabajo de nuestra perfección, separados del mundo, y condenando sus costumbres por la austeridad de nuestra vida, sacerdotes amigos de Dios, unidos á Dios, andando en su presencia, viviendo en un continuo espíritu de oración: *cum Deo ambulavit.*

Acción de gracias.—El sacrificio ofrecido por Noe es un sacrificio de acción de gracias. Considerando Noe el insigne beneficio que el Señor le había concedido, desbordándose su alma de reconocimiento, se apresura á erigir un altar, el primero de que se hace mención en los anales religiosos del género humano, escoge entre todos los animales los mejores y más puros y los inmola al Señor. El Señor, que por precio de sus beneficios no desea más que el reconocimiento del corazón humano, recibe este sacrificio con complacencia. Sacerdotes, el sacrificio que ofrecemos todos los días, es ante todo, un sacrificio de acción de gracias; es el sacrificio eucarístico. Por medio de él el amor incomprensible

y la inexplicable misericordia de Dios nos dió la vida de la gracia; este sacrificio debe ser, pues, de reconocimiento eterno, de acción de gracias sin término. Y para activar en nuestras almas la eficacia del recuerdo de la redención, recordemos qué parte personal, abundante y demostrada con tantas pruebas solo de nosotros conocidas; hemos recibido de la sangre, de los méritos y del amor de nuestro divino Redentor. Entonces subiremos al altar con el corazón henchido de reconocimiento, y nuestro sacrificio será recibido con inefable complacencia por nuestro buen Dios, y descenderemos del altar firmemente resueltos á permanecer fieles y á mostrarnos generosos para probar nuestro reconocimiento.

Reparación.—*Tu solus sanctus!* Sí, Señor, tú eres absolutamente Santo; pero todo hombre es falible, y desde las cumbres de la santidad más perfecta es capaz de descender al abismo de la mayor miseria por ignorancia, debilidad é inadvertencia. Así aconteció con este justo tan agradable á los ojos de Dios cuyas virtudes hemos admirado. La recitación bíblica dice con sobria elocuencia: *Cæpit Noe exercere terram et plantavit vineam; bibensque vinum inebriatus est, et nudatus in tabernáculo suo.* Es justo admitir que el santo Patriarca fué sorprendido por la fuerza ignorada de este nuevo licor, y que fué más bien una desgracia que una falta. Pero qué consecuencias tan desastrosas acarrea! La pérdida de la razón, el olvido del respeto de sí mismo, la vergonzosa desnudez, el escándalo y la ocasión de la pérdida de un hijo irrespetuoso, es verdad, pero que encuentra en la falta de su padre la ocasión de su pecado. "El que está en pie, tema, no caiga." Que la prudencia, la vigilancia y la templanza presidan todas nuestras acciones! Es

tan fácil olvidarse de estas virtudes. Pero las consecuencias de este olvido no son menos desastrosas para el sacerdote que para el justo Noe

PUNTOS DE ADORACION

SOBRE LA

VIDA MÍSTICA DE NTR. SR. JESUCRISTO

✦ EN EL SANTISIMO SACRAMENTO. ✦

HONOR Y RESPETO AL SANTISIMO SACRAMENTO.

Venite, exsultemus Domino,
jubilemus Deo, salutari nostro;
præcepimus faciem ejus in
confessione, et in psalmis jubilemus ei.

Ps. 94.

PRIMER PRELUDIO.—*Representate á Jesús en la Eucaristía, la gloria que le rodea, el centellante esplendor de sus heridas, la dulce majestad de su persona: escucha la tierna invitación que te hace de que vayas á El, que te promete consolar y regalar con dulcísima ternura.*

SEGUNDO PRELUDIO.—*Pide las virtudes, que esta meditación te indique que sean más necesarias.*

Punto primero.—*Considera que la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía debe ins-*

y la inexplicable misericordia de Dios nos dió la vida de la gracia; este sacrificio debe ser, pues, de reconocimiento eterno, de acción de gracias sin término. Y para activar en nuestras almas la eficacia del recuerdo de la redención, recordemos qué parte personal, abundante y demostrada con tantas pruebas solo de nosotros conocidas; hemos recibido de la sangre, de los méritos y del amor de nuestro divino Redentor. Entonces subiremos al altar con el corazón henchido de reconocimiento, y nuestro sacrificio será recibido con inefable complacencia por nuestro buen Dios, y descenderemos del altar firmemente resueltos á permanecer fieles y á mostrarnos generosos para probar nuestro reconocimiento.

Reparación.—*Tu solus sanctus!* Sí, Señor, tú eres absolutamente Santo; pero todo hombre es falible, y desde las cumbres de la santidad más perfecta es capaz de descender al abismo de la mayor miseria por ignorancia, debilidad é inadvertencia. Así aconteció con este justo tan agradable á los ojos de Dios cuyas virtudes hemos admirado. La recitación bíblica dice con sobria elocuencia: *Cæpit Noe exercere terram et plantavit vineam; bibensque vinum inebriatus est, et nudatus in tabernáculo suo.* Es justo admitir que el santo Patriarca fué sorprendido por la fuerza ignorada de este nuevo licor, y que fué más bien una desgracia que una falta. Pero qué consecuencias tan desastrosas acarrea! La pérdida de la razón, el olvido del respeto de sí mismo, la vergonzosa desnudez, el escándalo y la ocasión de la pérdida de un hijo irrespetuoso, es verdad, pero que encuentra en la falta de su padre la ocasión de su pecado. "El que está en pie, tema, no caiga." Que la prudencia, la vigilancia y la templanza presidan todas nuestras acciones! Es

tan fácil olvidarse de estas virtudes. Pero las consecuencias de este olvido no son menos desastrosas para el sacerdote que para el justo Noe

PUNTOS DE ADORACION

SOBRE LA

VIDA MÍSTICA DE NTR. SR. JESUCRISTO

✦ EN EL SANTISIMO SACRAMENTO. ✦

HONOR Y RESPETO AL SANTISIMO SACRAMENTO.

Venite, exsultemus Domino,
jubilemus Deo, salutari nostro;
præcepimus faciem ejus in
confessione, et in psalmis jubilemus ei.

Ps. 94.

PRIMER PRELUDIO.—*Representate á Jesús en la Eucaristía, la gloria que le rodea, el centellante esplendor de sus heridas, la dulce majestad de su persona: escucha la tierna invitación que te hace de que vayas á El, que te promete consolar y regalar con dulcísima ternura.*

SEGUNDO PRELUDIO.—*Pide las virtudes, que esta meditación te indique que sean más necesarias.*

Punto primero.—*Considera que la presencia de Nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía debe ins-*

pirarnos un profundo respeto. La presencia de Dios debe en todas partes infundirnos circunspección y respeto; pues El llena todas las cosas con su inmensidad, las consagra con su santidad, el universo entero es templo suyo, pero en ningún lugar debe inspirarnos más respeto que en aquel en que se encuentra bajo las especies sacramentales. La Eucaristía es el trono de su gloria sobre la tierra, en ella da asiento á su santa Humanidad para recibir nuestros homenajes. El honor que debemos rendirle debe corresponder, si fuese posible, á los oprobios que nuestros pecados le han hecho sufrir. Si tu fé fuese más viva, no te impresionaría menos este terrible misterio, que si le vieses morir sobre el Calvario. El altar en que reposa es el lugar más santo del mundo, puesto que es la fuente de toda santidad, el Autor de nuestra santificación, el principio de nuestra deificación. La majestad con que viene es admirable; multiplica sus milagros, á fin de hacer más augusta y venerable su presencia. Las obras de gracia que hace en la Eucaristía, son inexplicables: y si es verdad que la vida de Jesucristo ha sido una misa solemne que comenzó en el establo de Belén y acabó en el Calvario, podemos decir también que la misa no es otra cosa que la vida y la muerte de Jesucristo, cuyo misterio durará hasta la consumación de los siglos. Todas sus perfecciones, humanas y divinas, aparecerán un día y pondrán de manifiesto la gloria de su humanidad, de la cual es tan celoso en ese Sacramento que le da la presidencia; la divinidad, no viene, según los teólogos, sino por concomitancia, y nos atrevemos á decir, que para honrarle. Los ángeles, dice San Marcos en su liturgia, están en éxtasis: y San Crisóstomo, que los

veía á menudo cerca de los altares, asegura que, cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la Consagración, el cielo se abre para dejar venir en multitud á esos espíritus bienaventurados á adorar al Santo de los Santos, estando delante de él con increíble respeto hasta la consumación del sacrificio. Si los ángeles, que son de una condición tan noble, se muestran tan respetuosos en presencia de Jesús, ¡con qué reverencia debemos comparecer ante su trono eucarístico! ¿Quién eres en esa asamblea de los Príncipes de su corte? En los rayos del sol, un átomo es imperceptible: tú eres delante de Dios más pequeño, mejor dicho, eres casi nada.

Punto segundo.—Considera que el respeto que le debemos al Santísimo Sacramento debe llegar al última grado de adoración. Todos los Sacramentos que Nuestro Señor ha establecido en la Iglesia son admirables, dice San Agustín, y merecen una veneración particular; pero el de su Cuerpo y el de su Sangre los aventaja á todos. Lo ha hecho el objeto de nuestras adopciones como el de nuestra fé. Quiere que todos los fieles se dejen arrebatar de admiración ante este Pan del cielo, que según David, debe ser “comido y adorado,” juntamente, por razón de las dos sustancias que contiene, á saber: la carne del Hijo de Dios destinada á servirnos de alimento, y su divinidad que le es inseparable. Por la adoración que merece se distingue este manjar de los manjares ordinarios, y los Padres de la Iglesia, para hacer el discernimiento, no nos dan señales más brillantes que el culto soberano, y la reverencia interior y exterior que le debemos. Con este culto, que llamamos de latría, ha sido honrado siempre en la Iglesia. Nadie, dice San Agustín, debe comer este manjar sin que antes lo adore.

Adoramos, bajo las especies de pan y vino que vemos, la Carne y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo que no vemos. San Jerónimo dice, que si adoramos por la fé la majestad de nuestros misterios, no son las especies solas, ni las simples apariencias de pan y de vino, á quienes rendimos los honores divinos; á la manera que en la Encarnación adoramos la divinidad de Jesucristo revestida de carne mortal, que no disminuye nada la veneración debida á su grandeza, del mismo modo en la Eucaristía adoramos su carne sagrada bajo los símbolos del Sacramento, que oculta el resplandor de su gloria.

Si estás persuadido que á Jesucristo se refieren los homenajes rendidos a la divina Eucaristía: si crees firmemente que recibes su Cuerpo y su Sangre participando de estos adorables misterios, ¿cómo es que te conduces con tan poco respeto? Sobre el altar el Cordero se inmola por nosotros; el sacerdote gime y llora por los pecados del pueblo; un fuego espiritual sale del tabernáculo y se derrama por todo el lugar santo; los serafines se cubren el rostro; los espíritus bienaventurados se aprovechan de este tiempo favorable, intercediendo por tí acerca de Dios á quien has ofendido, y tú en lugar de unirte á ellos y de enalzar con alabanzas al Criador, le irritas aún más, conduciéndote con irreverencias ante la grandeza infinita de tu Dios.

Punto tercero.—Considera que el respeto y la adoración que le debemos á Jesús en el Sacramento, debe llegar hasta el anonadamiento. La adoración, que no es otra cosa, según los Padres, que una protesta voluntaria que hacemos por nuestra sumisión, de la soberana excelencia y de la majes-

tad infinita de su persona. He aquí porque debe producir dos movimientos en nuestra alma: uno por el cual se eleva á la soberana grandeza de Jesús: otro por el cual se abisma en su nada.

De la pureza de conciencia requerida para comulgar.

Por tanto, examínese á sí mismo el hombre: y de esta suerte coma de aquel pan y beba de aquel cáliz.

I. Cor. IX. 28.

Punto primero.—Considera lo que dice el Concilio de Trento: “El que quiera comulgar debe traer á la memoria este precepto del Apóstol: *Examínese á sí mismo el hombre*; y la costumbre de la Iglesia declara que la prueba, que es necesaria, consiste en que nadie pueda acercarse á comulgar antes de confesarse, si se siente culpable de algún pecado mortal, por muy contrito que le parezca hallarse.” *Sess. 13.* Reflexiona sobre estas dos necesidades: es necesario estar exento de pecado mortal para comulgar dignamente; el que se sienta culpado de alguna falta mortal, está obligado á confesarse antes de acercarse á la sagrada mesa, y no le basta estar contrito de su pecado. Estas dos obligaciones no son sólo de precepto eclesiástico, sino de derecho divino fundado en las palabras de San Pablo; y en cuanto á la primera, parece que aún es de derecho natural, pues la razón nos dicta que es una gran irreverencia presentarse al banquete

eucarístico siendo enemigos de Dios y sin reconciliarnos con El. Nadie, dice San Ambrosio, puede participar de los Sacramentos, sino teme á Dios; sino conserva el sello de la gracia, recóbrele después de haberle perdido, á la manera que el hijo pródigo no fué admitido á la mesa del padre sino después de haber sido revestido con nuevo y limpio ropaje. Con qué contrición, con qué abundancia de lágrimas y con cuánta pureza de alma y de cuerpo, debemos celebrar este misterio, en el que recibimos en realidad la Carne del divino Salvador, en el que bebemos su Sangre, en el que las cosas más elevadas se unen á las más viles y las divinas á las humanas.

Punto segundo.—Mide la enormidad del pecado que comete aquel que comulga indignamente. Si se considera el objeto profanado, es el primero, el más augusto, el más santo de los Sacramentos, de donde resulta un enorme sacrilegio. Si se considera la persona que recibe la injuria, es un Hombre Dios. Como hombre, la injuria que recibe sobrepasa á cualquier tormento que las criaturas pudieran sufrir; como Dios, sobrepasa á todos los pecados que deshonran directamente á la Divinidad.—Si se considera la persona que hace la injuria es un hombre que, más vil que la nada, tiene la audacia de ultrajar á su Criador, á su soberano Señor, en su propia mesa, despreciando su infinita grandeza y todas las gracias que ha recibido de su bondad. En fin, si se consideran las circunstancias que agravan su crimen, es tanto más culpable cuanto que no peca por ignorancia, ni por fragilidad, sino por malicia, opone al más grande esfuerzo del amor divino la ingratitude más negra, las más horrible perfidia. Por esto San Cipriano

le coloca en el rango de los idólatras, diciendo que profana el templo del Espíritu Santo, que destruye el santuario, que sirve al mismo tiempo á Jesús y Baal, y que participa á la vez de la copa del Salvador y la de los demonios. San Juan Crisóstomo le compara unas veces á los judíos, que crucificaron á Jesús; otras veces á Herodes que quería darle muerte en el pesebre, so pretexto de adorarle. En fin, San Agustín dice que la Cruz del Calvario, en la que el Salvador espiró, le fué menos sensible que la que sufre en una conciencia manchada por el pecado mortal.

Punto tercero.—Considera el riguroso castigo con que Nuestro Señor amenaza al que profana el Santísimo Sacramento.

1.º El banquete eucarístico es, para muchos que comen el pan del cielo con boca profana, un lazo en el que su alma se aprisiona de tal suerte, que se hace esclava del pecado, y pierde, con la libertad de los hijos de Dios, el vigor que antes tenía para hacer el bien y apartarse del mal.—2.º Es un escándalo para aquellos que conocen los crímenes de su vida, y que se indignan de ver tanta abominación bajo la máscara de una falsa devoción.—3.º Es una nube espesa que oscurece su entendimiento con tinieblas tan densas, que no le es permitido soportar el brillo de las verdades eternas, encontrando por una ceguedad prodigiosa, la noche en medio del día, el error y la mentira en presencia de la verdad encarnada.—4.º Es un peso insoportable que hace sucumbir su voluntad: en lugar de ver disminuir la violencia de sus malas inclinaciones, ve que al contrario le tiranizan más, y que necesita más esfuerzos para salir de su miseria.—5.º Abandonado á sí mismo y á sus

pasiones, ¿qué puede esperar este desgraciado sino el caer de precipicio en precipicio y por un encadenamiento funesto de pecados, encontrar en la impenitencia final el término y el castigo de su vida desventurada? Encuentra la muerte donde tantos otros encontraron la vida, cambia su remedio en veneno, el paraíso en infierno, el principio de su inmortalidad gloriosa en el instrumento fatal de su condenación eterna. Tiembla á la vista de esta desgracia, y pídele á Dios Nuestro Señor que te preserve de ella. No te alejes por esto, de este divino Sacramento, sino por el contrario, prepárate para recibirlo con más caridad.

De la generosidad, de la fuerza y de la
confianza que la frecuente
Comunión exige y que al mismo tiempo nos da.

Me has preparado un festín
para sostenerme contra aque-
llos que me persiguen.

SALMO XXII.

PRIMER PRELUDIO.—*Representate á Jesús en la Eucaristía, la gloria que le rodea, el centellante esplendor de sus heridas, la dulce majestad de su persona: escucha la tierna invitación que te hace de que vayas á El, que te promete consolar y regalar con dulcísima ternura.*

SEGUNDO PRELUDIO.—*Pide las virtudes que esta meditación te indique, que más necesites.*

Punto primero.—Considera que el Santísimo Sacramento es llamado el pan de los fuertes, porque aquellos que lo comen deben tener la generosa voluntad de combatir todo aquello que puede desagradar á Dios, y turbar la paz de su corazón. Pues el corazón del que comulga es el lecho en que reposa el Rey pacífico: “*El lecho de Salomón, dice el libro de los cánticos, está rodeado de sesenta de los más valientes de Israel, y todos llevan la espada en la mano, á fin de que nada turbe su sueño durante la noche. Este lecho misterioso es el cristiano que ha recibido á Jesucristo; lecho que debe cubrirse de flores, es decir, debe estar adornado de todas las virtudes. La tienda real, es el Tabernáculo donde se guarda al Santísimo Sacramento.*” He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, él permanecerá con ellos, y ellos serán su pueblo; y el mismo Dios habitando en medio de ellos, será su Dios.” (*Apoc. XXI, 3.*) El primer pabellón de guerra que escogió al venir al mundo fué el seno de la Virgen Madre. Pero cuando determinó volver á su Padre, adoptó para su tienda el Tabernáculo Eucarístico, y escogió á nuestro corazón para su lecho de reposo, queriendo permanecer invisiblemente con nosotros y en nosotros. Los fieles que comulgan á menudo son los fuertes de Israel, que velan al rededor de su lecho. Deben pues, estar siempre armados y prontos para el combate, á fin de que ningún deseo desarreglado, ninguna pasión rebelde turbe al alma en la que Dios quiere morar.

Punto segundo.—Considera que el Santísimo Sacramento es llamado pan de los fuertes, no sólo porque los que lo comen deben estar en disposición de dominar sus pasiones, sino porque este pan les da fuerza y valor. Pues, si David se sentía fortifi-

cado por el solo pensamiento de este festín, ¿qué fuerza no deben sacar aquellos que participan de él verdaderamente? “El que come mi Carne y bebe mi Sangre permanece en mí, dice el Señor, y yo en él.” Si esto es así, como en realidad lo es, ¿qué habrá que temer, teniendo tan poderoso auxiliar? Yo estoy en Dios, dijo San Agustín, ¿qué cosa hay más fuerte? y Dios está en mí, ¿qué cosa hay más dulce? Aun cuando me halle en medio de las sombras de la muerte, Señor, nada temeré, puesto que estáis conmigo. ¡Qué seguridad iguala á aquella que me da vuestra presencia, oh amable Salvador mío! Y cuando tú me protejes, ¿qué mal podrán hacerme los enemigos que contra mí se han conjurado?

Punto tercero.—Considera que el Santísimo Sacramento es llamado pan de los fuertes, porque es la recompensa de las almas que valerosamente pasan sobre todo aquello que se opone á su perfección, y consiguen la victoria sobre sus enemigos. En efecto, la Eucaristía se da á los vencedores como el galardón de sus combates y la prenda de su salvación. Esto era lo que significaba la corona de oro que adornaba la mesa en que eran depositados los panes de proposición. El Santísimo Sacramento es la piedra preciosa donde se hallan grabados los nombres de los predestinados, como los nombres de las doce tribus estaban grabados sobre aquella que llevaba el sumo sacerdote de la antigua ley. Es la estrella de la mañana que antecede al día de la eternidad, la aurora que anuncia el sol de la gloria. Es el árbol de vida que repara nuestras fuerzas, y nutre nuestro cuerpo y nuestra alma para la inmortalidad. Es el trono donde el Hijo de Dios invita á los esclavos del demonio á recobrar su libertad, prometiendo sentarlos á su lado,

si tienen el valor de romper sus cadenas. Es el maná que oculta todas las delicias del cielo y que hace sentir el gusto anticipado de la gloria á aquellos que emprenden el viaje á la verdadera tierra de promisión. En fin, es la fuente de paz que llena nuestro corazón de la más dulce esperanza. La seguridad que nos da nos hace llevar valerosamente, como firmísimas columnas el edificio de la perfección cristiana, que es el trabajo de toda nuestra vida.

JACULATORIAS.

¿Qué cosa más justa, alma mía, que pagar tributos á nuestro divino Rey, Jesús-Hostia, por los excesivos favores y grandiosísimos beneficios que te presta diariamente por la Sagrada Comunión? ¿Y en qué podrán consistir estos tributos sino en amarle, adorarle, agradecerle y pedirle? Dulce Jesús mío, Dios mío y Rey mío, aquí tenéis mi pobre corazón. Vos me lo pedís con tanta constancia é insistencia, vuestro es: ¡oh, reinad en él, Señor, para que se haga así más digno de Vos! ¡Ay Jesús dulcísimo! ¡qué feliz el alma que persevera constante al pie de vuestros divinos tabernáculos para rendir obsequiosa sus devotos homenajes á ese Corazón santísimo, incendio inextinguible de amor!

Actos de Amor.

El que ama de veras á otra persona, ¿puede dejar de alegrarse en su corazón de sus dichas y felicidades? Si amas pues, de veras, alma mía, á este soberano Señor, á Jesús—Hostia tu divino amante, que tan de veras te ama á tí, ¿podrás dejar de alegrarte, de gozarte y complacerte de su dicha, de su gloria, de su felicidad? ¿Por ventura no goza Jesús—Hostia entre los hombres, entre los hijos de Adán? *Deliciae meae esse cum filiis hominum.* Reflexiona y medita bien esto, alma mía, y así andarás más solícita en buscar á Jesús y no estarás tranquila sino cuando le hayas encontrado: *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.*



PUNTOS DE ADORACION

SOBRE LA

VIDA MÍSTICA DE NRO. SR. JESUCRISTO

→ EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO. ←

De la generosidad, de la fuerza y de la confianza que la frecuente Comunión exige y que al mismo tiempo nos da.

Me has preparado un festín para sostenerme contra aquellos que me persiguen.

SALMO XXII.

PRIMER PRELUDIO.—*Recuerda la relación de San Lucas en el capítulo IV, donde habla de las frívolas excusas de los convidados á aquel festín magnífico. Sabe que la indigna preferencia que suele darse á las frivolidades de la vida es el resultado de una fé lánguida.*

SEGUNDO PRELUDIO.—*Pide una grande estimación al don precioso de la Eucaristía.*

Punto primero.—*Considera la necesidad de la fé. Esta virtud es el primer movimiento del alma que quiere aproximarse á Dios. La fé es necesaria para recibir con fruto el pan de vida, pues sólo ella puede ver á Jesús bajo los velos eucarísticos que ocultan su divino semblante. Este misterio no puede caer bajo el dominio de los sentidos, la razón no puede comprenderlo; es necesaria una luz so-*

brenatural para reconocerle al través de las especies que lo encubren. Pues está en este Sacramento de una manera muy diversa de la que como está en las demás criaturas. Está en las cosas criadas, dicen los teólogos: por esencia, llenándolo todo, por presencia, conociéndolo todo, mas está bajo las santas Especies por la presencia real de su Santa Humanidad, unida á su divina Persona. En el universo está oculto á los ojos del cuerpo, bajo cuyo dominio caen las cosas sensibles; pero no lo está á los ojos del espíritu, que lo ven, dice San Pablo, en el espejo de las criaturas; pero en el Sacramento está oculto á los sentidos y al espíritu; á los sentidos que solo se detienen en las apariencias; al espíritu que no puede elevarse más allá de la luz natural. La divinidad está oculta en la humanidad y la humanidad está bajo la figura de pan. Para hallarle en este misterio es necesario pues, aproximarse con fé cumplida y con vivo sentimiento de su presencia.

El Divino Salvador ha establecido este misterio de fé para hacerte ejercitar la sumisión de tu espíritu, y para hacerte sacrificar lo que tienes de más caro, los sentidos y la razón. Se puede en verdad tocar, dice S. Bernardo, pero no con las manos sino con el corazón; se puede ver, pero con los ojos de la fé y no con los de los sentidos.

Punto segundo.—Considera el mérito de la fé. Esta virtud produce, en el corazón del hombre, tres efectos que le disponen ventajosamente á la participación de los divinos misterios. El de luz, movimiento y reposo; luz para contemplar al divino Salvador; movimiento para aproximarse á El; y reposo para gozarle. Durante la comunión, ten pues á menudo esta antorcha encendida, á fin de que con-

temples, no estos débiles accidentes que engañan nuestros sentidos, sino á Jesús, Rey de la gloria, que oculta el resplandor de su semblante, más brillante que mil soles, para darte mayores muestras de bondad é infundirte menos temor.

Esta vista debe producir en tí lo que la presencia de Jesús en San Juan Bautista, cuando aún estaba en el seno materno; debe hacerte saltar de regocijo, y darte impulso á todas las virtudes, á fin de que honres al Huésped divino que te visita; esperanza, para alentarte á seguirle con alegría; humildad, para anonadarte y abismarte ante su grandeza; caridad, para abrazarle amorosamente; religión para rendirle homenaje; obediencia, para que te sometas á su divina voluntad. Además, esta misma vista debe recoger todas las potencias de tu alma, y obligarte á desterrar todo lo que pueda distraerte de la conversación de tu Esposo. Pues él se queja en el silencio y el reposo; y si no se deja ver con evidencia se hace sentir con certidumbre

Este ejercicio de la fé es de mucho mérito y precio, á causa de la gloria que le da á Nuestro Señor sujetándole la potencia más noble de nuestra alma, abriéndole la puerta del corazón, que es el trono de su amor, y la mansión más deliciosa que haber puede sobre la tierra. Por lo demás, el esfuerzo que hay que hacer para cautivar el espíritu y obligarle á ver lo que no ve, es heróico. En fin, esta fé que nos somete á Jesucristo y le hace reinar en nuestros corazones nos le hace entrar para colmarnos de bienes y obrar en nosotros los grandes efectos de su amor. Es la llave que hace entrar en las grandes almas la maravillas de Dios, y les hace gozar las inestimables riquezas de la gracia.

¡Qué de tesoros no has perdido por no haber cul-

tivado cuidadosamente el dón de la fé! Si estuvieses persuadido de estas verdades, ¿osarías aproximarte á Nuestro Señor sin contrición y sin respeto?

Punto tercero.— Considera la recompensa prometida á la fé cuando lleguemos á la contemplación de la luz increada. Será medida por los méritos que se adquirieron aquí abajo entre las tinieblas. No conviene á la misericordia de Dios, ni á su justicia, dice un Padre de la Iglesia, excluir de su reino á aquellos que tan estrechamente se unieron á él durante el destierro de la vida; mas es justo, que en el cielo, donde se manifiesta al descubierto su incomprendible grandeza, honre de una manera particular á aquellos que le han honrado bajo las especies del Sacramento.

De estas excelentes palabras saca estas consecuencias: primera, que el buen uso de la comunión es como una prenda cierta de la bienaventuranza; segunda, que aquellos que tienen una fé viva de la presencia de Jesucristo en el Sacramento de su amor, tienen una corona particular en el cielo; tercera, que esta corona es una visión más clara y más amorosa de su Humanidad. Porque, como la posesión de los santos reposa en su esperanza, y la alegría es la medida de sus buenos deseos, del mismo modo la clara visión corresponde al mérito de la fé. ¿Y en dónde la fé es más generosa hacia la humanidad de Jesucristo que en el Sacramento de su amor? Y es pues, creíble, que aquellos que la ejercen con mayor perfección, verán más claramente lo que más perfectamente creyeron, y que Jesús, habiendo sido de una manera extraordinaria el objeto de su fé; lo será también de su beatitud, y por la virtud de su soberana hermosura colmará su corazón de delicias.

Jesús en el Sacramento

nos enseña á morir en nosotros mismos.

PRIMER PRELUDIO.— *Prosternado en espíritu delante del Santísimo Sacramento, representate á Jesucristo en su trono de amor, como Maestro celestial que te enseña, con su ejemplo, lo que debieras ser, y lo que no eres, es decir, un hombre perfecto y mortificado.*

SEGUNDO PRELUDIO.— *Pídele á Nuestro Señor una chispa de su amor, que renueve en tí, por conformidad con su muerte, el espíritu de mortificación, que es tan necesario para sacar fruto de la comunión.*

Punto primero.— Considera que el estado del Divino Salvador en el Sacramento es un estado figurativo de su muerte, por la cual salvó á todos los hombres.

Al mudar por un cambio admirable la sustancia del pan, en la propia sustancia suya, ha llevado consigo los méritos y los tesoros de la cruz, para comunicárnoslos cuando vayamos á visitarle ó recibirle en la Santa Comunión.

Si quieres que el espíritu de Jesucristo te llene de su virtud y que que continúe en tí el oficio de Salvador de las almas, que ha desempeñado al morir en la cruz, es necesario que entre en tu corazón y que destruya en él todo lo que hay de vicioso, y que haga, en cambio, florecer las obras de la gracia. ¿Por qué? Porque mientras te dejes guiar

tivado cuidadosamente el dón de la fé! Si estuvieses persuadido de estas verdades, ¿osarías aproximarte á Nuestro Señor sin contrición y sin respeto?

Punto tercero.— Considera la recompensa prometida á la fé cuando lleguemos á la contemplación de la luz increada. Será medida por los méritos que se adquirieron aquí abajo entre las tinieblas. No conviene á la misericordia de Dios, ni á su justicia, dice un Padre de la Iglesia, excluir de su reino á aquellos que tan estrechamente se unieron á él durante el destierro de la vida; mas es justo, que en el cielo, donde se manifiesta al descubierto su incomprendible grandeza, honre de una manera particular á aquellos que le han honrado bajo las especies del Sacramento.

De estas excelentes palabras saca estas consecuencias: primera, que el buen uso de la comunión es como una prenda cierta de la bienaventuranza; segunda, que aquellos que tienen una fé viva de la presencia de Jesucristo en el Sacramento de su amor, tienen una corona particular en el cielo; tercera, que esta corona es una visión más clara y más amorosa de su Humanidad. Porque, como la posesión de los santos reposa en su esperanza, y la alegría es la medida de sus buenos deseos, del mismo modo la clara visión corresponde al mérito de la fé. ¿Y en dónde la fé es más generosa hacia la humanidad de Jesucristo que en el Sacramento de su amor? Y es pues, creíble, que aquellos que la ejercen con mayor perfección, verán más claramente lo que más perfectamente creyeron, y que Jesús, habiendo sido de una manera extraordinaria el objeto de su fé; lo será también de su beatitud, y por la virtud de su soberana hermosura colmará su corazón de delicias.

Jesús en el Sacramento

nos enseña á morir en nosotros mismos.

PRIMER PRELUDIO.— *Prosternado en espíritu delante del Santísimo Sacramento, representate á Jesucristo en su trono de amor, como Maestro celestial que te enseña, con su ejemplo, lo que debieras ser, y lo que no eres, es decir, un hombre perfecto y mortificado.*

SEGUNDO PRELUDIO.— *Pídele á Nuestro Señor una chispa de su amor, que renueve en tí, por conformidad con su muerte, el espíritu de mortificación, que es tan necesario para sacar fruto de la comunión.*

Punto primero.— Considera que el estado del Divino Salvador en el Sacramento es un estado figurativo de su muerte, por la cual salvó á todos los hombres.

Al mudar por un cambio admirable la sustancia del pan, en la propia sustancia suya, ha llevado consigo los méritos y los tesoros de la cruz, para comunicárnoslos cuando vayamos á visitarle ó recibirle en la Santa Comunión.

Si quieres que el espíritu de Jesucristo te llene de su virtud y que que continúe en tí el oficio de Salvador de las almas, que ha desempeñado al morir en la cruz, es necesario que entre en tu corazón y que destruya en él todo lo que hay de vicioso, y que haga, en cambio, florecer las obras de la gracia. ¿Por qué? Porque mientras te dejes guiar

por los movimientos de la naturaleza, no salvarás nunca á una sola alma. Porque la salvación es obra de Jesucristo, y Jesús no te llenará jamás de su divino espíritu si no haces morir en tí el amor propio. Cree que, mientras estés lleno de tí mismo, no estarás vacío para Dios: es necesario perder para poder ganar á Jesucristo, y encontrar en él tu perfección y la de otros muchos. Renueva el deseo eficaz y la voluntad firme de corregir tu vida hasta ahora tan humana y tan imperfecta.

Punto segundo.—Considera que Jesucristo está en el Santísimo Sacramento de tal manera, que una sustancia no puede vivir, tal como él vive, sino por milagro; pues se haya reducido á un estado de aniquilación y sacrificio. De donde se sigue que en virtud de este estado y bajo estos velos que le ocultan, no puede ejercer ninguna función de los sentidos, ni facultad alguna que dependa de órganos sino por una virtud superior á la naturaleza. Tal debe ser un hombre verdaderamente mortificado. Debe sobrenaturalizar el uso de su cuerpo y el de sus sentidos, sofocando ese espíritu terrestre que cuesta tanto trabajo hacer morir, y esforzándose en no ver, en no tratar con el prójimo, en no tomar reposo ni alimento, sino siguiendo las inspiraciones del espíritu de Jesús. Y así como la muerte se apodera del cuerpo y no le deja ninguna facultad vital, así es necesario que la mortificación, que es una extinción del amor propio, sea universal, y no deje nada que viva según la naturaleza.

Examina tu vida según esta regla: mírate en este espejo, y ve si solo Jesucristo es quien vive en tus pensamientos, en tus afectos y en cada una de

tus acciones. Puedes decir con San Pablo: *Vivit in me Christus?*

Punto tercero.—Considera que Jesús, que murió una sola vez en el Calvario, renueva todos los días un millón de veces su muerte sobre el altar. Por este motivo, Ruperto, llama á este misterio, fuerales de Jesucristo que la Iglesia celebra todos los días, y sin los cuales no podría subsistir.

ORATIO

AB UNOQUOQUE SACERDOTE ADORATORE
POST EXPLETAM ADORATIONIS HORAM PRO SE SUISQUE
CONFRATRIBUS DE CONSILIO RESITANDA.

Domine Jesu Christe, qui secundum magnam misericordiam tuam nos de mundo elegisti, ut ministros tuos et dispensatores mysteriorum tuorum nos faceres; te deprecamur, ut nobis et omnibus sacerdotibus fidem et charitatem adaugeas erga mysterium fidei et donum tuæ charitatis, quod est Eucharistia.

Fac ut, semper cum corde puro, conscientia bona et fide non ficta, hec Sacrosanctum tractemus. Mysterium et cum fiducia ad thronum gratiæ tuæ accedamus.

Fac ut, qui jam non servi sed amici tui dicimur, verba quæ loqueris nobis, ad pedes tuos vel potius juxta Cor tuum audiamus; in primis ut adorationi intenti, spiritu amoreque tuo repleamur; deinde ministerio verbi et animarum saluti vacantes, omnia impendamus et superimpendamus ipsi pro gloria tua et honore nominis tui.

Fac ut, cor nostrum sit semper ubi thesaurus noster est; teque, qui nobis, esse debes omnia ut par est; æstimando, omnia alia bona præter te, arbitremur ut stercora.

Fac tandem, o bone Jesu, ut per Te, de Te, in Te vivendo, vita tua manifestetur in nobis et omnibus Confratribus nostris, et ut, charitate ferventes, ignem amoris tui, quem venisti mittere in terram et qui in Eucharistia semper ardet et nunquam extinguitur, in cordibus omnium accendamus: et sic semper et ubique et ab omnibus ametur, laudetur, glorificetur sanctissimum et divinissimum tui amoris Sacramentum. Amen.

Jesu dilectissime, qui ex singulari benevolentia me, præ millenis hominibus, ad tui sequelam eximiam sacerdotii dignitatem vocasti, largire, mihi, precor, opem tuam divinam ad officia mea rite obeunda. Oro Te, Domine Jesu, ut resuscites hodie et semper in me gratiam tuam, quæ fuit in me per impositionem manuum Episcopaliæ. O potentissime animarum Medice, sana me taliter, ne revolver in vitia, et cuncta peccata fugiam: tibi que usque ad mortem ita placere possim.—(Ind. 300 dierum, semel in die.—14 août 1884.)

Bone Jesu, rogo te per dilectionem, qua diligis Matrem tuam: et sicut vere Eam diligis et diligis vis, ita mihi, des ut vere Eam diligam.—(Ind. 100 dierum, semel in die.—14 août 1884.)

Los Ilmos. Sres. Obispos de Beauvais, Sééz, Liea y Guatemala, han concedido 40 días de indulgencia por la recitación de la anterior oración.

Jesús en el Santísimo Sacramento

NOS ENSEÑA A VIVIR

SEGUN EL ESPIRITU DEL EVANGELIO.

PRIMER PRELUDIO.—*Después de ponerte en la presencia de Nuestro Señor, y haberle adorado como á tu Maestro, en el trono de su amor, recuerda que tiene en él una vida divina, para enseñarte á vivir según su espíritu.*

SEGUNDO PRELUDIO.—*Pídele que, por medio de un rayo de su sabiduría y por medio de una fuerte impresión de su amor, te persuada que tu vida no debe ser otra que su propia vida, tal como siguió continuándose en los Apóstoles y en los hombres verdaderamente apostólicos, para formar con él un solo salvador de las almas.*

Punto primero.—*Considera que la vida de Nuestro Señor Jesucristo es una vida interior, aunque se le exponga en público para vivir y tratar con los hombres; es una vida pura, aunque permanezca entre pecadores; es una vida noble, excelente, divina, aunque nada haya más simple en el exterior que las débiles especies que la cubren. Tal debe ser tu vida si vives del espíritu de Jesús. Debes descender á los hombres como el rayo del sol que permanece adherido siempre á su principio, debes estar unido á Dios, sacar toda tu fuerza de la comunicación con la Majestad divina, y ponerte en guardia, por medio del conocimiento de tu propia miseria, para no mancharte al querer levantar á*

los otros; en fin, cree que no es el brillo exterior de los talentos naturales, el éxito, la reputación, las aprobaciones públicas las que te hacen grande delante de Dios; sino la vida interior de donde sacan toda su eficacia y virtud los talentos exteriores. No es esto decir que deben despreciarse, sino que deben unirse á la virtud interior para que produzcan grandes frutos; pues sin la sólida devoción, sin la unión á Jesucristo, sin la acción de su espíritu, sólo serán una engañosa apariencia capaz de perderte. Si San Pablo temía caer en la reprobación predicando y salvando á los otros, ¿qué no deberías temer tú, si abandonado de la gracia divina alimentas sentimientos imperfectos y desarreglados bajo un exterior irreprochable?

Punto segundo.—Considera que la vida de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento es guiada por una sabiduría que raya en locura á los ojos de la carne, pero que arrebatá á los ángeles; animada en todos sus actos por el amor infinito que le tiene á su Padre celestial y por el que nos tiene á nosotros, sostenida por el ejercicio de las virtudes las más heroicas, que practica de una manera divina. He aquí el modelo de tu vida toda. El espíritu de sabiduría que saca el cristiano de la fuente de la Eucaristía, no tiene nada de esa habilidad humana, y de esa prudencia de la carne que tiene por objeto el honor, la alegría y la fortuna. Toma siempre sus luces del cielo y todo lo refiere á la gloria á y la voluntad de Dios; no gusta ni estima sino lo que se refiere á la santificación de su alma y á la salvación del prójimo. El amor que anima á este cristiano es un amor filial que nada tiene de temor, ni de respeto humano en el servicio de Dios, no encuentra nada de amar-

go ni de difícil; no tiene otros límites que el agrado de Dios, las órdenes de los superiores y las máximas del Evangelio. En fin, las virtudes que practica, son virtudes sólidas que no consisten en vanas especulaciones, sino que se dan á conocer por sus efectos. ¡Oh! qué de temer es, que encuentres en extremo dificultosa tu vida si la mides con estas reglas! ¡Qué frialdad en nuestro amor, qué vana apariencia en nuestras devociones, qué vacío en nuestras acciones! Adoramos á Jesucristo en la mañana como á nuestro Señor y á nuestro Maestro; y no arreglamos mejor nuestras acciones del día; le tomamos como á nuestro modelo, y seguimos un camino opuesto al suyo; le prometemos mejorarnos, y á la menor ocasión mostramos lo que somos; le rogamos que tome bajo su custodia nuestros sentidos, y no obedecemos sus inspiraciones; protestamos tenerle presente en nuestras conversaciones, y no dejan, por eso, de ser éstas menos inútiles y mundanas.

Punto tercero.—Considera que la vida de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento es una vida llena de prodigios. Pues, aunque en él se haya glorioso y gozando de todas las perfecciones de su grandeza real, está, sin embargo, en un estado de humillación que durará hasta el fin del mundo; aunque se halla impassible, ejerce larga é invencible paciencia; contenido en una sola hostia, se encuentra en todas las comarcas de la tierra; aunque inmortal, deja de estar en el Sacramento, y pierde la existencia milagrosa que tiene bajo las santas Especies, cuando éstas se corrompen; aunque reside en nuestros altares hace diez y nueve siglos, baja á ellos de nuevo todos los días, y se puede decir que cada hora renueva su vida sacramental en

alguna parte de la tierra. Tal es la vida de aquellos que obran movidos por el espíritu de Jesús. Saben ir á Dios por las afrentas y por las alabanzas; se anonadan en medio de las grandezas; se hacen superiores á los oprobios; trabajan con laboriosidad, sin perder el reposo de su espíritu, como si fuesen impasibles, no se enervan jamás; y todos los días se renuevan; en fin, se hacen morir á sí mismos, y conservan con perseverancia inviolable la fidelidad que le deben á su Dios.

¡Qué admirables son tales hombres! ¿De qué no son capaces para la gloria de Dios? Su vida es una obra maestra de la gracia; mas, ¿cuál es la tuya? El mundo te toma por un hombre de Dios. Llevas el hábito de los Santos y tienes las imperfecciones de los seglares. Se cree que buscas á las almas y no te buscas más que á tí mismo. Haces profesión de convertir al mundo y quizá el mundo te convierte.

Afectos.—Os ruego, oh Señor mío Jesucristo, que embargue toda mi alma la dulce y abrasadora fuerza de vuestro amor, á fin de que muera de amor por vos, del mismo modo que vos os dignásteis morir de amor por mí.

(San Francisco de Sales.)

¡Oh Esposo mío! ¿Cuándo me llamaréis á vuestro lado?

(San Pedro de Alcántara.)

Jesús en el Santísimo Sacramento

NOS ENSEÑA EL CELO

Que debemos tener por nuestra salvación.

El Pan de Dios es el que ha descendido del cielo y da la vida al mundo.

(JOAN. 6.)

PRIMER PRELUDIO.—*Prosternado á los piés de Jesucristo, figúrate á este divino Maestro sobre el trono de su amor, enseñándote con su ejemplo las cualidades de un perfecto obrero evangélico que debe estar lleno de la vida y del espíritu de Dios, que puede vivificar á los otros y animarlos á la perfección.*

SEGUNDO PRELUDIO.—*Pédele un rayo de su ardiente caridad para que puedas encender en los otros este fuego sagrado; ruégale que renueve en tí el espíritu de celo y de amor, que quizá haya perdido en tí su vigor.*

Punto primero.—El celo de Jesús es ardiente y puro. Es el que le hace descender todos los días del cielo á la tierra, para trabajar por la salud de los hombres. Si encuentra sus delicias en su compañía no es por los homenajes que recibe, sino por la estima que hace de las almas, á fin de darles la vida, y hacerles encontrar la salvación en la obediencia de su Espíritu. Por eso se halla en la Eucaristía como un himno divino que atrae, como el carbón encendido del profeta que purifica, como la semilla de una vida divina, y, en fin, como el

sello de la perfección que se aplica íntimamente al alma para imprimirle la imagen de su santidad.

Tal debe ser aquel que desee hacer bien á sus prójimos, según el verdadero espíritu de Jesús. Debe estimar mucho las almas, preferir la salvación de éstas á cualquiera otra consideración de placer, de honra, de reposo, y de cualquier otro interés. Si tiene el dón de ganar los corazones no debe emplearlo para conquistarlos en beneficio propio, sino para llevarlos á Dios; si los busca no es para que alcancen reputación, sino para llevarlos á la perfección; si conversa con las gentes del mundo, no es para pasar el tiempo agradablemente, sino para conducir las á la bienaventurada eternidad.

Piensa si tales son tus deseos, tu espíritu y tus pensamientos. ¿Cuántas almas has ganado desde que sirves á Dios? ¿Cuántas han perecido que con más animoso celo hubieras podido salvar!

Punto segundo.—El celo de Jesús es obediente. Aunque tiene una pasión tan fuerte y tan pura por la salvación de las almas, no viene, sin embargo, á nosotros, sino con admirable sumisión. Obedece no sólo á su Padre, sino por su amor, al último y al más vil de todos los hombres, con tal que tenga el carácter y el poder sacerdotal. Obedece con tanta constancia que diez y nueve siglos no han podido debilitar su permanencia, y con tanta resignación, que después de haber descendido al altar, allí permanece hasta que le llevan á la boca de aquel que le recibe, por deseo que esté de entrar á su corazón y de darle el ósculo de la paz.

Tal debe ser la disposición de aquel que obre según el verdadero espíritu de Jesús. Cualquier movimiento que sienta para procurar la salvación de

las almas, debe tener por principio la dependencia: de la mano de Dios y de la boca de sus superiores debe recibir todos los círculos de su actividad. Su propia elección le sería funesta é inútil para el prójimo. Debe estar presto á permanecer toda su vida oculto, cualquiera que sea el talento que tenga; y pronto á volar con valor infatigable, á donde la obediencia le envíe.

¿De este modo has procurado dirigir tu celo? ¿Te sientes indiferente para hacer cualquiera cosa que el Señor te pida? ¿Te abandonas plenamente á las disposiciones de su Providencia?

Punto tercero.—El celo de Jesús es universal. Se hace todo para todos, sin distinción de nacimiento, de rango, de condición y de talentos. Es la fuerza de los débiles, el consuelo de los afligidos, el consejero y la luz de los sencillos; ni aun los pecadores enemigos de El son rechazados: si no pueden recibirle en este estado, pueden al menos elevar á El sus plegarias. Calma y apacigua la cólera de su Padre, intercediendo por ellos.

Tal debe ser el deber de un obrero evangélico: mirar las almas, y no la condición de los hombres; no ver en ellos más que á Jesucristo: tener tanto ardor en ayudar á los pobres como á los ricos; y si es permitido tener alguna preferencia esta debe ser para los pequeñuelos, acordándose de que Nuestro Señor les atestiguaba más interés y que á menudo encontraba en ellos más fidelidad y más amor. Haz aquí una seria reflexión sobre el pasado. Examina las faltas que hayas cometido con respecto á tus prójimos; ve cuáles son las raíces para cortarlas y determina corregirte y renovar en tí el espíritu de Jesucristo.

Oración á la Virgen Inmaculada.

¡Oh María, oh Virgen por excelencia, siempre pura, siempre inmaculada! ¡Oh Madre de mi Dios! tú eres el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores, la esperanza de los justos, oh Reina de los ángeles. Yo quiero consagrarme enteramente á tu servicio como á Reina del cielo y de la tierra, como á Madre de la misericordia; te suplico te dignes recibirme bajo tu protección, á fin de que me obtengas junto con el verdadero amor de Jesús, las gracias y las misericordias de tu divino Hijo en el Sacramento de su amor.

Consagración al Sr. S. José en el Corazón de Jesús.

Después del Corazón purísimo de María, ningún corazón ha amado al Corazón de Jesús con más ardor y más ternura que el tuyo: le plugo apellidarte su padre y no quiere rehusarte nada.

Me pongo bajo tu protección, ¡oh glorioso Patriarca Señor San José! Te ofrezco y consagro mi cuerpo y mi alma, mi entendimiento y sus pensamientos, mi corazón y sus deseos. Dirige á la mayor gloria de tu Hijo todo lo que haga ó sufra en este día. Alcánzame el ser recogido en la oración, constante en el trabajo, humilde en la prosperidad y sosténme en los contratiempos.



RE
AS
SAC
AD
C

B
R
C
DE NUE
BIBLIOTE

00